

William Thayer Arteaga

**Humanismo
Cristiano
Chileno
(1931-2001)**

Sus inspiradores,
sus seguidores,
sus polémicas y luchas.



WILLIAM THAYER ARTEAGA

*H*umanismo
Cristiano Chileno
(1931 - 2001)

SUS INSPIRADORES, SUS SEGUIDORES,
SUS POLÉMICAS Y LUCHAS



Diseño de tapas:

Juan Neira.

Diseño de edición:

Alejandro Ubilla.

I.S.B.N.: 956-12-1510-1.

1ª edición: Diciembre del 2002.

© 2002 por William Thayer Arteaga.
Inscripción N° 129.295. Santiago de Chile.

Derechos de edición reservados por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Editado por

Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Los Conquistadores 1700. Piso 17.

Teléfono 3357477. Fax 3354575.

E-mail: zigzag@zigzag.cl

Santiago de Chile.

Impreso por Imprenta Salesianos, S.A.

General Gana 1486. Santiago de Chile.

Esta obra está patrocinada por el
Centro de Documentación e Investigación en
Historia de Chile Contemporáneo (CIDOC) de la
Universidad Finis Terrae
y auspiciada por
Cristalerías de Chile S.A.
y el Banco de Crédito e Inversiones (BCI).

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO I	
Acción Católica y acción política	15
CAPÍTULO II	
Acción social y acción política	27
CAPÍTULO III	
Unidad en un gran partido y pluralidad de partidos	37
CAPÍTULO IV	
Corporativismo y democracia liberal	49
CAPÍTULO V	
Derecha, Centro, Izquierda. Más allá de derechas e izquierdas	55
CAPÍTULO VI	
Anticomunismo, coincidencias con los comunistas; colaboración puntual; alianzas partidistas	67
CAPÍTULO VII	
Capitalismo ; anticapitalismo; reforma del capitalismo. Participación, alianza, coincidencia	81
CAPÍTULO VIII	
Socialismo, antisocialismo, reformas al socialismo. Participación, alianza, coincidencia	93
CAPÍTULO IX	
Partido cristiano, partido popular. Cercanía conservadora, cercanía izquierdista	113

CAPÍTULO X	
Propiedad comunitaria y propiedad privada.	
Empresa comunitaria; empresa capitalista _____	117

CAPÍTULO XI	
Planificación global; economía de mercado; economía social de mercado.	
Neoliberalismo _____	123

CAPÍTULO XII	
Guerra civil española: franquistas y republicanos _____	129

CAPÍTULO XIII	
Humanismo integral (Maritain) y catolicismo tradicional _____	139

CAPÍTULO XIV	
El Concilio Vaticano II: tradición y apertura en el apostolado.	
Dogma y ecumenismo _____	149

CAPÍTULO XV	
Resistencia, violencia y acceso al poder. Constitución y rebelión	
Casos Ibáñez (1931) Montero (1931); Aguirre (1938),	
Allende (1970-73), Pinochet (1973-1990) _____	161

CAPÍTULO XVI	
Derechos humanos y derecho natural.	
Derecho humanitario internacional y Derecho interno.	
Puntos polémicos al despuntar el siglo XXI _____	187

CAPÍTULO XVII	
Opiniones relevantes sobre el tema en análisis _____	195

CAPÍTULO XVIII	
Consideraciones finales _____	211

BREVE BIOGRAFÍA DE ENTREVISTADOS	217
----------------------------------	-----

BIBLIOGRAFÍA CITADA	221
---------------------	-----

ÍNDICE ONOMÁSTICO	227
-------------------	-----

INTRODUCCIÓN

1. Nuestro país es heredero e integrante de la llamada Cultura Occidental, *que nació en Europa occidental y central entre los siglos IV y V, de la fusión de la tradición grecorromana, del cristianismo y del aporte germánico*¹. Nadie podría proporcionar una definición precisa de ella, pero incluiremos algunos conceptos que nos parecen ilustrativos sobre el significado y alcances de ese inmenso ámbito cultural en el que Chile está inserto —quíéralo o no— y sobre el cual es necesario tener alguna idea válida y suficiente, para entender a qué nos referimos cuando hablamos de *humanismo cristiano*. Moreno Valencia destaca que: “*La Cultura Occidental nace en gran parte de la fe cristiana. Más precisamente, la evangelización de los pueblos bárbaros de Europa es, al mismo tiempo promoción cultural, es decir, forjamiento de un sistema de valores, de signos, de normas, de creencias que traducen el esfuerzo del hombre europeo por organizar su vida de acuerdo a los fines que le propone la religión cristiana, los cuales apuntan a penetrar toda la existencia. Complementariamente, la Cultura Occidental se forja también en la matriz de la cultura grecolatina*”... Vial Larraín, como varios de los autores de la obra citada en la nota 1, destacan que sería un error creer que la llamada Cultura Occidental corresponde a un lugar geográfico, desde luego porque si el cristianismo es una de las fuentes principales que la informan, habría que situarla más al Oriente. “*Lo real es que la cultura de Occidente está también al Oriente, al Norte y al*

¹ Krebs, Ricardo, *Chile en el ámbito de la cultura occidental*, pág. 7; Edit. Andrés Bello, 1987, autores: Krebs, Herrera Cajas, Retamal Favereau, Isabel Cruz, Osvaldo Lira, H. Gianini, Vial Larraín, Widow, Pedro Morandé, J.J. Brünner, Carlos Cousiño, R.E. Scarpa, Ibáñez Langlois, Braulio Arenas, Martín Cerda, Moreno Valencia, Augusto Merino, Andrés Benavente, Cea Egaña, Bravo Lira, Arturo Fontaine Aldunate, Martínez Sotomayor, Roa, Ricardo Riesco, Carmen Lorenzo, Carcovic. Coordinador: Hernán Godoy Urzúa, pág.7.

Sur... Por eso, si en la formación de la Cultura Occidental operan vertientes orientales, ella misma, por su costado europeo, reobra sobre el Oriente no menos decisivamente.” Poco después agrega: “la capacidad de reconocer otras culturas, de darles el rango de tales, de identificarlas, valorizarlas y asimilarlas es, justamente, el rasgo esencial de universalidad con que cabe distinguir a la Cultura Occidental”². La profesora e historiadora del arte Isabel Cruz, la conceptualiza como “aquella que nace en el siglo IV de nuestra era, en el marco de la antigüedad grecorromana, cuando ésta se desploma ante la invasión de los pueblos germanos y eslavos, y adquiere su identidad y fuerza espiritual gracias al mensaje orientador y vitalizante del Cristianismo”. “Desde el punto de vista del espacio, la Cultura Occidental rebasa los límites del mundo antiguo hacia el este, el norte y el oeste, abarcando también el territorio originario de los invasores germanos y eslavos y posteriormente América.” “Desde el punto de vista del tiempo, la primera peculiaridad que resalta como propia de la Cultura Occidental, comparándola con las de Bizancio y el Islam, es el largo tiempo que tarda en elaborar su organización y su estructura, proceso que se extiende aproximadamente entre 375 y 800”³.

Cada vez que hablamos de influencia o aporte del cristianismo, estamos subentendiendo el acervo del monoteísmo, el creacionismo, el Decálogo y otros valores propios de la cultura judía, integrada a la cristiana, por tantos conceptos. Por eso, con razón Carmen de Lorenzo⁴ apunta: “El pueblo judío tiene un papel destacado en la conformación de la cultura occidental por el solo mérito de haber concebido, en un mundo regido por el politeísmo, la idea de un solo Dios, creador de todas las cosas, y de haber aceptado como normas de conducta social y de relación con la divinidad las Tablas de la Ley y otras prescripciones contenidas en su libro sagrado, la Biblia. Pero a ello se agrega el hecho trascendental de que en el pueblo hebreo se cumplió la profecía bíblica y en su seno nació el Mesías, el Hijo de Dios,

² Vial, misma obra; pág. 38.

³ Id. pág. 30.

⁴ Id. pág.111.

Jesucristo, cuyas enseñanzas revolucionaron el curso de la historia”. Por su parte, Modesto Collados⁵ enfatiza su fe en la vigencia de la Cultura Occidental, cuya “*significación y complejidad no la hacen susceptible de una definición. Más propio sería decir que lo que procede es darle un nombre adecuado ...*”. Para ello, entre los vocablos: *cultura, civilización y sociedad*, opta por el primero y sustenta la tesis de *la continuidad histórica de la llamada cultura occidental en la filosofía, tecnología, la ciencia y el arte*. Más adelante, en otra obra (“*Formas de vida para Chile*”) destacaría como uno de los aportes clave de la Cultura Occidental, el ordenamiento jerárquico de *la Ética, la Lógica y la Técnica*, con primacía y *veto* de la primera sobre las otras dos, como uno de los aportes más valiosos de la Cultura Occidental a la conducta humano-social.

Y con estos antecedentes pensamos que es suficiente para entender a qué nos referimos cuando hablamos de la Cultura Occidental y el papel principal que representa el cristianismo en ella.

2. Chile, que como Estados Unidos, Europa y otros países, se encuentra inmerso en el vasto y flexible ámbito de la Cultura Occidental ha resuelto, también, vivir en una sociedad libre, asegurando el mayor protagonismo a las decisiones de las personas y los grupos organizados por ellas, aplicando y prefiriendo decididamente el principio de *subsidiariedad del Estado en una sociedad solidaria*. Esta opción alcanzó en Occidente una vigencia inesperada como consecuencia del desmembramiento de la URSS y la crisis de las economías centralizadas. Con todo, mientras la subsidiariedad estatal y la economía libre se han desarrollado con fuerza y eficiencia, la solidaridad social tiende a transformarse en *una puerta falsa*, por donde penetran nuevos intentos estatistas, con el propósito —o bajo pretexto— de velar por los intereses de los sectores más vulnerables, que sufren el impacto de las conductas abusivas impuestas por las personas o grupos más fuertes. Es nuestra convicción que la sociedad moderna, y en primer lugar la chilena, sufre un *desajuste entre la decisión de vivir en libertad*

⁵ *Vigencia y dolencias de la Cultura Occidental*, Edit. Andrés Bello, 1986, ensayo que impulsó la obra colectiva citada en la nota 1.

y las falencias derivadas de no compartir la comunidad de valores morales —firmes, claros y vigentes— que aseguren una conducta compatible con una convivencia en libertad, paz y progreso.

3. El problema es general y compromete todo el quehacer social. Sin embargo, en el mundo político —vinculado no sólo a la difícil, pero más serena tarea de ejercer la autoridad del Estado, sino a la más conflictiva de acceder al Poder Político, mediante el triunfo en las instancias electorales— se suscitan tremendas tensiones entre la **necesidad de ganar, de ser los más para ejercer el mando, y la obligación de servir a la comunidad alcanzando el control de los poderes del Estado, en particular el Ejecutivo y el Congreso.** Se crea así un problema moral, que no afecta a cada persona individualmente, sino a la comunidad como tal, en forma de una verdadera *sub-cultura del triunfo* que erosiona, distorsiona o neutraliza el prioritario deber de servirla.

4. Una de las corrientes de opinión más difundida en el seno de muchas organizaciones políticas, sociales, económicas y culturales es el llamado *humanismo cristiano*, denominación muy usada, en especial desde mediados del siglo XX como fundamento doctrinario de los movimientos demócrata cristianos que asumieron un papel protagónico en la reconstrucción de Europa al término de la segunda guerra mundial. Mucho contribuyó a ello la prolija y maciza obra de Jacques Maritain, filósofo francés, cuya doctrina del *humanismo integral* caló muy hondo en las juventudes católicas del viejo y del nuevo continente, que buscaban anhelantes una orientación en sus inquietudes intelectuales y morales y en su quehacer moral, ante un mundo que se salvaba de caer en las garras del totalitarismo nazi-fascista, gracias a la alianza entre las democracias occidentales y totalitarismo de Stalin. La idea central de *este* humanismo cristiano consistía en respetar y promover, no sólo la dignidad del hombre como persona, como creatura racional, superior a todas las otras del orden sensible, sino la especial dignidad nacida del mensaje de Cristo. Este hace del ser humano un hijo adoptivo de Dios por la gracia, partícipe

misterioso de su vida divina y templo vivo de la Trinidad Santa, por el amoroso designio de Dios: “*Si alguno Me amare, vendremos a él y Haremos mansión dentro de él*”. Este sentido sagrado de la persona humana, ha trascendido, en variadas formas, lealtades e intensidades en el mundo occidental, por muchos llamado “Occidente Cristiano”, comprometiendo en alguna medida la conciencia y la conducta de católicos, cristianos y muchos que no reconocen fe religiosa alguna, pero que nacen y se desenvuelven como herederos de esa cultura occidental a la que acabamos de referirnos. Inmersos en el orden institucional que trasunta, por razones de fe o por respeto a una arraigada tradición cultural, el ser humano, desde su concepción, inviste una condición de santidad inviolabilidad. Esto es, en sentido *genérico*, el humanismo cristiano, que, sin embargo, admite conceptualizaciones diversas según el devenir de la historia social.

5. En un *sentido más estricto y específico, pero como aplicación del mismo aliento, se habla del humanismo cristiano como expresión del pensamiento social que, inspirado en las enseñanzas evangélicas, fue concretado en las llamadas encíclicas sociales, en especial Rerum novarum del Papa León XIII (15 de mayo de 1891), y las aniversarias de ella: Quadragesimo Anno, de Pío XI (1931); Mater et Magistra, de Juan XXIII (1961); Octogésima Adveniens* –que no es una encíclica sino una carta apostólica al presidente de la Comisión Justicia y Paz–, de Paulo VI (1971); *Laborem Exercens* (1981) y *Centesimus Annus* (1991), ambas del papa reinante, S.S. Juan Pablo II. Estas cartas pontificias se llaman “aniversarias”, porque se publicaron en recuerdo y homenaje de Rerum Novarum un 15 de mayo (*Laborem Exercens* se atrasó hasta octubre de 1981 por el atentado al Santo Padre, ocurrido el 13 de mayo en la Plaza de San Pedro). Junto a ellas, hay otros documentos y encíclicas de similar significado e importancia como *Non Abbiamo Bisogno* (sobre el fascismo italiano), *Mit Brennender Sorge* (sobre el nazismo alemán) y *Divini Redemptoris* (sobre el comunismo ateo) de Pío XI; *Mensajes de Navidad* de Pío XII; *Pacem in Terris*, de Juan XXIII; *Populorum Progressio*,

de Paulo VI; *Gaudium et Spes*, emanada del Concilio Vaticano II; *Sollicitudo rei Socialis* y varias más del santo, sabio y prolífico Juan Pablo II..

6. Hemos preferido en esta obra la expresión *humanismo cristiano*, por sobre *catolicismo social*, *socialcristianismo*, *democracia cristiana* u otras, a conciencia de que debemos sobreponernos al concepto de humanismo, como alusivo al cultivo de las letras humanas, o bien al movimiento renacentista, del que Erasmo fue quizá el representante epónimo. Creemos que debe hacerse un esfuerzo para rescatar el sentido etimológico, natural y contemporáneo de humanismo cristiano, que arranca su fuerza de la reivindicación de la persona humana y cristiana fuertemente asediada por los intentos totalitarios nacidos en la primera mitad del siglo XX. Fue el peligro que buscaron esclarecer y enfrentar las Semanas Sociales de Francia, en su XXIX sesión, reunidas en Clermont-Ferrand, en 1937: “La persona humana en peligro”⁶. Creemos que hay una necesidad de fortalecer la *fe en el ser humano*, como creatura excelsa entre todas las del orden sensible, y una convicción de que *el mensaje de Cristo agrega a esa creatura alguna especial dignidad*. También pensamos que el humanismo cristiano es una expresión de *uso común* en la vida cultural chilena, que distingue a aquellos ciudadanos que en su actividad pública o privada reconocen una inspiración cristiana, a diferencia de aquellos que se autodefinen como *humanistas laicos*, generalmente compartiendo con los humanistas cristianos el respeto a la dignidad e inviolabilidad del ser humano, pero sólo por motivaciones racionales y jurídicas, y no por las que ampliamente desarrolla la doctrina social de la Iglesia y explícita magistralmente Juan Pablo II en su encíclica *Fides ed Ratio*. Por último, es nuestra convicción que quien asume a conciencia la opción de llamarse, en estos días, humanista cristiano, o de simpatizante o cercano a ella, se compromete en alguna medida con el respeto a un ordenamiento moral, fundado en la dignidad inviolable de la persona humana —con énfasis especial en la persona humana trabajadora— desde su concepción, en la vida intrauterina, o como miem-

⁶ Compte rendu, J. Jabalda & Cie., 90 Rue Bonaparte, Paris, Clinique Sociale de France, Secretariat permanent, 16 Rue du Plat, Lyon.

bro de una familia, una vecindad o un país, *cualquiera que sea su edad, sexo, estirpe o condición*, según la clásica expresión del Código Civil⁷ y particularmente en su frágil y disminuida condición de obrero o proletario, campesino o industrial.

7. Sin embargo, queda por saber en qué grado estos principios inspiran en la realidad y frente a decisiones de trascendencia la conducta de quienes se autodenominan —o nos autodenominamos— humanistas cristianos. Para no acometer una tarea desmedida, en esta investigación sólo hemos pretendido aproximarnos a una evaluación de la vigencia *conductual* del humanismo cristiano chileno, así entendido, durante un período preciso: las últimas siete décadas del siglo XX, (desde 1931 al 2001), y únicamente con referencia a *dieciséis situaciones o acontecimientos históricos* que nos han parecido suficientemente relevantes y significativos. Ese juicio moral de los propios protagonistas o testigos de una o más de las opciones escogidas es un dato relevante para aquilatar *vigencia práctica del humanismo cristiano entre sus adeptos o simpatizantes*.

8. Dada la naturaleza del asunto, hemos optado por ilustrar nuestras propias reflexiones e investigaciones, con la opinión versada de quienes nos parecieron podrían corregirlas o enriquecer nuestros recuerdos o documentación. Así, la información obtenida acerca de cómo vivieron, sintieron y aplicaron el humanismo cristiano en torno a unos mismos acontecimientos de nuestra historia reciente, personalidades protagónicas de nuestro quehacer político, intelectual o social, partícipes o simpatizantes de esta manera de pensar en las siete últimas décadas del siglo XX, nos permitirá progresar hacia nuestro objetivo: reunir elementos de juicio para aproximarnos a un conocimiento mejor fundado sobre la consistencia del humanismo cristiano en Chile al despuntar el siglo XXI.

9. A riesgo de parecer reiterativos, insistimos en que la treintena de opiniones escogidas no pretende ser muestra representativa del humanismo cristiano chileno actual, sino solamente juicios o

⁷ Art. 55

apreciaciones de personalidades destacadas, experimentadas e informadas, que nos han ayudado a corregir, perfeccionar, reafirmar o simplemente estimular nuestros recuerdos y reflexiones en la materia. Aunque lejos de emularla, tal vez nos inspiró la obra que, cuando dirigíamos la Editorial Andrés Bello, se publicó bajo el rótulo de “*Chile en el ámbito de la Cultura Occidental*”, coordinada por el eminente sociólogo Hernán Godoy Urzúa⁸.

⁸ Vid-supra notas 1 a 5.

Capítulo I

Acción Católica y Acción Política.

1.1. La urgente opción entre Acción Católica y acción política se planteó de manera formal a los líderes del humanismo cristiano chileno en 1931, con la fundación en nuestro país del movimiento mundial de la Acción Católica⁹, que Pío XI había puesto en marcha en 1922¹⁰. Desde luego, implicó un requerimiento de líderes de juventud, fuertemente resistido en sus inicios por las organizaciones religiosas más antiguas y, en lo político, por el Partido Conservador. Éste era la única opción de militancia política en aquella época, por lo que trabajar activamente en ese campo equivalía a ingresar a esa organización. Además, era una institución que desempeñaba un papel preponderante entre los grandes partidos, no sólo por ser reconocido como “el partido de la Iglesia”, atendida su fuerza parlamentaria y el prestigio e influencia personal de sus líderes, como su presidente en 1931, don Rafael Luis Gumucio su vicepresidente; don Horacio Walker —figuras del anti-ibañismo¹¹— y sus grandes patriarcas, como don Héctor Rodríguez de la Sotta, don Alejo Lira Infante, don José María Cifuentes, el doctor Exequiel González Cortés, Carlos Vergara Bravo y muchos otros. Con alientos renovadores se movía la generación que encabezaban Jaime Larraín García Moreno, Eduardo Cruz Coke y Carlos Gajardo. Más atrás vendrían Julio Chaná, Ricardo Boizard, Julio Pereira, Alejandro Silva Bascuñán, Víctor Delpiano, Sergio Fernández Larraín y Eduardo Frei¹². Los tres últimos fueron compañeros de estudios de derecho en la Universidad Católica e integrantes de un curso llamado, con razón, de

⁹ Decreto de fundación de la Acción Católica de Chile, Revista Católica, n° 717, 7 - XI - 1931, pág. 680.

¹⁰ Vid. Encíclica *Ubi Arcano Dei*, 23 de diciembre de 1922.

¹¹ Vid. Vial, Gonzalo, volumen V, Ed. Zig-Zag, diciembre, 2001, págs. 22-23

¹² Pereira, Teresa: “El Partido Conservador, 1930-1965”, Fund. M.Góngora, 1994, págs. 38 y sgtes.

las “lumberas” por sus brillantes estudios y excepcionales condiciones, que los llevaron a muy altos destinos, siempre como amigos, pero no siempre como correligionarios.

El Partido necesitaba con urgencia el apoyo de la juventud y, lógicamente, de la juventud católica, que se hallaba atenazada entre su deber cívico respecto de un país azotado por una fuerte crisis política, constitucional y económica, y su deber moral de formarse religiosa, profesional, política y técnicamente antes de sumirse en los avatares de la lucha partidista, criterio que enfatizaba la naciente Acción Católica, a la que pasamos a referirnos.

1.2. Decía Mons. Oscar Larson¹³, asesor de los Jóvenes de Acción Católica y más tarde de la ANEC (Asociación Nacional de Estudiantes Católicos): *El apostolado interior y público es obra sobrenatural; no es sólo fruto del talento o de cualidades humanas: son los santos los que convierten... El apostolado requiere mucha preparación: conocimientos, buen criterio, calma, prudencia, energía... Nuestro daño actual ha sido, precisamente, lanzar a los jóvenes - que debían estudiar, formarse, prepararse - en especial a las luchas políticas antes de tiempo, dejándolos así para siempre sin preparación. Por un presente precario, hemos sacrificado un porvenir duradero. Más inteligente y hasta más político habría sido haber hecho todo lo contrario. Más adelante agrega¹⁴: Las obras católicas para jóvenes han cambiado de rumbo en los últimos años, o mejor dicho, han vuelto a los que tenían en los primeros tiempos de la Iglesia. Se recordará que hasta hace poco las organizaciones católicas eran, principalmente, obras de **preservación**. Se trataba de preservar del mal a la juventud. Se hacían patronatos, sociedades, clubes y deportes para librar del mal y conservar a los buenos, porque el ambiente era malo... Actualmente se trata de sanar ese ambiente, cristianizándolo y ¿quiénes harán esto, sino los que poseen la verdad y la virtud, aquellos a quienes dijo Cristo que debían ser “luz del mundo, sal de la tierra y levadura de la masa?”... El único méto-*

¹³ Manual de la Asoc. de Jóvenes Católicos de Chile, Santiago, Imp. Casa Nacional del Niño, 1935, pág. 10.

¹⁴ Id. págs. 11 y 12.

do para alcanzar ese fin es enviar a todos los medios, cristianos santos y preparados, para que puedan recibir el primer choque del mundo paganizado, contrarrestarlo y convertirlo en ambiente cristiano...; pero esto no se hace con discursos y periódicos, sino poblándolos de cristianos que lleven a ellos el antiséptico de una vida pura y sencillamente moral.

1.3. Monseñor Luis Civardi, el gran clásico en que todos aprendimos las primeras lecciones de Acción Católica, señalaba¹⁵: *La Acción Católica puede entenderse en sentido lato y en sentido estricto. Para que exista Acción Católica en sentido lato basta que una asociación u obra tenga algún fin de apostolado y sea aprobada por la Autoridad Eclesiástica. Tales, por ejemplo, las obras por el teatro y el cinematógrafo educativo, una sociedad en favor de la buena prensa, una Liga antiblasfema, una Liga promoralidad educativa*¹⁶... La Acción Católica en *sentido estricto o propiamente tal*, está constituida por el conjunto orgánico de asociaciones en que los laicos ejercen toda forma de apostolado secundando a la Jerarquía Eclesiástica, y no sólo con la aprobación de ésta, sino por su especial mandato, bajo su directa dependencia y con organizaciones queridas y sancionadas por la misma. Más adelante¹⁷ reproduce el ilustre autor, la definición clásica que dio el Papa Pío XI: “*La participación del laicado en el apostolado jerárquico de la Iglesia*” y agrega que el propio Pío XI, en su discurso a las obreras de la Juventud Católica Femenina de la Acción Católica Italiana (19 de marzo de 1927) afirma que dio esa definición meditada y deliberadamente, más aún, puede afirmarse, no sin inspiración divina. El 30 de julio de 1928, en su Carta a la Presidenta General de la Unión Internacional de Ligas Femeninas Católicas, Pío XI da este concepto más descriptivo: “*La participación de los laicos católicos en el apostolado jerárquico para la defensa de los principios religiosos y morales, para el desarrollo de una sana y benéfica acción social bajo la guía de*

¹⁵ Manual de Acción Católica, II edición de la traducción española (1934), basada en la sexta italiana (1932), págs 23-24.

¹⁶ Algunos sugerían llamarla acción católica –con minúscula–, diferenciándola de la Acción Católica “oficial”.

¹⁷ pág. 25.

la Jerarquía Eclesiástica, fuera de los partidos políticos y sobre éstos, con el fin de restaurar la vida católica en la familia y en la sociedad”.

1.4. Queda claro que eran notas distintivas de la Acción Católica (A.C.) la de ser: a) **Apostolado** —tarea común con muchas otras obras—; b) **Laico**: es la novedad; los sacerdotes; clérigos o religiosos, realizan su apostolado de otra manera y asesoran a los laicos en la A.C.; c) **Auxiliar de la Jerarquía**; d) **Subordinado a ella** (*“ejecutiva en el orden práctico; no directiva en el orden doctrinario”*); e) **Organizado**, por tanto es una obra colectiva¹⁸; f) **Consagrada al Reino de Cristo**, tal como el apostolado de la Jerarquía, de la que es auxiliar.

1.5. Esta universalidad de los fines de la A.C. originó más de un problema con las demás instituciones apostólicas de la Iglesia (congregaciones marianas, cofradías, Obreros de San José, Conferencias de San Vicente, patronatos, etc.), que S.S. Pío XI caracterizaba así: *“Además de esta gran institución, que podría llamarse Acción Católica oficial, hay entre vosotros otras asociaciones, cuyo fin es promover la piedad y la formación religiosa, o la caridad y la beneficencia; asociaciones que nos hemos llamado no ha mucho y en determinada ocasión, poderosos auxiliares de la A.C., como que corresponden a no pocas finalidades de la A.C., y pueden y deben proporcionar elementos bien preparados y activos”*¹⁹.

1.6. El carácter central de la Acción Católica, su finalidad universal y directamente ligada a la Jerarquía y, sobre todo, dividida en las cuatro ramas clásicas: jóvenes, niñas, hombres y mujeres, pese a las precisiones teóricas, complicaba a los párrocos e instituciones religiosas que tenían fuertemente afianzadas diversas obras de piedad o apostolado, en especial congregaciones marianas, “conferencias” de San Vicente de Paul, Obreros de San José, etc. La razón más invocada era la escasez de dirigentes en

¹⁸ Civardi ob.cit, 27-29.

¹⁹ Carta al Episcopado Argentino sobre la A.C., de 4 de febrero de 1931, cit. por Civardi, ob.cit. págs. 24-25.

las obras ya establecidas, en forma que muchos de ellos se sentían atraídos por la novedad y proyecciones de la nueva institución, abandonando esas obras ahora llamadas “auxiliares” de la Acción Católica. Reclamaban, pues, que no era bueno desvestir un santo para vestir a otro. Se multiplicaron así las instrucciones y circulares procurando solucionar roces o conflictos, de sencilla solución teórica, pero recurrentes a nivel diocesano y sobre todo parroquial. La modificación estructural que creó la Acción Católica *especializada*, y más tarde la *ambiental*, a las que nos referiremos en seguida, trató de superar este problema.

1.7. En cuanto a la A.C. *especializada*, es particularmente notable lo acontecido con la ANEC, fundada en 1915. Nació como Asociación de Jóvenes Católicos y tomó después el nombre de Asociación Nacional de Estudiantes Católicos, ANEC. Su asesor fundador fue el Pbro. Julio Restat —un estudioso excepcional, autor del libro “*De la Existencia de Dios ante la Filosofía y las Ciencias*” y, según recuerdos de Monseñor Jorge Gómez Ugarte²⁰, con la entusiasta cooperación de los *jóvenes* Ignacio Irrarázaval, los hermanos Larraín Tejada, Manuel Ossa, Carlos Vergara Bravo y otros. Más tarde, serían asesores Mons. Carlos Labbé, Mons. Jorge Larraín Cotapos, Mons. Manuel Menchaca, Mons. Miguel Miller, don Oscar Larson y don Jorge Gómez,²¹ desfilando por diversos cargos de ella las generaciones— difíciles de distinguir en sus hombres de “enlace” de Eduardo Cruz Coke, Pedro Lira, Julio Chaná, Jorge Mardones; etc.; de Bowen, Frei, Eyzaguirre, Julio Santa María, Julio Philippi, Bernardo Leighton, Manuel Garretón, Ignacio Palma, Roberto Barahona, etc.; detrás de ellos la de los Piñera Carvallo (José y Bernardino), Javier Lagarrigue, Hugo Rosende, Francisco Bulnes, Raúl Oliva, Domingo Santa María, Carlos Thonet, etc.: diríamos, la generación de los que terminamos estudios universitarios poco antes o después de 1941, año de la disolución de la ANEC, en plena Guerra Mundial. En total, como si dijéramos lo más representativo del estudiantado católico de “*Ese cuarto de siglo: 1915-1941*”. Fundada la A. C. en 1931, quince años después de la ANEC, hubo gran interés en

²⁰ Gómez, Jorge, “*Ese cuarto de siglo: 1915-1941*”, Ed. Andrés Bello, 1985

²¹ Gómez U., ob.cit. págs. 11, 12, etc.

que ésta fuera reconocida como Acción Católica *especializada*, ya bajo asesoría de Mons. Oscar Larson (don Oscar, le decíamos siempre). Mons. Jorge Gómez Ugarte —(don Jorge)—, asumió como interino en 1934, durante el viaje de Larson a Roma, a un Congreso Internacional de Universitarios Católicos, en que lo acompañaron: Eduardo Frei, presidente de ANEC y Manuel Garretón, presidente de la Juventud Católica, dos dirigentes de lujo, que tuvieron una destacadísima actuación.

1.8. Otro problema de muy limitada localización, pero de trascendencia por la calidad de los protagonistas y la opción apostólica que implicaba fue la creación del Centro de Acción Católica de la Universidad Católica, que originó complicaciones más antipáticas que graves. En el escenario que alcanzamos a conocer y vivir, la cuestión se presentaba así: la ANEC reunía a estudiantes de “*ambas*” universidades: la Católica y la de Chile, únicas en Santiago, entonces. Mons. Carlos Casanueva, rector por largos años de la U.C. se dolía de que los alumnos de esa casa de estudios prefirieran la ANEC al propio centro de su *Alma Mater*, lo que además repercutía en más de un traslado de una universidad a otra. En algún momento los campeones del orden sacaron sus espadas, defendiendo el deber moral de los estudiantes católicos de preferir la Universidad Católica, y no faltó alguien que sostuvo era pecado ir a la de Chile existiendo la Universidad Católica. A Mons. Vives Estévez, recuerdo haberle oído que era “*la opinión de un teólogo canadiense*”, cuyo nombre jamás averiguamos. Naturalmente que la extensión de esa doctrina sencillamente destruía la ANEC, cuya esencia estaba en la confraternidad apostólica y formativa entre los alumnos de la Católica y de la de Chile. Mil soluciones se buscaron, pero, por ejemplo, Ismael Guzmán Cruzat, presidente del Centro de A.C. de la UC, y Javier Lagarrigue, presidente de la ANEC entonces (años 1930-1940 aproximadamente) representaban dos concepciones, que tal vez cabría asimilar a la visión pre-conciliar y pos-conciliar, del apostolado, si tomamos como referencia el Concilio Vaticano II. En todo caso algunos (como quien escribe estas líneas) jamás acep-

tamos el dilema y participamos en ambos centros, lo que sin embargo no agradaba a otros “aneccistas” (así nos llamábamos), lo cual nunca nos impidió ocupar simultáneamente cargos directivos en la ANEC e integrar el profesorado de la UC. Más todavía, el propio “don Carlos” —Monseñor Casanueva, rector de la UC— más de una vez concurrió a officiar la misa de 7 A.M., a la que diariamente asistíamos muchos aneccistas, en especial los del “*Duc in altum*”²². Pero cuando la *sangre casi llegó al río* fue con motivo del Congreso Eucarístico Nacional de 1941, que tuvo gran trascendencia, incluyendo la participación del Cardenal Copello como legado pontificio. Don Carlos Casanueva luchaba con su enorme influencia y respetabilidad, para que la UC desfilara “*como un solo hombre*”, con su rector, profesorado, estudiantado y personal administrativo. La ANEC, entonces, quedaría reducida a una especie de “centro residual” de A.C. Don Jorge Gómez dio la batalla por el derecho de la ANEC a desfilar corporativamente, pues era reconocida como rama especializada de la A.C. Monseñor Manuel Menchaca Lira, verdadero organizador del Congreso buscaba en toda forma aplacar la discusión. Entre tanto, Monseñor Caro se hallaba tan saturado de este debate y tanto le habían llenado la cabeza con problemas intrascendentes, pero múltiples, que cuando Domingo Santa María, entonces presidente de la ANEC y quien esto escribe, presidente de la Juventud Católica (ahora asesorada por el P. Hurtado), fuimos a invitarlo a algo tan pío, como un homenaje a la Eucaristía que tendría lugar en el Salón de Honor de la U. de Chile, no alcanzamos a cruzar el umbral de su puerta y, en forma airada y agobiada nos echó, con estas palabras, que mil veces hemos recordado con Santa María: “*Ya vienen de nuevo; mándense cambiar*”. Nosotros que no habíamos ido antes a plantearle tema alguno relacionado con el Congreso, no podíamos bajar la escala del Arzobispado riéndonos. Comprendíamos que el santo Cardenal ya no soportaba más tensiones y pensó que veníamos con el mismo problema. Finalmente el Congreso fue un éxito y nos imaginamos que desfilaron las dos entidades, quizá privilegiando unos al Centro de A. C. de la UC y otros a la ANEC. Ésta tenía más estudiantes que el Centro de la

²² Grupo de universitarios a los que espiritualmente dirigía don Jorge Gómez (*V. Ese cuarto de siglo*).

UC, pero la Universidad era un cuerpo impresionante, reuniendo en sus filas a rectorado, plana mayor, profesorado, estudiantes y personal. Un año después,²³ la ANEC fue disuelta como tal y sustituida por la AUC (Asociación de Universitarios Católicos, rama especializada de la A.C.), cuya presidencia asumió Gabriel Valdés Subercaseaux.

1.9. Hay un documento que considero de valor histórico acerca de cómo entendíamos en esa época las relaciones entre acción católica y acción política. Se trata de las *"Directivas del Consejo Nacional de la Juventud Católica sobre acción católica y acción política"*. Está fechado en diciembre de 1941, lleva las firmas de Alberto Hurtado, s.j., Asesor; William Thayer, Presidente y Sergio Lecannelier R., Secretario, y fue publicado en las páginas 18 a 29 de la obra del padre Alvaro Lavín, titulada *"El Padre Hurtado. Apóstol de Jesucristo. Aspectos críticos en su ministerio sacerdotal"*²⁴. Por su actualidad, interesa reproducir las palabras finales, que bien reflejan la médula de la permanente enseñanza del padre Hurtado: *"No nos cansamos de inculcar a los jóvenes que se interesan por el bien de Chile...esta idea: que nada grande podrán hacer si primero no se transforman ellos mismos en cristianos integrales, en hombres que vivan plenamente a Cristo y que aspiren a vivir la vida como la viviría Cristo si estuviese en mi lugar. Mientras más aspira a dar, mientras más amplia pretende uno que sea su influencia, más necesita recogerse interiormente y más honda ha de ser su formación. Comprendan los jóvenes que la mejor escuela de la política es la Acción Católica, de una política que no busque sus intereses, sino sinceramente los de la Patria, que son los de Cristo."* *"La gran crisis de nuestra nación es una crisis de valores morales; en otros términos, una crisis de cristianismo y ésta no podrá ser solucionada sino por hombres que tengan la integridad de valores morales que dan una fe plenamente conocida y vivida en todas las circunstancias y momentos. Esos hombres son los que produce una Acción Católica auténtica como*

²³ Detalles en Ugarte Gómez, Jorge: *Ese cuarto de siglo*, editorial Andrés Bello, 1985

²⁴ Portada de M. Hombaer R.; Composición y Diseño, Antonio Becker; Imprenta Cergnar, Santiago, 1981.

la que aspiramos a poseer en Chile con el concurso leal de todos los Consejos, centros y militantes". Por la misma época²⁵, Monseñor Manuel Larraín, el gran amigo del P. Hurtado, entonces obispo de Talca, le escribía al Presidente de la Junta Diocesana de Acción Católica insistiendo en las mismas ideas. Por ejemplo: *"En cuanto a la acción política de los jóvenes, la Iglesia les reconoce el derecho de interesarse por ella y aun de inscribirse y militar en partidos políticos, pero atendida su edad y las circunstancias nacionales, el Episcopado Chileno por lo menos en dos ocasiones ha dado las siguientes normas: "Declara también, de acuerdo con las instrucciones de la Santa Sede, que los jóvenes de ambos sexos que aún no son capaces de derechos políticos, más bien que a las actividades políticas de partidos deben dedicarse a adquirir una sólida formación religiosa, social y cívica que los prepare para el recto y cristiano ejercicio de sus derechos ciudadanos, lo que es tarea principalísima de la Acción Católica a la cual deben pertenecer."*

Es interesante advertir que en la época de las referidas instrucciones, la ciudadanía y el derecho a sufragio se adquirirían a los 21 años, y no a los 18 como lo preceptúa el actual artículo 15 de la Constitución, conforme a la reforma de 1968, propuesta por el Gobierno de Eduardo Frei Montalva. Ahora bien, los dirigentes de los partidos políticos se interesaban por atraer a posibles líderes para sus tendencias desde dos o tres años antes de que adquirieran la ciudadanía, o sea, el proselitismo partidista rara vez penetraba en los últimos años de la educación media (o secundaria, como se la llamaba entonces). La rebaja de la mayor edad política, llevó la preocupación política y partidista a los últimos años de la enseñanza media, dificultando enormemente el aprovechamiento del período etéreo comprendido entre los 17 y los 20 años para labor netamente formativa, como lo propiciaba el Episcopado. Por su parte, el Reglamento de la Asociación de Jóvenes Católicos de Chile, establecía como exigencias de afiliación ser soltero, menor de 30 años y mayor de 16²⁶.

²⁵ Septiembre de 1942. Vid. Larraín, Manuel: *Escritos Sociales*, Ed. del Pacífico, 1963, págs. 22-35.

²⁶ Artículo 6º, letra a).

1.10. En Chile, como advertimos, la A.C. fue derivando de su inicial estructura *parroquial* hacia la *especializada* a mediados de los años cuarenta y terminó siendo *ambiental* en la década de los sesenta, bajo el impulso preferente del Asesor Nacional, Monseñor Manuel Larraín²⁷. Los tres *ambientes* básicos condujeron a una A.C. General; A.C. Obrera y A.C. Agraria. Dentro de cada uno de los ambientes de la A.C. General debían operar los centros parroquiales y los movimientos especializados. El proceso era complejo, porque la ANEC y la AUC, siempre Acción Católica especializada, lo mismo que la JOC²⁸, la JEC²⁹ u otras entidades coexistieron con la A.C. parroquial, con no pocas dificultades de adecuación, aunque faltó tiempo para que se manifestaran las dificultades esta vez. En efecto, monseñor Larraín falleció en un accidente automovilístico a mediados de esa década y, en puridad de verdad, la Acción Católica Chilena perdió vigor hasta desaparecer como *organización* después, aunque dejando una huella que nos parece indeleble en quienes, como jóvenes, fuimos formados bajo su influjo. Es también la opinión casi unánime que hemos recogido en nuestras entrevistas sobre el asunto. Por otra parte, la muerte de monseñor Larraín conmovió a la Iglesia entera y en particular a cuantos tenían en sus manos algún quehacer social o vinculado a la Acción Católica, que después no levantó cabeza.

1.11. A nuestro parecer, circunstancias históricas posteriores a la Segunda Guerra Mundial habían modificado dramática y profundamente el escenario en que aparecieron la Acción Católica y *Ubi Arcano Dei*. En todo el mundo cundió el miedo a las entidades *totalizantes* y la propia Jerarquía fue situando a la A.C. en un plano similar a la variedad de entidades apostólicas existentes. En 1951, S.S. Pío XII convocó a un *Congreso Mundial de Apostolado Seglar*, al que concurrieron los dirigentes de A.C. de todo el mundo, junto a representantes de una multitud de organismos apostólicos. En nuestro concepto, ese torneo marcó el inicio del fin de la A.C. Ya se respiraba otro ambiente. Quizá, S.S. Pío XII, que

²⁷ María A. Huerta. M.A. op.cit. 431-498, ofrece un cuadro detallado de la evolución de la A.C., que personalmente vivimos los de nuestra generación.

²⁸ JOC: Juventud Obrera Católica

²⁹ JEC: Juventud Estudiantil Católica

debió manejar las tensiones de la posguerra, pensó que era necesario abrirse libremente al florecimiento de las innumerables instituciones apostólicas que los cristianos fueron auspiciando en el mundo confuso, que emergía entre las ruinas de la posguerra. También pensamos que no fue ajena a esta decisión, el temor de que una gran organización apostólica, mantenida por la Jerarquía en sus planos nacional y mundial, fuera mal interpretada y creara más de un roce con el movimiento internacional de la Democracia Cristiana, que nacía cerca de la Iglesia y reconstruía Europa. Además, había que crear alternativas netamente democráticas a la idea del Estado Católico de Franco.

1.12. En el capítulo siguiente, para no repetir conceptos, volveremos sobre las tensiones entre la Acción Católica y la opción política, muy imbricada con la opción social. Con todo, quede claro que la alternativa entre Acción Católica y acción política se planteó preferentemente como una advertencia para que la juventud no se sumiera en las lides políticas antes de poseer una sólida formación religiosa, moral, doctrinaria, social y cultural, como pedía don Oscar Larson³⁰. En este sentido, Frei y Garretón fueron emblemáticos, postergando su ingreso a la política, mientras no hicieran un largo y brillante camino en la Acción Católica parroquial y en la ANEC.

1.13. Capítulo aparte es el examen de la mujer, en especial de la juventud católica femenina en la Acción Católica. La Asociación de la Juventud Católica Femenina —AJCF— nace, como la ANEC, antes que se fundara en Chile la Acción Católica, en 1921 como un movimiento apostólico femenino juvenil, que se incorporó como rama de la organización oficial en 1931³¹, siendo su presidenta Teresita Ossandón Guzmán, gran tenista, campeona de Chile y sudamericana, cuya vocación religiosa y dedicación apostólica creó hacia ella más la atracción de la santidad que del liderato. Se hizo irremplazable en su cargo y permaneció en él hasta comienzo de

³⁰ Vid. por ej. Araneda, Fidel: *Oscar Larson, el clero y la política chilena*; Imp. San José; 1981; págs.73-74.

³¹ Huerta, M.A. *Catolicismo Social en Chile*, Ed. Paulinas, 1991, pág. 461.

los años cuarenta³². Lejos estaban ya los días en que disputaba la hegemonía del tenis nacional con Rebeca Izquierdo Phillips, más tarde fundadora y directora de la Escuela de Servicio Social de la Universidad Católica. Rebeca Izquierdo usaba una pulsera notable, de la que pendía lo menos una docena de medallas ganadas en torneos de su deporte favorito.

A Teresita Ossandón sucedió en la presidencia de la AJCF Marta Cruz Coke Madrid, escogida por la confluencia en ella de condiciones de fidelidad religiosa, conducta intachable, aptitud de liderazgo y, de no poca importancia, gran atractivo y éxito entre los jóvenes. Se decía que la Jerarquía estimó necesario acentuar la nota de armonía entre la devoción y el matrimonio en las jóvenes largo tiempo presididas por quien, finalmente, profesó de religiosa y no sería extraño que algún día la viéramos en los altares.

Lo dicho explica que por los años en que nacía la Acción Católica no se planteaba la opción política en la mujer, que sólo años más tarde obtuvo el derecho a sufragio en elecciones municipales y en tiempos del presidente González Videla, con el especial apoyo de su esposa³³, el sufragio político.

³² Cuando quien escribe estas líneas presidía la Asociación de los Jóvenes Católicos, alcanzó a compartir por una vez asiento en la Junta Nacional con Teresita Ossandón, que ya debía dejar el cargo por edad.

³³ Mitty Marckmann de González Videla.

Capítulo II

Acción social y Acción política.

2.1. La preocupación social estuvo siempre en la mente y la formación moral de los dirigentes y militantes de la Acción Católica. Pero a medida que avanzaban en edad, dejaban la Universidad, entraban a trabajar y se casaban surgía cada vez más acuciante la preocupación política, encarnada hasta 1934, como se ha dicho, sólo por el Partido Conservador.

2.2. Pero los partidos políticos no perdían tiempo. Los jóvenes, incluso antes de los 21 años —mayor edad ciudadana entonces— eran requeridos para incorporarse a sus banderas. Claro que para los católicos no se abría otro camino que el Conservador. Radicales, liberales, socialistas y comunistas, con frecuentes disputas entre sí, mostraban diferentes inspiraciones: los radicales, un laicismo militantemente anticlerical; los liberales, plena independencia clerical, pero generalmente respetuosa de la Iglesia. La juventud liberal la presidía Paul Aldunate, católico de fila; joven docente de la UC, perteneciente al curso de “las lumbreras”, junto con Frei, Ladislao Errázuriz Pereira (hay que mentar los dos apellidos), Fernández Larraín, Víctor Delpiano, etc. En cambio, a comunistas y socialistas los alentaba un marxismo leninista, virulentamente contrario a la Iglesia y la acción de los católicos.

2.3. Nos cuenta Jorge Gómez³⁴ que: “*Poco a poco volvía la inquietud a prender en el ambiente universitario. Este rebrote tenía una clara orientación socioeconómica y, como es lógico, el ideario marxista se abría campo. No era pura y simplemente el pensamiento doctrinario marxista el que se exponía y el que alzaba cátedra. Tras él, o mejor dicho junto a él, era manifiesta la presencia de los partidos políticos de igual inspiración doctrinaria.*”

³⁴ Ob.cit, págs., 59 a 63.

Para los universitarios católicos se presentaba un dilema. Por la importancia y desarrollo que había adquirido el movimiento de ellos (de los estudiantes católicos) no podían marginarse de la inquietud que se extendía entre los universitarios. Pero siendo un movimiento de carácter apostólico y religioso, enmarcado en la Acción Católica, no podían enfrentar a oponentes que actuaban en una línea política, sin aparecer rompiendo su reiterada declaración de seguir fiel y resueltamente la norma que al respecto había dado Su Santidad Pío XII cuando dijo que: “La Acción Católica está fuera y por encima de la actividad política partidista”.³⁵

2.4. La generación de humanistas cristianos de los años treinta enfrentaba a mediados de la década, pues, un requerimiento simultáneo: difundir la doctrina social de la Iglesia y encarnarla en las instituciones en las que les correspondía actuar, o sumarse al esfuerzo político para combatir en su propio terreno al marxismo, que se erguía en aquellos días como el gran adversario en todos los frentes. Fue principalmente Manuel Garretón el que en este trance cortó el nudo gordiano. Así, enfrentando al grupo “*Avance*”, que era el nombre adoptado por los estudiantes de inspiración marxista, Garretón, para usar las expresiones de don Jorge Gómez³⁶, fue *la figura básica del grupo “Renovación”*. De esta manera, sin organizar ningún partido político, ni comprometer a la Acción Católica, dieron una lucha universitaria, que la historia social chilena ha recogido como símbolo del tipo de enfrentamientos universitarios de “*Ese cuarto de siglo*”³⁷.

2.5. Entre tanto, el país había retomado, bajo el segundo Gobierno de Alessandri Palma un ritmo, digamos, regular y de ordenamiento *económico*, superando muchos de los efectos de la feroz crisis, para Chile retardada, de los años 29 y siguientes. Pero las sombras de un pasado cuasi anárquico y las nubes ominosas de los tres totalitarismos en pleno desarrollo —el staliniano, el fascista y el nazi, por orden de aparición— exigían asumir de inmediato un protagonismo orientador, político y ciudadano.

³⁵ Gómez U., ob. cit. pág. 59.

³⁶ Id. pág. 61

³⁷ Sobre *Avance* y *Renovación*, ver también Guzmán, Leonardo: *Un episodio olvidado de la historia nacional*. Ed. Andrés Bello; 1966; págs. 184-193.

2.6. En Chile, las generaciones católicas de las décadas de los veinte y los treinta —atravesadas por las secuelas del cambio político derivado de la Carta de 1925 que, además, separó la Iglesia del Estado—, veían levantarse ante ellas un porvenir de impensables proyecciones que, junto con urgirlas a una profunda formación religiosa, moral, doctrinaria, cultural y política, las acuciaba para adoptar algún tipo de acción más efectiva, masiva y salvadora que lo que pudo representar el grupo *Renovación*, sustancialmente universitario. Así, había que fijar un momento en que la sólida preparación que había exigido, proporcionado o alentado Larson, pronto debía ser puesta a prueba. La crisis de fe pública en que se encontraban envueltas las fuerzas armadas, por su participación en la revolución de 1924; por su respaldo a la “*dictadura*” de Ibáñez³⁸; por el derrocamiento de Montero el 4 de junio de 1942 y todo lo que siguió, inquietaba a la ciudadanía. El ex Presidente Ibáñez era mirado entonces como el enemigo de la civilidad. Nadie podía imaginar que sería, años más tarde, por dos veces candidato presidencial en elecciones netamente democráticas y, la segunda de ellas, triunfador por abrumadora diferencia sobre Arturo Matte, Pedro Enrique Alfonso y Salvador Allende. Menos imaginarían que el joven líder del humanismo cristiano, Eduardo Frei, sería llamado por Ibáñez a organizar su gabinete y que otro dirigente de los quilates de Alfredo Bowen sería alto funcionario y embajador en su gobierno. En cambio, lo que se veía por las calles era desfilar la Milicia Republicana y a los nacistas chilenos, en feroz batalla con las brigadas socialistas, todos con sus respectivos uniformes. En suma, había llegado el momento de optar entre un esfuerzo de formación a fondo y la difusión masiva de la doctrina social de la Iglesia, en forma pura, transparente y leal, aunque partiendo de una débil organización social, o buscar un camino sin duda eficaz, pero sembrado también de dificultades: incorporarse al Partido Conservador, penetrarlo y transformarlo en una herramienta formidable si asumía en la realidad las enseñanzas de *Rerum Novarum* y de *Quadragesimo Anno*, que oficialmente declaraba acatar.

³⁸ Usamos el término preferido por Gonzalo Vial en el tomo V de su obra dedicada al gobierno de Ibáñez.

2.7. En los angustiosos debates que provocaba esta alternativa, se partió optando por organizar un grupo aguerrido y bien dispuesto, asesorado por el R. P. Fernando Vives, que había vuelto de su “exilio” jesuita, por diez años. Así nació la *Liga Social* para estudiar, difundir y defender las enseñanzas de la reciente encíclica *Quadragesimo Anno*³⁹. El presidente inicial de la *Liga* fue Jaime Larrain García Moreno, antiguo colaborador de los *Círculos de Estudio* que mantenía el P. Vives antes del citado *exilio*, en la segunda década del siglo, cuando colaboraban con él también los presbíteros Daniel Merino y Guillermo Viviani; los *jóvenes* Oscar Larson y Aníbal Aguayo, después sacerdotes; Carlos Vergara Bravo, Luis Pizarro Espoz, Jorge Arteaga Isaza, Pablo Larrain Tejada, Emilio Tissoni, Eduardo Núñez y otros. Algunos aparecen en una fotografía, conservada por O. Larson con mucho cariño⁴⁰. Volviendo a la *Liga*, la integraron inicialmente un medio centenar de miembros “picoteados” —dice Bowen— entre los alumnos más brillantes y de carácter independiente de las distintas carreras. Allí entraron Julio Philippi, Jaime Eyzaguirre, Alfredo Bowen, Clarence Finlayson, Manuel Atria, los Cifuentes Grez, Roberto Baraona, Julio Santa María, Gustavo Fernández del Río —fallecido prematuramente—, Florentino Mateluna, Carlos Vergara Bravo y unos cuarenta más. Entre ellos debe destacarse a Clotario Blest, que rompió pronto los moldes del apoliticismo, declarándose públicamente a favor de la revolución socialista del 4 de junio de 1932. Su actitud motivó el alejamiento de Jaime Larrain y la asunción de una nueva directiva: Bowen, presidente, Julio Philippi, secretario general; Jaime Eyzaguirre, encargado de las publicaciones.

2.8. Es poco conocida la participación de la *Liga Social* en un hecho que, de alguna manera cambió la historia de Chile. Cuenta

³⁹ Bowen, Alfredo “*Testimonio histórico*”; en *Dimensión Histórica de Chile*, n° 2, 1985, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, págs. 223 y 224.

⁴⁰ Escritos del Padre Fernando Vives Solar; recopilación de Rafael Sagredo; Centro de Investigaciones Barros Arana, Biblioteca Nacional, 1993, pág.15, y Fidel Araneda, en *Oscar Larson, el clero y la política chilena*, Imprenta San José, 1981, pág. 15 y foto de pág. 65 .

Bowen⁴¹ que en 1933, los obispos tomaron un acuerdo reservado, urgiendo a los muchachos de la ANEC a ingresar al Partido Conservador. Inmediatamente después, la directiva de la Liga fue citada por el arzobispo Campillo; acompañaba a éste el obispo Rafael Edwards, según Alfredo, el “*correveydile*” de toda la situación que se iba a plantear. Por la Liga concurren él (Bowen), Philippi y Eyzaguirre. Campillo les notificó sin mayor trámite que el último número de *Falange* —periódico que publicaba el grupo sin relación alguna con lo que después fue la Falange Española— ya impreso, pero aún no distribuido, no podría circular, pues contenía afirmaciones “*heterodoxas*”; que la Liga como tal dejaría de funcionar y sus miembros debían hacerse conservadores, cumpliendo el mandato de la Conferencia Episcopal. Los muchachos le observaron que el ejemplar del periódico objetado tenía la aprobación del asesor eclesiástico, el P. Vives. “*Por eso, contestó el Arzobispo, se les devolverá el costo de la impresión. Pero Falange no circulará*”. Le pasaron entonces un lápiz rojo y un número del referido periódico para que en él marcara los párrafos “heterodoxos”. El prelado recibió aquél con hondo desconcierto; era evidente, dice Alfredo, que lo veía por vez primera, y había hablado contra él sólo de oídas. Monseñor Edwards se mostraba, asimismo muy azorado. Pero Campillo marcó después dos o tres párrafos. Tocó la mala suerte, continúa Alfredo, que estos eran citas de Pío X y del Cardenal Pacelli, futuro Pío XII, y entonces Secretario de Estado del pontífice reinante, Pío XI. Desgraciadamente para los obispos, el editor de *Falange*, Jaime Eyzaguirre, había omitido las comillas, fuese ello un “olvido” o una “diablura”. Tan pronto el Arzobispo les devolvió *Falange*, Bowen le dijo cortésmente: “*Apelo a Roma*”. “*Es una insolencia*”, respondió Campillo. “*No puede ser insolencia hacer uso de una facultad que da a los fieles el Derecho Canónico*”, argumentó Alfredo Bowen. “*Hagan lo que quieran*”, fue la última palabra de Campillo y la reunión se disolvió. “*Los tres jóvenes se fueron a la celda del Padre Vives y allí Eyzaguirre escribió la apelación. Fue firmada y llevada al Nuncio, Ettore Felici, que la esperaba y la remitió a Roma. El veredicto de ésta sería la Carta del Cardenal Pacelli al Episcopado Nacional en 1934, estatuyendo la li-*

⁴¹ Vid. nota 37. *Testimonio...* pág. 225

bertad de los católicos para pertenecer a cualquier partido respetuoso de la doctrina de la Iglesia... Sólo un detalle mostraba a los conocedores del episodio el “coscacho pontificio” a los obispos chilenos: Pacelli citaba, ahora entre comillas, algunos de los párrafos tarjados en rojo por Monseñor Campillo.

2.9. Secuencia de este episodio fue la organización del efímero Partido Corporativo Popular (PCP), impulsado por Carlos Vergara Bravo, Bartolomé Palacios, Enrique Rojo Céspedes y otros convencidos de la necesidad de organizarse políticamente, pero refractarios al Partido Conservador o desilusionados de él⁴².

2.10. Es curioso considerar que el padre Fernando Vives fue, al mismo tiempo, director espiritual de dos líderes tan destacados, de alguna manera vinculados, pero de trayectoria muy diferente: Clotario Blest⁴³ y el padre Alberto Hurtado. El primero fue gran promotor del sindicalismo único representativo de la clase obrera unida, impulsor de la revolución social, primer presidente de la Central Única de Trabajadores, fundada en 1953. El segundo, sacerdote ejemplar; modelo de sumisión a la doctrina social de la Iglesia (DSI) y gran defensor de la libertad sindical, entre otras razones por estar convencido de que sin ella no llegaría al mundo obrero el mensaje de la DSI⁴⁴. Grayson, citando a Magnet, menciona una carta dirigida por el padre Vives al joven jesuita Alberto Hurtado en la que el autor se refiere al Partido Conservador como “*un conglomerado de fósiles, ambiciosos e ignorantes*” y urgía a los jóvenes católicos a no incorporarse a él⁴⁵, lenguaje que pudo asimilar Blest, pero jamás el padre Hurtado. Ejemplo de ello es la carta dirigida por el Beato, el 9 de diciembre de 1951, a don Alejo Lira Infante, gran prócer y senador conservador, que se

⁴² Rojo Céspedes era profesor mío en el Liceo de Viña (1934) y procuró, delicadamente, mi ingreso al P.C.P., destacando la redacción de sus estatutos por Vergara Bravo. La insinuación no tuvo destino.

⁴³ A quien recuerda Grayson, legó su crucifijo (ob.cit.pág. 77)

⁴⁴ Tema de la obra “*El padre Hurtado y su lucha por la libertad sindical*” (W. Thayer; Ed. A. Bello; 2000)

⁴⁵ Grayson, George, “*El Partido Demócrata Cristiano Chileno*”, Ed. Francisco de Aguirre; 1968, págs.89-90.

refiere precisamente a su trato hacia los miembros del conservantismo, donde la independencia partidista nunca ofende la deferencia a las personas⁴⁶. Conviene, tal vez, citar las palabras con que cierra esa misiva, originada por un artículo del Padre en “Mensaje”: “...*aprovecho esta oportunidad para decirle que si alguna vez llegan a sus oídos determinadas interpretaciones de alguna palabra o actuación mía, quiera interpretarla en el sentido de que sigo siendo el hombre que Ud. conoció y a quien Ud. honró con su amistad. Una cosa ha cambiado desde ese tiempo y es que creo que no puedo trabajar en el campo político, sino que la Iglesia me pide que trabaje en el campo estrictamente religioso. La situación de los católicos se ha hecho más difícil ahora por la división que hay en sus filas. En estas controversias no he querido meterme jamás, porque pienso que si los eclesiásticos participamos en ellas serían aún más hondas. ¿Dónde encontrarían los católicos un terreno desapasionado en el cual unirse? A veces esta actitud no ha sido interpretada en el espíritu que la ha motivado. He querido contárselo, creyendo que su bondad me autoriza para ello, para rogarle que si alguna vez algo de esto llega a sus oídos me haga el gran favor de decírmelo para darme el gusto de poder darle una explicación.*”

2.11. Volviendo al Partido Corporativo Popular, que al decir de Grayson, buscaba presentarse ante el Vaticano como un *fait accompli* ante el temor de que la Iglesia de Roma pudiera reconocer, en esos momentos, como el único partido apropiado para los católicos el Conservador, pues de hecho no había otro⁴⁷. Los ocho puntos que dominaban su programa eran los siguientes: 1) Rechazo tanto del individualismo como del socialismo; 2) Énfasis sobre la familia como grupo social básico, anterior al gobierno (*sic*); 3) *Responsabilidad familiar en lo educacional, con el Estado jugando solamente un papel regulador supervisor*; 4) *Acento sobre la función social de la propiedad y sobre la necesidad de dividir los latifundios*; 5) *Rechazo del capitalismo basado en la libre competencia y la recomendación de que los obreros partici-*

⁴⁶ Original en archivo Mons. Florencio Infante y copia en CIDOC, archivo Thayer.

⁴⁷ Grayson, ob. cit. pág. 93

pen en la dirección y que les sea permitido poseer acciones y participación en las ganancias; 6) Fundación de un estado corporativo, en el cual los derechos políticos estén íntimamente relacionados con pertenecer a una profesión o sindicato; 7) La responsabilidad de la riqueza social pasa del Estado a la corporación; 8) La lucha internacional contra el capitalismo a través de la organización mundial económica. También el respeto y protección de las minorías culturales, raciales y lingüísticas en todas partes, empleando los fondos para el bienestar y la educación del pueblo⁴⁸.

2.12. El PCP perdió sentido al producirse en 1939 la escisión del Partido Conservador y la estructuración independiente de la Falange Nacional, a la que se incorporaron muchos de los corporativistas. El complejo y largo proceso de la escisión conservadora y separación de la Falange ha sido motivo de variados estudios y lo más que podría proceder sería una exégesis crítica del tratamiento que le han dado con extensión diversos autores. Nos parece muy ilustrativo el de Alejandro Silva Bascañán, por la especificidad del asunto, seriedad y moderación del autor, a pesar de haber sido protagonista de los hechos⁴⁹. Como conservador primero, falangista después e integrado finalmente al PDC es un buen testigo, de alguna manera comprometido, pero de reconocida seriedad en sus libros y tratados. Con todo, apuntemos que en su versión sobre la Carta del Cardenal Pacelli, no hay mención a la participación de la Liga Social, que nos narra su amigo y condiscípulo Bowen.

2.13. Pese a su intrascendente destino, la sola circunstancia de haber roto el monopolio conservador, hizo que el PCP mostrara una opción para la juventud católica y creemos que rompió un *tabú*, pesando más tarde en la decisión de muchos de los líderes que encabezaron la escisión concretada en la Falange Nacional, a los pocos años de haber vivido la experiencia “socialcristiana dentro del Partido Conservador”, con un estatuto especial, en el denominado *Movimiento Nacional de la Juventud Conservadora*.

⁴⁸ Grayson, ob., cit.

⁴⁹ “Una experiencia social cristiana”, Editorial del Pacífico, 1949, 182 páginas.

Aunque este Movimiento, paralelo y casi coetáneo al Partido Corporativo Popular, fue de tan breve duración como él, tuvo un desenlace mucho más duradero. Desde luego, con un protagonismo inicialmente lento, la Falange Nacional y su continuador, el Partido Demócrata Cristiano sigue siendo fuerza política principal en los momentos en que escribimos estas líneas. Algo se presentía, quizá, cuando el Movimiento de la Juventud Conservadora, nacido dentro del Partido Conservador, fue solemnizado en una gran convención que tuvo lugar en el Teatro Principal, con más de dos mil delegados, en octubre de 1935⁵⁰.

⁵⁰ Pereira, Teresa, ob. cit, págs. 63 y sgtes. Grayson, ob. cit, págs. 127 y sgtes.

Capítulo III

Unidad de un gran partido y pluralidad de partidos Carta del Cardenal Pacelli.

3.1. Supuesta la opción de entrar en política, que fue la de muchos humanistas cristianos, se planteó la alternativa de actuar desde dentro del gran partido existente —no había otro que el Conservador—, o fundar uno nuevo, lo que ya era posible. Fue la alternativa entre el Partido Corporativo Popular y el Movimiento de la Juventud Conservadora —fuerte punto polémico entre los humanistas cristianos de mediados de los treinta—, que tuvo su secuela más polémica aún y mucho más duradera a fines de esa década, con el nacimiento como organización política independiente de la Falange Nacional. Examinaremos con mayor detención este asunto.

Un grupo de jóvenes, con inquietudes de renovación de las estructuras y mejoramiento de las condiciones de vida de los sectores más necesitados, formaba parte de la generación que llamamos de *los años treinta*. Los líderes habían nacido alrededor del año 1910⁵¹ —poco antes o poco después—, recién debutaban en su mayor edad ciudadana (entonces 21 años). Por lo mismo, culminaban sus estudios universitarios, obtenían su grado profesional y se casaban a comienzos o mediados de esa década, en los momentos en que azotaba al país la crisis mundial iniciada a fines de los años veinte en Estados Unidos. Recordemos algunos episodios de ese momento histórico: Chile vive los últimos y agitados días del gobierno de Ibáñez. Éste, aprovechando facultades extraordinarias del llamado Congreso “*terral*”⁵² promulga el 13 de mayo de 1931, el compendio de leyes conocido como primer Código del Trabajo. Dos días después, el mundo celebra la aparición de la encíclica *Quadragesimo Anno* (15 de mayo); el 26 de julio cae Ibáñez y asume como Vicepresidente, Juan Esteban

⁵¹ Ejemplos: Frei , 1911; Eyzaguirre, 1908; Philippi, 1912; Bowen, 1907; Leighton, 1909; Tomic, 1915; etc.

⁵² Los partidos acordaron, con Ibáñez, en las *Termas de Chillán*, designar sin elecciones un Parlamento.

Montero, que abandona temporalmente el cargo para optar por su candidatura presidencial. Asume la Vicepresidencia Humberto Trucco, bajo cuyo mando se produce una sublevación en la Marina, encabezada por suboficiales y gente de marinería. La Fuerza Aérea bombardea el acorazado Almirante Latorre; los rebeldes, sin oficialidad, se rinden y la cosa no pasa a mayores, pero fue espectacular y pudo tener desastrosas consecuencias⁵³. En octubre (fiesta de Cristo Rey) se funda la Acción Católica; el 15 de noviembre reasume, aún como Vicepresidente, el Presidente ahora *electo* Juan E. Montero y pasa a ser titular el 4 de diciembre. Por desgracia es derrocado el 4 de junio de 1932, con lo cual se inicia una corrida de golpes de Estado, que sólo termina con la asunción final de Alessandri Palma el 24 de diciembre de 1932. Entretanto, triunfa el Frente Popular en España. El fascismo domina en Italia y Mussolini arregla el grave problema del Estatuto de la Santa Sede con el Papa en 1929 (Tratado de Letrán). Hitler se impone en Alemania con votaciones abrumadoras y no discutibles. La revolución de Franco estalla en 1936 y el Frente Popular triunfa en Chile en 1938. La Segunda Guerra Mundial comienza en septiembre de 1939. O sea, un panorama histórico estremeedor en el momento y amenazante para el futuro. En ese escenario debuta la generación de *humanistas cristianos de los años treinta*, especialmente decididos a hacer realidad, ahora en el campo político, el pensamiento social de las encíclicas *Rerum Novarum*, ya conocida, y *Quadragesimo Anno*, recién publicada.

3.2. No debería, entonces, extrañar el gran dilema que enfrentaron esos jóvenes al conocerse *Quadragesimo Anno*. Chile parecía requerirlos para diferentes tareas valiosas y legítimas en la política, pero había una nueva alternativa: a) Privilegiar la pureza de la doctrina que habría de inspirar la acción cívica, aunque su voz fuera menos escuchada, o b) Operar desde dentro de un gran partido, cuya acción se hacía sentir en el quehacer público y político de Chile, y de la Iglesia Católica dentro de él, sin olvidar que hasta 1934 (Carta del Cardenal Pacelli) había sido la única opción posible para los católicos chilenos.

⁵³ Vid. Guzmán, Leonardo; ob. cit., que narra su visión, y Vial, Gonzalo, Vol. V; ob. cit, págs. 37-78.

Ahora bien, existía casi unanimidad de juicio —harto fundada— en cuanto al escaso apego de ese partido a la “nueva” doctrina social de la Iglesia. Los conservadores defendían con alma y vida los derechos de la Iglesia en cuanto tal, pero recelaban y en gran medida rechazaban llevar a la práctica las encíclicas sociales, que no las conocían, o las creían inaplicables a Chile, o mañosamente interpretadas por los diversos sectores. Seguramente había de todo en estos juicios y reacciones, que admitían gran variedad de matices. El mismo don Rafael Luis Gumucio no creyó en ellas durante largo tiempo. Era, pues, un ilustre convertido cuando los falangistas, años más tarde, lo eligieron su mentor doctrinario.

3.3. Algunos distinguidos académicos nacidos en el cambio de siglo, como Pedro Lira y Eduardo Cruz Coke⁵⁴ gozaban de gran ascendiente en la juventud católica —con sobradas razones—, pero por aquella época se sentían demasiado comprometidos con el profesorado y la vida académica. Otros, algo más jóvenes, miraban con recelo y distancia al Partido Conservador. Fue entonces cuando don Rafael Luis Gumucio logró reunir en su casa, auxiliado por su hijo Rafael Agustín y junto con los *patriarcas* don Horacio Walker y don Héctor Rodríguez de la Sotta, a un grupo conformado, entre otros, por Bernardo Leighton, Manuel Garretón, Ignacio Palma, Eduardo Frei y Radomiro Tomic. Ellos, más Víctor Delpiano, Lorenzo de la Maza, Manuel Risueño, Clemente Pérez Zañartu (*Cololo* Pérez), Eduardo Hamilton, Sergio Fernández Larraín, Juan Díaz Salas, Alejandro Silva Bascuñán, Rafael Maroto y Manuel Francisco Sánchez firmaron las bases del *Movimiento de los Estudiantes Conservadores*, redactadas por Alejandro Silva. Todos ellos, encabezados por Bernardo Leighton, se dieron a la tarea de formar el citado *Movimiento Nacional de la Juventud Conservadora*, que se oficializó en la *Convención Nacional de 11, 12 y 13 de octubre de 1935*. Tuvo sus asambleas inaugural y de clausura en el referido Teatro Principal; estableció un local social primero en la calle Compañía y luego en Amunátegui. Desbordados por el entusiasmo organizativo y, sin duda, auxiliados por la inmensa máquina conservadora, habían iniciado el 22 de julio del

⁵⁴ Cruz Coke nació en 1899 y fue sin duda cabeza de su generación.

mismo año 1935 la publicación del periódico “*Lircay*”⁵⁵.

3.4 Entre tanto, los “*ligüistas*” que intentaron la aventura del Partido Corporativo Popular seguían jugando su opción del partido, que habría de fenecer cuando se produjo la escisión en el conservantismo y nació la Falange Nacional, en 1939. La estrategia del partido pequeño, estrictamente ajustado a la doctrina social de la Iglesia, la encabezaron Carlos Vergara Bravo, Bartolomé Palacios, Ricardo Valenzuela; Enrique Rojo Céspedes⁵⁶, Carlos Aracena y, probablemente, los entusiastas del anterior Partido Social Sindicalista: Blest, Ignacio Palma, Julio Santa María⁵⁷ y otros. Ellos y los demás miembros de la Liga Social juzgaban sin destino luchar dentro del Partido Conservador por los ideales del pensamiento social de la Iglesia, aunque fuera como “*Movimiento de la Juventud Conservadora*”, con una especie de “*estatuto de garantías*”. En cambio, los que ingresaron en esas condiciones especiales al Partido, querían aprovechar la fuerza, experiencia y recursos de un gran partido, cuyo control sería de gran trascendencia para la política chilena y la doctrina social de la Iglesia.

3.5. Teresa Pereira⁵⁸ nos pinta en algunos trazos el complejo proceso de la gestación del movimiento nuevo dentro del partido tradicional y cómo se dieron las cosas hasta generar la interna necesidad de optar entre la escisión y abandonar la estrategia de unidad. Al respecto interesa destacar algunas influencias doctrinarias que se discutían con interés en el seno de la gran matriz conservadora. Entre ellas estaban el *hispanismo*, unido a una fuerte repulsa a la penetración norteamericana y, paradójicamente, unido a fuerte sentido nacionalista. En las lides universitarias de aquellos años —que alcancé a conocer— los llamábamos “*los hispanistas*”. Se caracterizaban por su fuerte formación filosófica, un notable acervo cultural e histórico y en

⁵⁵ Silva Bascuñán : “*Una experiencia socialcristiana*”. Ed. Del Pacífico; 1949, págs. 44-45.

⁵⁶ Recuerdos personales: fue mi profesor en el Liceo de Viña. El me sugirió, sin éxito, ingresar al P.C.P.

⁵⁷ Grayson, págs. 71-96.

⁵⁸ *El Partido Conservador (1930-1965). Ideas, figuras y actitudes*; Fundación Mario Góngora; Impresión en Editorial Universitaria; pág. 38.

muchos de ellos una variable influencia milenarista. Los líderes eran Jaime Eyzaguirre y Julio Phillipi, por orden de edad; más jóvenes Armando Roa, Gabriel Cuevas, Arturo Fontaine Aldunate, Sergio Gutiérrez Olivos —que hacían pareja— y muchos otros. No mencionamos aquí a Mario Góngora porque su genio desatado lo hizo líder, según los momentos, de falangistas, marxistas y católicos tradicionalistas.⁵⁹ El R.P. Osvaldo Lira era una especie de capellán *militar*, siempre *en pie de guerra milenarista*, matizado su milenarismo —no su personalidad avasalladora— por una recia formación tomista. Desde un mundo más celestial que terreno, se trasuntaba la huella profunda del P. Juan Salas, quizá pontífice del Milenio y, se nos ocurre, fiel lector del jesuita Lacunza y sus enseñanzas sobre *La Venida del Mesías*. Ramiro de Maeztu y su *Defensa de la Hispanidad* —nada que ver con el milenarismo— era leída y recomendada con devoción, más aun después del dramático fusilamiento de su autor, en 1936, cuando se iniciaba la guerra civil.⁶⁰

También pesó entre los conservadores el *tradicionalismo europeo*, que a algunos, como Sergio Fernández Larraín, lo llevaron muy lejos del socialcristianismo falangista o liguista. El mismo confiesa su interés por Menéndez Pelayo, Vázquez Mella, Balmes, Ortega y Gasset y Donoso Cortés. No fueron, a nuestro entender y según nuestro recuerdo, un punto polémico en el humanismo cristiano, algunos por su influencia en sectores muy selectos, como Vázquez de Mella, y otros porque los debates a su respecto se manifestaron más en los planos de la filosofía y la historia, que en los avatares entre los viejos patriarcas conservadores y las nuevas generaciones afectas al socialcristianismo y sus derivaciones.

3.6. En capítulo aparte, por su especial significación en la historia del humanismo cristiano, veremos algo sobre el *corporativismo*⁶¹, que fue también motivo de internas tensiones entre los humanistas cristianos conservadores, falangistas, *liguistas* o de otros sectores. Entre tanto, digamos que durante algunos años si-

⁵⁹ Vid. Arancibia, Patricia: *Mario Góngora; en busca de sí mismo; 1915-1946*. Fund. M. Góngora, 1995

⁶⁰ Pereira, ob. cit. Pág.115.

⁶¹ Vid. entre muchas fuentes, Pereira, ob. cit. págs. 119-127.

guió primando para la gran mayoría de los conservadores el propósito de mantenerse unidos. Antes de 1939 hubo pequeñas deserciones o separaciones del “viejo tronco”, hasta la primera crisis mayor del citado año, consecuencia del apoyo conservador a la candidatura del señor Gustavo Ross, en 1938, ministro de Hacienda del señor Alessandri Palma, en su segundo gobierno (1932-1938).

3.7. Es ilustrativo el dato que apunta Teresa Pereira⁶² en relación al destino político de jóvenes que en la ANEC trabajaban juntos por aquellos años. Las opciones fueron las siguientes: por el **Partido Conservador**: *Pedro Lira, Eduardo Cruz Coke, Arturo Droguet, Alfonso Canales, Julio Chaná, Víctor Delpiano*⁶³, *Ricardo Cox, Julio Pereira, Francisco Bulnes*; por la **Falange**: *Eduardo Frei, Ignacio Palma, Bernardo Leighton, Manuel Antonio Garretón, Ricardo Boizard, Radomiro Tomic, Alejandro Silva*. Se mantuvieron **independientes**: *Jaime Eyzaguirre, Roque Esteban Scarpa, Julio Philippi, Roberto Barahona*. Agrega la distinguida ensayista: “*No había realmente discrepancia de contenidos entre la Liga Social y la Juventud Conservadora; la diferencia residía en que ellos pretendían desarrollar su acción en un campo independiente de los partidos políticos, concretamente del Partido Conservador. Cuando estudiaba en Alemania, recuerda Julio Philippi...⁶⁴, le escribía Jaime Larraín insistiéndole en que era absolutamente necesario que entrara al Partido Conservador. El padre Vives respetaba nuestra posición independiente; nunca nos dijo que no entráramos al partido, era nuestro problema*”. Ahora, sigamos un poco más allá. Nótemos que el principal líder en la organización del Partido Corporativo Popular, después de la Carta del Cardenal Pacelli (1934), don Carlos Vergara Bravo, había sido elegido en 1932 miembro del Directorio General del Partido Conservador, junto con Jaime Larraín García Moreno, ex presidente de los círculos de estudio del

⁶² Págs. 58 y 59.

⁶³ Algún tiempo falangista e incluso candidato a diputado por Santiago.

⁶⁴ Teresa Pereira; ob. cit. pág. 59. Entrevista personal a Julio Philippi, abril de 1985.

padre Fernando Vives hacia 1915⁶⁵ y ex presidente de la Liga Social, por petición del mismo padre, en 1931⁶⁶ (a poco de regresar el Padre a Chile). Y no es de extrañar, porque en las comisiones que prepararon la Convención de 1932, encargada de estudiar el problema social, por iniciativa de don Rafael Luis Gumucio⁶⁷, trabajaban codo a codo, las siguientes personas, que más tarde tuvieron enormes distanciamentos políticos entre sí: Exequiel González Cortés, Eduardo Covarrubias, Carlos Vergara Bravo, José María Cifuentes, Guillermo González Prats, Benigno Acuña, Raúl Recabarren, Luis Alberto Abalos. Luis Pizarro Espoz, y los miembros de la juventud: Víctor Delpiano, Julio Chaná, Ricardo Boizard, Julio Pereira, Eduardo Frei y Sergio Fernández Larraín. Otro gran corporativista y doctrinario, Bartolomé Palacios, fue parlamentario conservador y alcalde de Valparaíso, antes de transformarse en activo separatista y entusiasta del Partido Corporativo Popular. Lo escuchamos disertándonos, hacia 1934, en un círculo de estudios en la Parroquia de Viña del Mar sobre la doctrina social de la Iglesia, sus relaciones con el corporativismo medieval y el nuevo sentido que le daban las encíclicas *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno*. Los concurrentes éramos alumnos, como antes lo hice notar, de Enrique Rojo Céspedes en el Liceo de la ciudad.

3.8. Toda clase de cotejos se pueden hacer sobre las posiciones o actuaciones políticas de los líderes humanistas cristianos de aquellos años, fueren unitarias o divisionistas, de apoyo o de crítica. Pero sería temerario emitir juicios de valor sobre intencionalidad o moralidad de los cambios de actitud o de tienda. Fueren o no humanistas cristianos, sus conductas u opciones implicaban factores sumamente complejos, en ese período que el historiador Gonzalo Vial califica con razón como de una segunda anarquía⁶⁸, ta-

⁶⁵ T.Pereira, p.55; Grayson, George W., en el *P.D.C Chileno*, Editorial del Pacífico, 1968, pág.81, dice 1913, seguramente error de imprenta. Estuvo en Córdoba, Argentina, los años 1912 a 1914, regresando en 1915, según Escritos del padre Fernando Vives Solar; Bibl.Nacional, 1993, Presentación, p.15.

⁶⁶ Bowen, Testimonio histórico, Rev. *Dimensión histórica de Chile*, N° 2, pág. 224.

⁶⁷ Pereira, ob.cit. pág.42.

⁶⁸ Ob. cit. págs. 99 y sgtes.

pizado de obstáculos y desafíos, en medio de *cambios objetivos*, o sea, fruto de las circunstancias que constituyen el momento histórico; otras veces, *cambios subjetivos*, del sujeto que los vive (edad, conocimientos, experiencia, función desempeñada, calidad que inviste, condición en que se expresa), y sobre todo, la maraña de implicaciones que envolvían ambos tipos de elementos. Así, protagonistas de la historia que identificamos por un mismo nombre: *Arturo Alessandri Palma, Carlos Ibáñez del Campo, Salvador Allende Gossens, Eduardo Cruz Coke, Eduardo Frei Montalva* y tantísimos más, fueron jóvenes, hombres maduros y activos en política, o figuras miradas y consultadas en razón de su pasado y su experiencia. Esas edades personales, las vivieron en diferentes edades históricas. Por eso, la única conclusión que nos parece prudente y sabia es el juicio humilde y desapasionado sobre el contexto objetivo y subjetivo del asunto. Reforzaré esta posición el examen atento de nuestra vida, auxiliado y corregido por la documentación pertinente, a veces olvidada en nuestros propios archivos, que no los deforman el amor propio o la maduración de nuestro criterio.

3.9. Quisiera cerrar este acápite de reflexiones sobre qué indujo a los humanistas cristianos a escoger un gran partido, separarse de él o fundar otro, con el análisis de algunas situaciones personales (o subjetivas) que me parecen aleccionadoras: a) El P. Vives, con motivo de sus dos “exilios” o “destierros”, como también los llama⁶⁹, sólo estuvo en Chile, después de su ordenación sacerdotal, entre 1915 y 1918, y entre 1931 y 1935 (falleció el 21 de septiembre, de 64 años). Algunos discípulos lo conocieron en ambas épocas, como Carlos Vergara Bravo o Clotario Blest. Otros, eran niños en la primera, como Alfredo Bowen, que pasó a presidir la Liga Social cuando se retiró Jaime Larraín escandalizado por la solidaridad del linguista Clotario Blest con la revolución socialista de Grove y Matte (4 de junio 1932); b) El mismo Bowen nos relató, mientras preparábamos un libro sobre el P. Hurtado⁷⁰, que el P. Vives, quizá sintiéndose cansado o viendo cercano el

⁶⁹ Escritos...ob.cit, p.24 nota citando a Magnet .

⁷⁰ “*El padre Hurtado y su lucha por la libertad sindical*”, A. Bello, enero de 2000.

término de su misión por muerte o un tercer “destierro”, propuso a los liguistas como asesor en su reemplazo, a *un joven sacerdote, en quien confiaba plenamente, llamado Alberto Hurtado*, muy amigo también del padre Fernández Pradel. El P. Hurtado había mantenido estrechos contactos con él, primero, en el Colegio San Ignacio y posteriormente, epistolares cuando uno u otro o ambos estaban fuera de Chile. No alcanzaron a encontrarse aquí al regreso del P. Hurtado (comienzos de 1936), pues su “maestro” había fallecido meses antes. Sin embargo, por la fecha y las inquietudes compartidas, alguna vez deben haber coincidido en Europa⁷¹. Pues bien, el P. Hurtado recién llegado no cayó bien a los liguistas, empezando por el mismo Bowen, muy acostumbrados a la asesoría del P. Vives, treinta años mayor; c) La Liga Social no parece haber tenido mucha influencia con posterioridad a la Carta del Cardenal Pacelli y menos aún después de la fundación de la Falange⁷²; d) El gran tema era ya la opción entre Falange y Partido Conservador, que continuó “penando” por largos y tensos años. Tuvo un paréntesis amistoso y efímero cuando apoyó la Falange a Cruz Coke⁷³ en la campaña electoral para la elección del 4 de septiembre de 1946. Pero el sortilegio se rompió al no aceptar los falangistas respaldar en el Congreso al líder conservador que había obtenido la segunda mayoría relativa (142.441 sufragios contra 192.207 de González Videla)⁷⁴. No olvidemos que en aquella época, cuando ningún candidato obtenía mayoría absoluta en la elección presidencial, decidía el Congreso entre las dos más altas mayorías relativas. Sin embargo, la crisis llegó al cenit en 1947, a raíz del rompimiento de González Videla con los comunistas y la discusión y aprobación de la llamada *Ley de Defensa Permanente de la Democracia*⁷⁵ que ponía fuera de la ley al Partido Comunista y borraba de los registros electorales y de dirigentes sindicales

⁷¹ *Canonizationis Servi Alberti Hurtado*, Roma, 1987, págs.28, 29, etc.

⁷² Pertenecí a la generación de quienes llegamos a la UC o a la ANEC en 1939, y aún contando entre nuestros profesores y amigos a Jaime Eyzaguirre, Julio Philippi, Alfredo Bowen, Eduardo Frei, Bernardino y José Piñera Carvallo, Bernardo Leighton, etc., rara vez oí hablar de ella y sólo una vez concurrí a una reunión “liguista”.

⁷³ Grayson, ob. cit. 230-247.

⁷⁴ Urzúa Valenzuela, Germán: *Historia Política*, pág. 541

⁷⁵ 3 de septiembre de 1948.

a quienes fueran comunistas o colaboradores de ellos⁷⁶. El asunto fue tan grave, que el líder Eduardo Cruz Coke votó en contra la referida ley por estimarla inconstitucional. Don Horacio Walker, aunque aprobó la idea de legislar, concordó en graves reparos constitucionales. El diputado Fernández Larraín planteó un voto de censura en contra del ex candidato presidencial. La Junta Ejecutiva lo rechazó por 6 votos contra 4. Pero la sangre había llegado al río. La Juventud Conservadora encabezada por Hugo Rosende se sumó al disenso y el Partido debió enfrentar un difícil y enredado conflicto entre el *sector* socialcristiano y el sector tradicionalista, que de tendencias en pugna, entraron a disputarse el control del partido y, más aún, la legitimidad del nombre de Partido Conservador. El largo proceso tuvo un complejo desarrollo, que pasó por una Federación Social Cristiana, encabezada por Jorge Mardones Restat⁷⁷ y terminó con un Partido Conservador Social Cristiano, incorporado el nuevo Partido Demócrata Cristiano (1957). Éste enfrentaba así a un Partido Conservador Tradicionalista, que perdió a muchos de sus líderes, pero se quedó con el nombre de Partido Conservador y con el adalid socialcristiano Eduardo Cruz Coke, el cual en una conmovedora reunión en el Club Fernández Concha, se sumó a la “*cruzada de saneamiento de ideas que oriente el glorioso Partido Conservador*”⁷⁸. Con todo, el viejo partido no alcanzó a sobrevivir una década. La avalancha demócrata cristiana se hizo incontenible. Frei —engrandecido por el gesto de haber aceptado el llamamiento de Ibáñez para sacar al país de una crisis muy grave, arriesgando él mismo su liderazgo— ganó lejos la senaduría por Santiago con la primera mayoría nacional; obtuvo un 22% de la votación en la presidencial de 1958; arrasó en la presidencial de 1964 y presenció desde la Moneda el espectacular resultado de las parlamentarias de 1965: el PDC triunfó con todos sus candidatos a senadores y le sobró fuerza para un candidato adicional. En la Cámara obtuvo 82 diputados, sobre 150. En tanto, el Partido Conservador se extinguió, sumándose al Liberal y al Partido Nacional Agrario,

⁷⁶ Grayson, George; *El Partido Demócrata Cristiano Chileno*; págs. 253-286.

⁷⁷ Grayson, ob.cit. págs.294-295

⁷⁸ El Diario Ilustrado, 17 de noviembre de 1957, cit. por Pereira, Teresa (ob. cit. pág. 263).

para formar en 1965 el Partido Nacional; e) Mencionemos, por último, que la campaña de Cruz Coke en 1946, al margen de su desenlace, promovió en todo Chile los ideales del socialcristianismo y contribuyó poderosamente, nos parece, a la difusión del mismo.

Capítulo IV

Corporativismo y democracia liberal.

4.1. En los intentos por defender una estructura política republicana y no monárquica, pero a cubierto de los riesgos de una democracia *a lo Rousseau* (que entregaba a la mitad más uno de los votos cualquier decisión del “soberano”, aunque fueran asuntos doctrinarios) y firmemente opuesto al totalitarismo marxista y estaliniano, los católicos sociales impulsaron una organización de la sociedad que estableciera la *integración* de ellas, en un ordenamiento de *sindicatos de fundación y elección libre en la profesión organizada*, basados en la *función que los hombres cumplen en la sociedad y no en el puesto que ocupan en el mercado del trabajo*. Esta idea, propuesta por el *Código Social de Malinas* ya en 1922 y recomendada por Pío XI en *Quadragesimo Anno* (1931), los perfilaba como defensores de la integración social, rechazada por el capitalismo liberal e individualista, que aislaba al proletariado, y el marxismo soviético, que sumía la sociedad en una lucha de clases odiosa, fratricida y sin más destino que la utópica dictadura del proletariado. Con ese corporativismo se comprometieron entusiastamente las juventudes católicas de los años treinta y siguientes, sobre las cuales, además, pesaban las prevenciones de León XIII (*Graves de comuni*, 1901) sobre la “*democracia cristiana*”, entendida precisamente como el intento de los cristianos anti-monárquicos para entregar al sufragio universal el destino de derechos y deberes sagrados e irrenunciables. Eduardo Frei Montalva, Julio Philippi, Alfredo Bowen, Manuel Francisco Sánchez, Máximo Pacheco y muchos otros prepararon sus tesis para licenciarse buscando aproximarse a alguna forma estructural que alentara la superación del capitalismo liberal individualista y el socialismo en sus diversos matices⁷⁹.

⁷⁹ Amplia bibliografía al respecto, en Godoy, Hernán: *Estructura Social de Chile*, Ed. Universitaria, 1971.

4.2. Por desgracia los tres grandes totalitarismos modernos, el comunismo bolchevique, el fascismo y el nazismo, entronizaron formas corporativas o gremiales que traían aparejadas la noción de un partido único, línea que también siguió el corporativismo católico franquista. Esto condujo a los católicos sociales y a la propia Iglesia en la posguerra, a bajar el tono de su entusiasmo por el corporativismo, como oportunidad histórica. Al Papa Pío XII le correspondió manejar la difícilísima situación, con dos totalitarismos derrotados y malditos; aliados de alguna manera con un régimen católico autoritario (que parecía imitar el corporativismo fascista de partido único), y, por otro lado, el comunismo *soviético (intrínsecamente perverso, en la expresión de Pío XI⁸⁰)*, que emergía, bajo el amparo de la URSS, superpotencia triunfadora, aliada con las democracias occidentales de Europa y los Estados Unidos.

En los años treinta el tema inquietó justamente al viejo e influyente Partido Conservador. Fue así como al joven militante don Pedro Lira Urquieta le fue encomendado por el Ministerio de Hacienda y la Universidad de Chile —nada menos— un informe sobre la nueva organización corporativa en Alemania, Italia y Bélgica. Sus conclusiones fueron que estimaba prematuro evaluar sus resultados, porque al menos en Italia y Alemania se estaban aplicando “en forma *absoluta* por gobiernos fuertes”⁸¹. El Partido, en la Convención de 1932 no acogió la idea de incluir en sus principios la organización corporativa del Estado a sus estatutos. En general, la combatieron José María Cifuentes, Gonzalo Urrejola, Romualdo Silva Cortés y Rafael Luis Gumucio. La defendieron José María Pinedo, Enrique Wiegand, Emilio Tizzoni y Pablo Larraín. La moción fue rechazada en comisión por 13 votos contra 11, lo que evidencia el peso que la idea tenía en el propio Partido. En la Convención de 1935, el corporativismo fue atacado duramente por “los mayores”, desde Héctor Rodríguez de la Sotta a don Rafael Luis Gumucio y defendido por Garretón, Fernando Durán, Manuel Francisco Sánchez y Mario Góngora, todos falangistas *en algún momento*. Góngora, en entrevista per-

⁸⁰ *Divini Redemptoris*, 1937.

⁸¹ Pereira, ob. cit. 120 y siguientes.

sonal de 1984⁸², declara: “Éramos corporativistas y también portalianos, es decir, nos inspiraba la ideología lanzada por Edwards (Alberto) y Encina (Francisco)”. Por su lado, cuenta Francisco Bulnes Sanfuentes que, al menos en su caso, fue el doctor Cruz Coke quien le hizo *perder la fe* en un sistema fundado en corporaciones que representaban “*el estómago y no los grandes ideales*”⁸³.

Por nuestra parte, ya habíamos dicho⁸⁴ que el ideal corporativo aparece como bandera de lucha en todos los movimientos de inspiración católica que precedieron al nacimiento de la democracia cristiana, como la Liga Social, el Partido Social Sindicalista, el Partido Corporativo Popular. Respecto de éste —que se mantuvo vivo algunos años— aparece expresado así en el punto 6 de su programa: *6) Fundación del estado corporativo, en el cual los derechos políticos estén íntimamente relacionados con el pertenecer a una profesión o un sindicato*. Su base era enteramente similar a su antecesor el Partido Social Sindicalista. El Corporativismo figura también en la Circular de 26 de julio de 1935 del Movimiento de la Juventud Conservadora y en el punto VIII de los 24 puntos fundamentales de la Falange Nacional (abril de 1939). En cambio, terminada la Segunda Guerra Mundial, no se menciona en los principios del *Movimiento Demócrata Cristiano de América* (Montevideo, junio de 1947)⁸⁵, creado bajo las autorizadas firmas de Frei Montalva, (Chile), Dardo Regules (Uruguay), Tristán de Athayde (Brasil) y Manuel Ordóñez (Argentina), ni tampoco en la *Declaración de Principios del Partido Demócrata Cristiano* (28 de julio de 1957).

En Chile, todavía en 1947, la pastoral colectiva del *Episcopado Nacional* volvía sobre “*el sindicato de profesión libre en la profesión organizada*”⁸⁶, aunque ya en la década de los cincuenta nadie aquí aparecía con propósitos muy definidos y concretos sobre

⁸² Citada por Pereira, *ibidem*, 122.

⁸³ *Id.* 126-127.

⁸⁴ V. W. Thayer, “*El padre Hurtado y su lucha...*”, págs. 139 y 140

⁸⁵ *Vid. Rev. Política y Espíritu*, junio de 1947.

⁸⁶ V. W. Thayer, “*El padre Hurtado y su lucha...*”, págs. 140 y siguientes

cómo instaurar estructuras de una *profesión organizada*, dentro de un sistema plenamente democrático y libre. Además, *penaba* la imagen de las corporaciones fascistas o del Estado católico autoritario de Franco. Sin embargo, nuestro Episcopado, integrado por muchos obispos eruditos y de sólida formación, no estaba solo en su enseñanza. Monseñor Montini —después Paulo VI— en carta a las Semanas Sociales de Bolonia (1948)⁸⁷ —expresaba: “*Su Santidad no deja de recomendar insistentemente, en toda ocasión, la elaboración de un estatuto de derecho público de la vida económica y de toda la vida social en general, según la organización profesional*”. Incluso el mismo Pío XII, en discurso de 7 de mayo de 1949 señalaba⁸⁸: “*Se necesita un estatuto de derecho público, fundado en la comunidad de responsabilidad de todos los que toman parte en la producción*”.

4.3. Las explicaciones sobre este espinoso asunto son muchas y, miradas en conjunto, autorizan para proponer tentativamente las siguientes conclusiones: a) *Quadragesimo Anno* trató con guante de seda al corporativismo fascista, porque Mussolini venía de firmar en 1929 el *Tratado de Letrán* con Pío XI y éste —con clara conciencia de ser también Obispo de Roma— no quiso fastidiarlo en extremo. Entonces, muchos católicos sociales entusiasmados con la nueva encíclica que *no fulminaba* el corporativismo fascista, sino que formulaba *advertencias para evitar sus riesgos*, asumieron que era una buena solución, precaviendo los excesos estatistas que le imponía el régimen de Mussolini (al que muchos italianos católicos miraron *inicialmente* con simpatía... y también algunos *viajeros chilenos* ilustres que estuvieron por Italia a mediados de las décadas de los veinte y los treinta);⁸⁹ b) Se unió a lo anterior la escasa difusión de *Non Abbiamo Bisogno*, publicada por Pío XI el 29 de junio de 1931 (un mes y medio después de *Quadragesimo Anno*), donde S.S. con coraje ejemplar condena la disolución por Mussolini de las organizaciones juveniles y universitarias de la Acción Católica, manifestando entre otras fortísimas palabras las siguientes:⁹⁰ “*Y si se quiere hablar de ingratitud,*

⁸⁷ Id. Pág.141.

⁸⁸ *Ibíd.*

⁸⁹ Quizá sería el caso de Alessandri en 1924 y Garretón, una década después.

⁹⁰ *Non Abbiamo Bisogno*; n° 17, párrafo final.

la ingratitud ha sido y sigue siendo para con la Santa Sede, de un partido y de un régimen que, a juicio del mundo entero, ha sacado de sus amistosas relaciones con la Santa Sede, en la nación y fuera de ella, un aumento de prestigio y de crédito, que a algunos en Italia y en el extranjero parecían excesivos, como les parecía demasiado grande el favor y demasiado amplia la confianza de parte nuestra"; c) El Santo Padre Pío XI es dramáticamente explícito del período de entendimiento cordial que existió entre las juventudes católicas y el corporativismo mussoliniano durante el tiempo que precedió a *Non Abbiamo Bisogno* y a *Quadragesimo Anno* (15 de mayo de igual año), pero el protagonismo que asumió la Democracia Cristiana europea en la reconstrucción y unidad de Europa, lo cual la obligaba a cuidarse de aparecer con ribetes que la asimilaran a los regímenes contra los cuales había luchado y debía desplazar, como ocurrió; d) Como lo hace notar Calvez:⁹¹ *"Antaño la Iglesia pudo parecer muy alejada de la democracia, en el tiempo en que la democracia parecía identificarse con un imposible rechazo de toda autoridad sobre el hombre, (y) con el rechazo de la misma autoridad respecto de Dios. Pero apenas se define la democracia con mayor modestia, como el deber de procurar a cada uno oportunidades iguales en la vida social, como la preocupación por una participación personal de cada uno, entonces el mismo Evangelio implica sociedad democrática, no la democracia ya hecha, sino la democracia siempre por hacer"*; e) También son de considerar las reflexiones de Michael Novak en su ensayo *"Pensamiento social católico e instituciones liberales"*⁹², en las que consigna su preocupación por el predominio de teólogos y científicos católicos de pensamiento europeo continental, por sobre los de mentalidad anglosajona, más proclives éstos a partir de los análisis fundados en la *persona humana y su libre derecho de asociarse*, y más inclinados aquéllos hacia abordar parejos asuntos desde la óptica del *bien común* de la sociedad, para terminar en la consideración de los derechos inalienables de persona humana; f) Por último y no lo menos importante, grave sería preterir los aportes de Jacques Maritain en esta materia, asunto que veremos en el capítulo 13.

⁹¹ Vid. W. Thayer, *El padre Hurtado...* ob.cit. págs.142 y 143.

⁹² Vid. Cristianismo, sociedad libre y opción por los pobres; CEP; 188, págs.182 a 313.

Capítulo V

Derecha -Centro- Izquierda. Más allá de derechas e izquierdas.

5.1. El humanismo cristiano chileno, entendido dentro del período que examinamos (1931-2000), censura como excesivo el *uso* liberal individualista de la propiedad privada productiva. Por lo mismo, celebra y acoge la introducción del concepto de *función social de la propiedad* en la Carta de 1925, por corresponder a un principio doctrinario muy arraigado en su doctrina y desconocido o menospreciado en el mundo liberal-individualista. Por su lado, el socialismo en la versión vigente en Chile hasta el comienzo de los años setenta (Allende), negaba, tendía a negar o recelaba de la propiedad privada de los medios productivos, fuente de *plus valía* y *explotación del hombre por el hombre*. Por lo mismo, miraba la función social de la propiedad como una variante dentro de la concepción burguesa, que debilitaba en la clase obrera la lucha por la revolución. Pero no nos confundamos: siguiendo la doctrina social de la Iglesia, el humanismo cristiano siempre ha sostenido que la propiedad *tiene una función social*. Muy distante de socialistas como León Duguit para los cuales la propiedad *es una función social*, lo que implica negar el derecho personal a la propiedad o, sencillamente, la propiedad privada⁹³. De todos modos, no puede discutirse que la aceptación y defensa plena y clara, por un lado, de la propiedad privada de los medios productivos —empresa privada, en términos más modernos— y su negación total o parcial, por otro, han caracterizado en mayor o menor grado, lo que se ha llamado *derecha e izquierda* durante los siglos XIX y mayor parte del siglo XX. Con todo, para no alejarnos del referido humanismo cristiano chileno, parece interesante anotar que el último candidato presidencial que definió su

⁹³ El profesor Rafael Raveau, en su *Tratado Elemental de Derecho Constitucional* (Ed. Universo; Valparaíso; t. II, pág. 106), recuerda las palabras del Presidente Alessandri Palma, citando a Duguit al respecto, quizá impresionado por haberlo conocido en Francia durante su destierro.

opción como expresión de la *Derecha*, fue Gustavo Ross Santa María, proclamado en una convención de la Derecha, el 23 de abril de 1938. Tan nítida fue esta definición, que costó a los pocos meses la escisión del Partido Conservador y la separación del más caracterizado grupo de humanistas cristianos: la Falange Nacional. Por la otra punta, la política del comunismo mundial de aliarse con los partidos “pequeño-burgueses”, condujo paralelamente a un *sentido ampliado de la Izquierda*, que tentó a los radicales, partido que terminó incorporando el marxismo en su declaración de principios. Esto hirió de muerte la unidad del viejo tronco radical, que había servido de equilibrio por largos años entre los ímpetus reformistas de la izquierda y el *statu quo* conservador. En cuando a los humanistas cristianos, la tentación izquierdista conspiró fuertemente para que muchos de ellos declinaran hacia el socialismo (Blest y el 4 de septiembre de 1932, Mapu, Izquierda Cristiana), como también para que la propia Democracia Cristiana chilena elaborara la doctrina de la *empresa comunitaria* que niega el derecho de propiedad privada sobre los medios productivos, salvo en manos de los propios trabajadores. Esto equivale a proscribir la *inversión* de capitales en empresas, admitiendo sólo los *créditos a empresas de trabajadores*. Tal solución siempre apareció como antitética de las empresas de producción y servicios que requieren alta capitalización y tecnología. Lo mismo cabe decir de la capitalización popular que ancianos, jubilados o trabajadores activos quisieren realizar en cualquier empresa rentable, aunque no trabajen ni jamás hayan trabajado en ella. Los primeros impulsores de esta doctrina, inserta en la *Vía no capitalista de desarrollo*, fueron Jacques Chonchol y Julio Silva, que hallaron apoyo en los sectores llamados rebeldes y terceristas del P.D.C.⁹⁴. Más tarde, cuando ellos dejaron el Partido, muchos sectores siguieron usando la empresa comunitaria como bandera de batalla, para afirmar su línea de “encabezar la Izquierda”, o ser parte de ella, y huir del “derechismo explotador”, que implicaba aceptar la propiedad privada productiva⁹⁵. Esto pareció ostensi-

⁹⁴ V. Informe a la Directiva del PDC sobre *Vía no capitalista de desarrollo*. CIDOC, Archivo Thayer.

⁹⁵ V. Thayer A., William, *Trabajo, empresa y revolución*, Editorial Zig-Zag, 1968.

ble durante la campaña presidencial de Radomiro Tomic, que debía diferenciarse de la de Allende, sin confundirse con la de Alessandri.⁹⁶ Tenemos la impresión de que Jaime Castillo fue derivando hacia una línea de respaldo al comunitarismo, entendido como negación de la empresa privada que admite “inversión capitalista” (y no sólo “préstamos de capital”) en algún momento que no somos capaces de precisar. Quizá se convenció de que el mundo iba hacia el socialismo y que estaba condenada toda forma de capitalismo. Es un tema que debería profundizarse, por la enorme influencia ejercida por “el maestro Castillo” en la democracia cristiana chilena. Desde luego, en el congreso donde se incluyó dentro de la declaración de principios del partido *la vía no capitalista de desarrollo*, como expresión del rechazo a toda empresa que admita inversión de capitales privados, confiábamos en que Jaime Castillo no dejaría pasar ese grave trastorno en la línea tradicional de la DC, mientras otros dábamos la batalla por la libertad sindical, en otra comisión. Fue una triste sorpresa advertir que el “contrabando” se le había *pasado* a Jaime. Pero, por situaciones posteriores hemos llegado a pensar que Jaime finalmente aceptó, al menos en ese punto, el pensamiento que defendieron con brío y brillo Chonchol y Silva Solar.

5.2. Cabe detenerse en el episodio histórico de la escisión del Partido Conservador y nacimiento de la Falange Nacional, no para examinarlo desde el punto de vista de las responsabilidades en el quiebre de la unidad —asunto latamente estudiado⁹⁷—, sino desde la perspectiva de *los elementos implicados en la decisión* de formar tienda aparte y abandonar el viejo tronco conservador.

Tal vez nunca se presentó al sector humanista cristiano militante en política una opción más compleja para definirse como parte de la derecha, o de la izquierda, o del centro, o como ajeno a tales alternativas y necesitado de romper los esquemas. Esto fue lo que defendió e impuso por largos años Garretón, al proclamar,

⁹⁶ Personalmente recuerdo haber recibido *amistoso* reparo —pero reparo al fin— de Jaime Castillo por defender la “empresa privada” en mi libro “*Trabajo, empresa y revolución*”.

⁹⁷ Grayson, Silva Bascuñán, Pereira y muchos otros.

en tiempos de la escisión que la “*Falange Nacional está más allá de Derechas e Izquierdas*”, o bien, “*por encima de Derechas e Izquierdas*”⁹⁸, inspirado en José Antonio Primo de Rivera, a quien llegó admirando desde Europa, al término de su viaje al Congreso de Universitarios Católicos celebrado en 1933⁹⁹.

5.3. El estallido de la revolución de Franco fue uno de los ingredientes que tensó las relaciones entre los humanistas cristianos de esa época, inmediatamente anterior al quiebre del Partido. También la creación del grupo llamado *Falange* en 1936 dentro de la Juventud Conservadora, bajo la presidencia de Ignacio Palma, generó dudas y suspicacias. Algunos lo tomaron como una escisión dentro de la Juventud; otros como el cambio de nombre del Movimiento completo. *Lircay*, órgano oficial del falangismo, se apresuró a esclarecer: “*Falange no es un partido nuevo, independiente de la Juventud Conservadora, ni es una organización de tipo fascista; tiene una fe fuerte en el programa espiritual y político de la Juventud Conservadora, para cuya más rápida y eficiente realización han formado Falange, algo así como la guardia de honor de sus principios*”¹⁰⁰. Pero no todos lo entendieron así. Lo prueban las palabras de Grayson:¹⁰¹ “... *La Falange había traído diez mil delegados de todas partes del país para su convención nacional. En octubre de 1937 se calculaba que la Juventud contaba con veinte mil miembros en doscientos cincuenta centros en toda la nación. Los delegados reeligieron a Ignacio Palma Vicuña presidente de la organización (había derrotado a Frei en las elecciones para presidente, cuando Leighton fue nombrado en el Gabinete). Bajo la dirección de Palma, la Juventud adoptó el nombre de Falange Nacional, el cambio representaba una creciente actitud de militancia ...*”

5.4. Pero no debemos olvidar que la Falange Española era parte activa en la sangrienta lucha interna española, y los jóvenes cató-

⁹⁸ Grayson, ob. cit. 173.

⁹⁹ Pereira, Teresa, ob. cit. págs. 65 y 66, y notas 57 a 60, y Aranedo, Fidel: *Oscar Larson*, etc. ob. cit. pág. 67.

¹⁰⁰ *Lircay*; N° 92, 5 de diciembre de 1937, cit., por Pereira, ob. cit. pág. 65.

¹⁰¹ Ob. cit. pág. 144.

licos peninsulares eran amigos de muchos chilenos. Por lo menos desde los inicios de 1939 fuimos testigos presenciales de lo que ocurría en la Falange Nacional¹⁰². En tal condición, nunca percibimos alientos profascistas, profranquistas, ni siquiera proalemanes. Este último sentimiento, pro-alemán (no pro-nazi), era frecuente en el grupo comúnmente llamado “hispanista”, heredero o partícipe de la sobreviviente Liga Social (Philippi, Jaime Eyzaguirre, Armando Roa, Gabriel Cuevas, etc.). No recordamos, en cambio, tal simpatía en otros, como Bowen, quizá por sus ancestros británicos.

En cambio, la cuestión del nombre “Falange Nacional” se tornó más conflictiva e insistentemente utilizada por los “aliadófilos” para forzar a los falangistas chilenos a condenar la causa de la revolución encabezada por Franco, y sacralizar la de los republicanos identificados con el Frente Popular español. No olvido la conferencia dada en la ANEC por Joaquín Ruiz Jiménez, líder de las juventudes católicas de España, que vino a Chile a defender, no la justicia, sino “la santidad” de su causa. En algún momento, hablando ante unos doscientos “anecistas” estupefactos, nos decía en relación con el duro oficio de disparar al enemigo en la guerra: “*Apunta y tira, pero hazlo sin odio y con amor*”. Era como una aplicación impensada de las palabras de la Mistral: “*Amar, Tú sabes de eso, es amargo ejercicio...*”. La tensión era tal, que cuando Maritain sostuvo que la revolución española era *justa pero no santa*, algunos lo acusaron de pro-comunista. Más aún, todo lo que significara organización, desfiles y banderas causaba suspicacias. También las sufrieron el P. Hurtado y quien esto escribe por haber apoyado la “Guardia de Honor” para ayudar al buen orden en el Congreso Eucarístico de 1941 y usar las banderas de la A.C. en el desfile por la Avda. Bernardo O’Higgins. No faltaron quienes temían que Bowen, como jefe de ella y Oscar Herrera Palacios —mayor de Ejército y profesor de Gimnasia del Instituto de Humanidades— iban a infiltrar alientos nazis en nuestra A.C. Por eso mismo, muchos falangistas chilenos, previniendo una asi-

¹⁰² Aunque muchos dirigentes de A.C., nos mantuvimos al margen de la D.C. hasta la disolución de la ANEC, en 1942, el contacto en la Universidad, la ANEC, congresos y centros estudiantiles, era constante.

milación que los perjudicaba, se veían empujados a más de una demasía en sus relaciones con la izquierda chilena, en ese entonces fuertemente colonizada por el marxismo¹⁰³. Para qué hablar de la estructura uniformada que en 1937 habían pensado para la Falange —todavía incorporada a la juventud conservadora— Garretón, Palma y Rogers¹⁰⁴. Este alcanzó a ocuparse de repartir los uniformes para los *equipos* (de cuatro falangistas), las *secciones* (de cuatro equipos) y los *grupos* (de cuatro secciones), al mando de un brigadier. Toda esa estructura, más los exploradores, voluntarios y nacionales, fueron ilusiones de un momento; no perduraron¹⁰⁵.

5.5. Volviendo a la crisis “*Partido Conservador-Falange Nacional*” motivada por la proclamación de Ross en la Convención de Derechas y su derrota ante el candidato del Frente Popular, conviene examinar los elementos más significativos involucrados en esa opción y compararlos con los que se presentaron más adelante en la historia de Chile.

5.5.1. Ross significaba para los falangistas la expresión paradigmática de una derecha favorable al tipo de capitalismo liberal individualista que no aceptaban, aunque se presentare en *espúrea* alianza con sectores de probada convicción católica, en su mayoría desconocedores teóricos o prácticos de la doctrina social de la Iglesia. Aguirre Cerda, por su lado, era la izquierda, representada por un radical, masón, casado con una señora muy católica, pero aliado político de socialistas y comunistas, concordantes ambos en la aceptación teórica y práctica del marxismo leninismo. Apoyar a Ross parecía traicionar su vocación social. Apoyar a candidato del Frente Popular parecía traicionar su vocación cristiana. No apoyar a ninguno, era renunciar a tener protagonismo en un momento histórico crucial. El desafío no podía ser más difícil. Afortunadamente, en la realidad chilena y tra-

¹⁰³ Id. pág. 147

¹⁰⁴ Id. pág. 145.

¹⁰⁵ Recuerdo claramente la rectificación que me hizo, por esos años, un distinguido “joven conservador porteño” (Luis Ignacio Silva Carvallo): él era “conservador”, pero “no falangista”.

dicional, los hechos, personas y situaciones no son tan tajantes como las definiciones, los personajes y los programas políticos.

5.5.2. De Ross —exitoso ministro de Alessandri— se esperaba un manejo ordenado de la economía, pero sin *pedegree* alguno en cuanto a sentido social. Aguirre satisfacía una coincidente inquietud social, pero mediante un manejo estatizante, que implicaba entregar el control del Gobierno a una alianza de masones y marxistas, en un Estado que vivía la reciente experiencia de haberse separado de la Iglesia.

5.5.3. Por otra parte, Ross no representaba un riesgo de dictadura, sino la probable continuación de un gobierno de derecha como el de Alessandri Palma, donde pudo haber ministros como Cruz Coke y Leighton. Aguirre Cerda era una incógnita: ¿Impondría en el gobierno su moderación personal de profesor, agricultor y hombre de hogar, con sentido social indiscutible, o sería el comienzo de la penetración marxista en el aparato del Estado chileno? La misma duda, con desenlace cambiado, que se presentó treinta y cinco años después con la candidatura de Allende, líder de la Unidad Popular en lugar de Frente Popular.

5.5.4. Pendiente el resultado de la guerra civil española, con Ross estaban los humanistas cristianos chilenos que, entre dos males, preferían el franquismo y el falangismo español, antes que su izquierda comandada por marxistas y masones. Con Aguirre Cerda, el bando contrario.

5.5.5. Ambos candidatos tenían opción de triunfo, pero estrecho e incierto, lo que agudizaba la responsabilidad de los socialcristianos que, aun siendo pocos, podían definir la lucha. El dilema lo expresaban algunos así: *Crear con Aguirre Cerda un grave problema a los valores morales y educacionales del catolicismo*, o bien, *hundir con Ross las postergadas esperanzas de un pueblo que buscaba a tientas la justicia social*. Como si la encrucijada no fuera de suyo compleja y azarosa, vino a dramatizarla el

putsch de los nazistas chilenos, con González von Marees y el horrible desenlace: la muerte de los jóvenes nazis rendidos en la Universidad de Chile en la torre del Seguro Obrero, el 5 de septiembre de 1938. Las circunstancias del crimen condujeron al retiro del candidato Ibáñez; su apoyo a don Pedro Aguirre Cerda; la visita de éste a la sede del Movimiento Nacional Socialista, y la indemostrable, pero probable disminución de votos falangistas por Ross. Resultado final: el estrecho, pero finalmente indiscutido triunfo del candidato del Frente Popular y primero de los tres presidentes de la llamada era radical: Aguirre Cerda, Juan Antonio Ríos y Gabriel González Videla.

5.6. Fallecido don Pedro Aguirre Cerda a fines de 1941, y despejadas varias incógnitas, se presenta en 1942 la opción entre las candidaturas de Juan Antonio Ríos e Ibáñez, con las siguientes variantes respecto de 1938: a) Ambos candidatos son masones, que parecen dar “garantías a la Iglesia”, expresión de uso común en aquellos días; b) En las combinaciones de fuerzas no aparece en juego el capitalismo liberal individualista extremo en ninguno de los lados; c) La derecha apoya a regañadientes y dividida, al ex militar que había encabezado varios golpes de Estado y una dictadura que la gran mayoría de los chilenos concurrió a derribar; d) Con todo, era un militar de clase media, con un sentido social reflejado en su posición de los años 1924 y 1925 y en el Código del Trabajo, de 1931; e) Al otro lado se presentaba una combinación similar a la de Aguirre Cerda, pero con un candidato reconocidamente opuesto al control comunista; f) En cuanto a los puntos 5.5.2, 5.5.3., 5.5.4. y 5.5.5. se advierte menor tensión: nadie cree en alternativas tan dramáticas y, más bien, la preocupación se radica en los efectos de la Segunda Guerra Mundial, en pleno desarrollo. La Falange apoya a Ríos, pero exige que los comunistas no aparezcan en la campaña. Más tarde, Frei asume como Ministro de Obras Públicas. No hubo problemas con los Obispos. El Partido Comunista chileno subordina toda su acción al triunfo de la alianza URSS - Democracias Occidentales: “*Rompimiento con el Eje; relaciones con la URSS*”.

5.7. La elección siguiente —en 1946— también anticipada por el fallecimiento del Presidente Ríos, presenta un panorama muy cambiado. Hay varios candidatos con opción de triunfo: González Videla (Izquierda), Cruz Coke (socialcristiano, apoyado por todos los conservadores) y Fernando Alessandri (Derecha. Liberales y parte de los radicales). Con González nuevamente asoma el peligro de llevar el comunismo al poder (“*El pueblo lo llama Gabriel*”) en un momento en que el tablero internacional se presenta insólito: la URSS acaba de triunfar aliada con las democracias occidentales y Estados Unidos. Hay dos superpotencias y se requiere, sobre todo, gran visión de estadista en todos los aspectos. Los tres candidatos son respetables y cada uno ofrece ventajas, aunque Cruz Coke se presenta como el más elevado símbolo del socialcristianismo... pero desde dentro del Partido Conservador, lo que explica la frialdad del equipo que manejó la ruptura en 1939. Decidido el apoyo a Cruz Coke en estrechísima votación, la Falange exige que la candidatura sea “*Nacional y no derechista; socialcristiana y no capitalista*”. Cruz Coke queda segundo, pero con altísima votación. La Falange, con buenas razones, apoya la primera mayoría (González Videla) en el Parlamento, generándose una fuerte dificultad con los conservadores que exigían “*completar el proceso electoral*”. González Videla organiza un Gabinete de tres radicales, tres liberales y *tres comunistas*. Transcurrido algo más de un año de gobierno, se produce una grave huelga en el carbón, seguida del frontal rompimiento del Presidente con los comunistas. Se propone y aprueba la *Ley de Defensa Permanente de la Democracia* que desarma al Partido Comunista y al movimiento sindical, que ellos controlaban. Los falangistas la combaten. La Iglesia chilena en general la respalda, por temor al comunismo. El P. Hurtado, por su lado, busca una reunión directa con S.S. Pío XII; le hace entrega de un memorándum extremadamente confidencial, que se conoce treinta años después, con motivo de su beatificación. La pulverización del Partido Comunista desarma en fuerte medida la organización sindical chilena, manejada por ellos, en especial en el sector obrero (sindicatos únicos).

5.8. El resultado de las siguientes elecciones presidenciales y parlamentarias, unido a la acción de los más variados gobiernos, va enriqueciendo la experiencia de los humanistas cristianos. A medida que crecen, pierden el carácter de grupo testimonial de grandes ideales, para transformarse en equipo capaz de ser alternativa de gobierno. Así lo vio el país que, de una u otra manera, los llevó al poder con Frei Montalva (1964), sin alianzas políticas, pero apoyado sólo electoralmente y sin compromiso alguno, por la derecha; y con Aylwin (1990) y Frei Ruiz Tagle. (1994), en combinaciones de centro izquierda.

5.9. En el curso del siglo XX hubo, pues, gobiernos, combinaciones opositoras y alianzas de fuerzas muy disímiles, que no es el momento de historiar. De todos modos, parece no discutible que, tal vez por diversas causas concurrentes, *la variante doctrinaria fue perdiendo peso, frente a la eficacia, capacidad y necesidad de hacer un buen gobierno, como si los valores humanistas cristianos sólo tuvieran vigencia en el conflicto, lo que es propio de Hegel, pero no del Evangelio ni de las encíclicas sociales*. Pareciera que, junto con ganar experiencia política, el humanismo cristiano pierde aliento para defender principios, ante la compleja tarea de gobernar. En cambio, se va produciendo un hecho positivo: se desdibuja la falsa identificación del humanismo cristiano con un partido, o con una combinación de ellos.

5.10. Así como la crisis que determinó la estructuración de la *pequeña* Falange como partido independiente respecto del cual se dijo que su papel sería “*purificar la política chilena*”¹⁰⁶, la asunción como Presidente de Eduardo Frei Montalva, seguido del abrumador triunfo parlamentario a comienzos de 1965 (82 diputados más *todos* los candidatos a senadores, sobrando votos para elegir uno más por Santiago), marca el apogeo de su responsabilidad y de la tendencia a la confusión *práctica* entre el humanismo cristiano y la democracia cristiana. Si el Partido Conservador, indebidamente, pero por razones históricas, expresaba la ortodoxia católica preconiliar, el Partido Demócrata Cristiano, también

¹⁰⁶ Recuerdo haberle oído esa expresión a Javier Lagarrigue, por los años 39 o 40.

por razones históricas —y especialmente vía las figuras paradigmáticas de Frei y Maritain— tendió a representar *mutatis mutandis* la ortodoxia católica posconciliar.

A comienzos del 2001, nadie osaría decir que la finalidad del PDC es “purificar la política chilena”, sino hacer un gobierno eficiente y honesto, de paz, justicia y progreso. De capitán a paje, creo que todos los viejos falangistas ya en 1964 teníamos conciencia del deber de ser honestos, pero parte principal de esa honestidad nos obligaba a no aceptar una tarea que no fuésemos capaces de desempeñar con capacidad y eficacia, y si la aceptábamos, gravábamos nuestra conciencia o nuestra honra política. Un difícil *cuarto de siglo* había transcurrido entre 1939 y 1964: *similar en duración, pero no en contenido, al que relata Mons. Jorge Gómez Ugarte en su crónica homónima de la ANEC¹⁰⁷, entre 1915 y 1941*, sólo que éste se extinguía cuando recién se iniciaba el otro. Quizá sea legítimo postular que los mejores esfuerzos de los humanistas cristianos vividos en la Acción Católica, la acción social o la acción política en el medio siglo que comprende ambos periodos (1915-1964), se gastaron en buscar a tientas, con logros y yerros importantes, el *aggiornamento* que significaron los criterios apostólicos renovados del Concilio Vaticano II. Esto explica también las paralelas vicisitudes vividas por el principal inspirador del *humanismo cristiano chileno* —no de la Falange Nacional ni el PDC—, Jacques Maritain.

5.11. Con esta breve y muy sintética visión histórica del desarrollo del humanismo cristiano desde los años treinta hasta comienzos del siglo XXI, cabe plantearse la siguiente cuestión: Esta tendencia, que en el campo político nació vacilando entre incorporarse a un gran partido de derecha; no entrar a ninguno; fundar uno nuevo acomodado a la doctrina social de la Iglesia o dispersarse en varias opciones —siempre buscando un acento social, popular y cristiano, pero huyendo tanto del individualismo liberal como del estatismo, particularmente en su inspiración marxista— ¿debe ser considerada preferentemente como favorable al fortale-

¹⁰⁷ Ugarte G., Jorge: *Ese cuarto de siglo: 1915-1941*.

cimiento de un sentir derechista, izquierdista, de centro, o de ninguna de esas expresiones en el ámbito político-social? ¿Es legítimo o veraz calificar al humanismo cristiano como un nuevo rostro de la derecha, de la izquierda, del capitalismo, del socialismo o de otra cualquiera inquietud de las que han llenado el firmamento partidista, ideológico o político chileno? Para contestar con alguna certeza a esta pregunta, ¿debemos atender más bien a la imprecisión del concepto en sí, o el de los grandes conglomerados en los que se pretende ubicarlo, o a los cambios que en todos han impuesto las circunstancias históricas nacionales o internacionales? Para fundamentar una opinión, siquiera tentativa, trataremos de completar primero el examen de los once puntos polémicos que aún nos restan.

Capítulo VI

Anticomunismo, coincidencias con los comunistas; colaboración puntual; alianzas partidistas.

6.1. Al comenzar la década de los treinta, en los primeros pasos del que hemos llamado humanismo cristiano chileno, el comunismo no era un protagonista de primera importancia en Chile. En el Congreso “termal”, que sustituyó al que debía provenir de las elecciones del 2 de marzo de 1930, los partidos —temerosos de Ibáñez— convinieron con el Presidente *elegir a dedo todo el Parlamento*, aprovechando un resquicio de la ley electoral. Los diputados se distribuyeron así: 1) Radicales 36 (tenían 39 en 1925); Liberales, 32 (tenían 43); Conservadores 24 (tenían 28); Demócratas 27 (tenían 22), *Confederación Republicana de Acción Cívica* (CRAC), 14 (ésta, formada por los ibañistas, no existía en 1925). Para un procedimiento *electoral tan sui géneris*, se invocaba como precedente que en la elección de don Emiliano Figueroa Larraín, hubo gestiones para elegir un candidato único, en las que participaron representantes de los partidos Conservador, Liberal Democrático, Liberal, Radical, Demócrata y Comunista. Pero esa vez no se produjo acuerdo, porque los comunistas resolvieron dar batalla por el Dr. José Santos Salas, un profesional y técnico que gozaba de popularidad en sectores laborales¹⁰⁸. Como se sabe, triunfó Figueroa con su amplia coalición de partidos, por 186.187 votos (71,53%), contra 74.091 (28,47%) del Dr. Salas, cuya consigna de campaña se hizo famosa: “*Salas sale solo*”. Naturalmente, ese porcentaje no refleja ni remotamente el poderío político comunista, que en la presidencial de 4 de octubre de 1931, donde Montero triunfó con 182.177 votos (63,93%), contra 99.075 de Alessandri (34,77%), los comunistas fueron divididos entre Manuel Hidalgo, que obtuvo 1.263 votos (0,44%) y Elías Lafferte, 2.434 (0,86%): como si habláramos de la *desintegración del átomo*.

¹⁰⁸ Urzúa, Germán: *Historia Política de Chile y su evolución electoral*. Editorial Jurídica de Chile; 1992, págs. 430 y 437.

mo, comparando la insignificancia de estos porcentajes, en relación a los de Montero y Alessandri. Poco después, cuando Alessandri triunfara en 1932, Lafferte, candidato único comunista, obtuvo el 1,2% de los votos, algo menos que la suma 0,86 + 0,44. Sin embargo, ya veríamos más tarde los efectos explosivos de la desintegración del átomo en el desenvolvimiento del comunismo y los diversos socialismos en las décadas que vendrían del siglo XX chileno.

6.2. Pero alguna reflexión adicional parece pertinente. Aparte de lo que se atribuya fundadamente al cohecho y a otras irregularidades en la manifestación de las fuerzas electorales, el Partido Comunista de Chile se evidenció como un peligro futuro, capaz de alterar el cuadro de las fuerzas políticas, si podía enmascarar razonablemente su presencia, o sumar sus objetivos específicos a los de candidatos o fuerzas más moderadas y nacionales. Por sí mismo, no era entonces un protagonista que jugara un papel importante y directo en la política. En cambio, su capacidad de maniobra y su hegemonía en el mundo sindical asomaban peligrosamente.

6.3. Entre tanto el humanismo cristiano tenía su *vademécum* en *Quadragesimo Anno* y, por lo mismo, la alternativa marxista, impulsada por la URSS, ciertamente preocupaba, pues acrecentaba día a día su influencia en el mundo del trabajo. Ya vimos antes¹⁰⁹ que por circunstancias a medias explicables y poco estudiadas, una encíclica clave contra el fascismo —*Non Abbiamo Bisogno*, 1931— era casi desconocida. Lo mismo aconteció con *Mit Brennender Sorge*, 1937, sobre el nazismo y el racismo. Nos consta que hacia 1939, en Santiago, los líderes del socialcristianismo no hablaban de ellas. No era el caso de *Divini Redemptoris*, contra el comunismo ateo, que Pío XI publicó cinco días después que *Mit Brennender Sorge* y tuvo amplísima difusión. Por algo, Italia y Alemania eran grandes potencias en el mundo occidental. Nadie olvidaba, tampoco, que la Federación Obrera de Chile, gloriosa creación conservadora, fue en pocos años

¹⁰⁹ N° 4.3.

controlada por los comunistas y en 1921 se incorporó a la *Tercera Internacional*, fundada por Lenin en 1919. Diría que la estrategia leninista de hacer de los sindicatos las “*correas de transmisión del marxismo para infiltrar la revolución en el mundo burgués*” era algo juzgado unánimemente como negativo y temible en las filas humanistas cristianas. Pese a todo, un factor *izquierdizante* se fue introduciendo desde la partida entre los humanistas cristianos autocalificados de más “progresistas”: privilegiar la *unidad de la clase obrera* por sobre toda otra consideración. Por lo mismo, en cuanto a las organizaciones de “clase”, como eran considerados los sindicatos y, emblemáticamente, los sindicatos *únicos* de obreros¹¹⁰, esta consigna de la unidad de la *clase obrera, frente a la clase patronal, empresarial o capitalista*, prendió como una verdad de fe en el sector laboral, incluyendo muchos líderes humanistas cristianos. Podía haber gran penetración y afecto por la doctrina social de la Iglesia que enseñaban Fernando Vives, Fernández Pradel, Guillermo Viviani, Oscar Larson, Jaime Larrain, Bartolomé Palacios, Carlos Vergara, Frei, Garretón, Eyzaguirre, Philippi, Bowen o Leighton, pero cuando se llegaba a la *organización sindical*, el sentimiento de la *unidad de clase*, sin distingos entre comunistas, socialistas, cristianos, ateos o masones, era un dogma que durante largas décadas no se supo o no se pudo manejar. Sin duda, Clotario Blest fue el líder indiscutido del movimiento por las asociaciones sindicales únicas, que habría de coronar la *central única* de la clase obrera. Eso fue creando la imagen del *sindicato como la puerta de ingreso a la colaboración entre cristianos y comunistas*. Hubo que esperar la llegada del padre Alberto Hurtado para que se iniciara un esfuerzo real, consciente y creíble, orientado a romper ese falso dilema entre *unidad y libertad* sindicales, donde se entrampó por décadas y décadas el sindicalismo democrático chileno. Incluso, los partidos y corrientes ideológicas afines al humanismo cristiano no entendieron la diferencia entre la *unicidad* y la *unidad* sindicales. *La primera, renuncia a la libertad por defender la unidad forzosa de la clase. La segunda, hace de la unidad un logro de la libertad*¹¹¹. Chile tardó medio siglo en ratificar los convenios de la OIT sobre libertad

¹¹⁰ Llamados *industriales* por el art. 381 del DFL 178, Código de 1931.

¹¹¹ V. Thayer, William: *El padre Hurtado...* ob. cit. págs. 161 y sgtes.

sindical (N^{os} 87 de 1948 y 98 de 1949), que rigen desde el 1 de febrero de 2000 en nuestro país, y todavía no hay conciencia clara de cómo operar esa preciosa herramienta de la libertad, atributo inalienable del hombre. En realidad, los líderes marxistas mantuvieron convencida a una parte principal de la ciudadanía democrática, católicos y eclesiásticos incluidos, de que el sindicato único obrero era instrumento insustituible para la defensa y progreso del sindicalismo. Pienso que la ley 16.625, sobre libertad sindical campesina, de 1967 —*residuo* del proyecto de Libertad sindical presentado con las firmas de Frei Montalva y de su ministro del Trabajo a la Cámara de Diputados el 17 de febrero de 1965— abrió una luz acerca de por dónde deberían ir las cosas. En rigor, el ministro José Piñera echó las bases del sistema de libertad sindical, con los decretos leyes 2756 y 2758, en 1979, bajo el Gobierno del general Pinochet, pero como el *ecosistema político* limitaba la vida sindical, la libertad sindical *legal* no se notó. Sin embargo, regresado el país a la plenitud democrática, en 1990 se planteó la opción de volver al esquema anterior de sindicato único o darle amplio curso a la libertad sindical. Es notable que el mismo Patricio Aylwin, que como presidente del PDC se opuso a legislar sobre libertad sindical en 1965 *porque se podía dividir el partido*, en 1991, como Presidente de Chile, aceptó la sugerencia de Cortázar y se abrió al gran consenso, que aun rige en Chile sobre libertad sindical. Pero, por cinco o seis décadas los humanistas cristianos chilenos —salvo excepciones— contribuyeron a mantener el mito de *libertad sindical sinónimo de paralelismo sindical y de la división de la clase obrera*, facilitando la estrategia comunista de hacer de los sindicatos correas de transmisión de la doctrina de la lucha de clases y generando resistencias adicionales al sindicalismo en todos los frentes.

6.4. Comprueba la validez de este análisis, el hecho de que, cada vez que un humanista cristiano se abría camino como líder en el mundo obrero, *empezaba o terminaba hablando de la unidad de la clase obrera para enfrentar a la clase capitalista*. Y como era necesario mantener la unidad de tirios y troyanos (marxistas y

cristianos), a toda costa, la herramienta de triunfo era *disparar contra el enemigo común: el patrón explotador, la empresa abusadora*. Porque, si este enemigo se desdibujaba, se reconocía en algún momento como amigo o dejaba de existir como enemigo, surgía la dramática disensión interna, no sólo entre comunistas y cristianos, sino entre comunistas, socialistas, radicales, demócratacristianos, independientes o sectores de cualquier color o ideología. Emblema de la *unidad de la clase obrera* por sobre toda otra consideración fue siempre, como dijimos, Clotario Blest, católico de vida privada ejemplar, que sin embargo arrastró hacia las filas del sindicalismo revolucionario a miles de trabajadores, quizá sin otro precedente de similar arraigo en la masa trabajadora, que Luis Emilio Recabarren. Pero éste, en definitiva, era marxista. Blest era un cristiano, cuya posición eminentemente clasista fue un ejemplo seguido por muchos cristianos.

6.5. Para ser francos, Blest estaba —en esta materia— en las antípodas del pensamiento del padre Hurtado, aunque, dejemos constancia, éste falleció meses antes de que Blest fuera elegido presidente fundador de la Central Única de Trabajadores (1953). Curiosamente, el padre Fernando Vives fue maestro de ambos, pero mientras Hurtado fue el precursor de la libertad sindical, Blest defendió la unidad de toda la clase obrera, por la revolución y el estado sindicalista¹¹². Así, mientras en 1928, encabezaba el Grupo Germen, que tenía por emblema *un martillo, una hoz y una cruz*¹¹³, cuatro años más tarde adhería a la revolución socialista de Grove y Matte, que derribó a Montero y treinta y dos años después, el 3 de noviembre de 1960, a la cabeza de la Central Única de Trabajadores, expresaba: “...*La clase trabajadora debe despertar de este letargo, los obreros, empleados y campesinos deben despertar de este sueño soporífero para levantarse en armas y derribar a este Gobierno...* (el de Jorge Alessandri). *La mayoría de este país, los asalariados, obreros y campesinos que forman el 75% de la población de Chile, somos capaces de derribar*

¹¹² Vitale, Luis: *Los discursos de Clotario Blest y la revolución chilena*. Colección Recabarren; Editorial POR, 1961, pág. 10.

¹¹³ Grayson, pág. 86.

a este Gobierno reaccionario... El pueblo empieza a darse cuenta que con los puños crispados estamos dispuestos al sacrificio y a la lucha callejera que dé el triunfo a la clase trabajadora chilena...”¹¹⁴.

6.6. Si la confusión entre *unicidad* sindical —que renuncia a la libertad— y *unidad sindical* —que es normalmente el uso libre pero moral de la misma— enredó por décadas las relaciones entre humanistas cristianos y comunistas en el mundo del trabajo, la circunstancia histórica de haber tomado el nombre de Falange Nacional el grupo humanista cristiano que se separó del Partido Conservador, y haber evolucionado el falangismo español hacia una estructura corporativa estatista y Franco hacia una alianza internacional con el Eje Berlín-Roma (Hitler-Mussolini), condujo a que Frei Montalva, al crearse *el Movimiento Cristiano de América en Montevideo* (1947), concordara con Tristán de Athayde, Ordóñez y Dardo Regules, en una afirmación —de suyo intachable, pero muy fácil de desvirtuar—, consagrada en el punto 7 del Acta Final: “(El Movimiento) **rechaza y combate al comunismo, tanto como al anticomunismo que encubra cualquier reacción antidemocrática**”. Ahora bien, como era un hecho inconcuso que el nazismo y el fascismo eran *anticomunismos que encubrían formas antidemocráticas*, pero, por otra parte, no había otro comunismo *político* en el mundo que la URSS y sus aliados —la Iglesia lo era a la manera de *Divini Redemptoris*— los comunistas y sus amigos acusaron de “antidemocráticos” a todo anticomunista. Y desde entonces y hasta la caída del Muro de Berlín, nunca los falangistas chilenos y sus sucesores los demócratacristianos aceptaron ser “anticomunistas”. No tenían obstáculos en reconocer la *incompatibilidad* entre comunismo y humanismo cristiano; en aceptar que eran dos *concepciones distintas y opuestas*; etc., pero el anticomunismo se transformó en palabra “tabú”. Algunos, la excepción, la usamos siempre, sin complejos; pero no ocurría así en el lenguaje común de la democracia cristiana chilena. Más aún: fueron apareciendo frases letales, como aquella de que “*lo único peor que el comunismo, es el*

¹¹⁴ Vitale, Luis: “*Los discursos de Clotario Blest y la revolución chilena*”, Colección Recabarren, Editorial POR, 1961.

anticomunismo ". No sé si alguien efectivamente la dijo, pero el famoso punto 7 de Montevideo fue perdiendo sus especificaciones y quedando simplemente reducido a que la *Democracia Cristiana de América rechaza y combate el comunismo y el anticomunismo*, lo que indudablemente no favoreció la claridad de su posición frente al comunismo.

6.7. Si se toma debida cuenta de que la creación de la Democracia Cristiana de América (1947), ocurrida a comienzos de la segunda posguerra, cuando la URSS había quedado como el *único totalitarismo vivo y dominante en calidad de Superpotencia*, la cuestión del triunfo comunista en el mundo no podía ser mirada por los humanistas cristianos chilenos como algo retórico o discursivo, sino como una amenaza palpitante, principalmente en Europa, en Italia —a las puertas del Vaticano— y en el resto del planeta. Desde luego, la inmensa China desarrollaba un comunismo aún más fiero y amenazante que el soviético, tanto que se decía, como chiste que "*los optimistas están estudiando ruso y los pesimistas, chino*". Este asunto llenó de suspicacias el ambiente, que se calentó al rojo blanco cuando se produjo el rompimiento de González Videla con el Partido Comunista y se propició una ley represiva tan drástica, que ni don Horacio Walker ni Cruz Coke dejaron de objetarla. La Iglesia chilena adoptó una posición fuertemente anticomunista y la cuestión se encrespó hasta suscitarse un conflicto serio que casi condujo a la autodisolución de la Falange. No es el momento de historiarlo aquí, sino de mencionarlo como uno de los momentos conflictivos de las relaciones entre el humanismo cristiano chileno y el comunismo, que generó complicaciones dentro del Partido, con el Gobierno, la derecha y la Iglesia¹¹⁵.

6.8. Otra situación que en algún momento histórico provocó críticas y dificultades derivó de la legislación electoral. Ésta contemplaba un mecanismo de *cifra repartidora*, dentro de un sistema proporcional corregido, que hacía imposible o desastroso a los partidos pequeños competir solos en las elecciones parlamen-

¹¹⁵ V. Thayer: *El Padre Hurtado...* ob.cit. pág. 151, nº 11.6.

tarias, porque una distribución de sus votos en todo el país o en muchos de los distritos o circunscripciones, los dejaba carentes de toda opción. En rigor, ese tipo de legislación estaba concebido para proteger a los partidos grandes o a inducir a fuertes coaliciones, que, a su vez, implicaba concesiones recíprocas para concordar en algún programa presentable al electorado. Para la Falange Nacional, que fue un partido pequeño desde su nacimiento, en 1939, hasta su fusión en el PDC (1957), la situación implicó graves dificultades. La derecha unida no le daba pasada, ni ella aceptaba nada que se pareciera a “volver a sus orígenes”, pues la izquierda siempre la motejaba de ser “la nueva cara de la derecha”. La izquierda, por su lado, impuso durante largos años la alianza electoral comunista-socialista, no dejando a la Falange pactos posibles sino con radicales, respecto de los cuales hubo que vencer las viejas querellas de masones y católicos, que los intereses políticos reavivaban. Por su lado, los socialistas solos eran una opción que se presentaba algunas veces, pero a ella nos referiremos en el punto subsiguiente. Con todo, durante el período electoral toda alianza fuera de la derecha era presentada como favorable al comunismo o sus aliados.

6.9. En una visión crítica de lo ocurrido en las décadas de los años cuarenta y cincuenta, no puede desconocerse que la Falange sentía comodidad interior —aunque no unánime— en las alianzas hacia la izquierda, e incomodidad interior en cualquier entendimiento con la derecha. Para ambos casos, la *sombra* eran los partidos comunista y conservador, las *opciones* eran “socialistas sin comunistas” o “liberales sin conservadores”, que rara vez se presentaban. Aun recordamos el escándalo producido cuando en una oportunidad, tal vez en Yumbel, se produjo un acuerdo unánime de todos los sectores en una elección de regidores. La acusación fue inmediata: “La Falange pactó con los comunistas...”. Aunque la cuestión fuera de ínfima cuantía, el efecto político resultaba desproporcionado porque “*se había comprometido la doctrina*”, ya que *Divini Redemptoris* no hacía distinciones en su condena a toda *colaboración con los comunistas*.

6.10. Otro episodio ilustrativo, del que fui¹¹⁶ testigo y protagonista, ocurrió hacia 1966. Siendo ministro del Trabajo del Presidente Frei¹¹⁷ me invitaron a visitar la URSS, país con el cual Chile había establecido relaciones diplomáticas. Hasta donde me ha sido posible indagar con posterioridad la raíz de los hechos que relataré, Gabriel Valdés, el canciller, necesitaba un candidato para reemplazar a Máximo Pacheco como embajador en Moscú, pues terminaba su período y razones familiares le impedían prolongar su estada. Mi nombre era una opción. Anikin, el embajador soviético en Santiago, parece haber manifestado interés. Habíamos hecho buenas migas; jugábamos ajedrez con frecuencia y, causa o efecto de la que llamaré “gestión Valdés”, que yo ignoraba en absoluto, se nos veía juntos con relativa frecuencia en el Estadio Nacional en partidos de fútbol; también con el astronauta Leonov; y con personalidades culturales del mundo soviético, como el ex campeón mundial de ajedrez Smyslov; algunos músicos, poetas...; pero sugestivamente nadie de la esfera política. Así se gestó, probablemente la invitación, que causó estupor en la izquierda chilena, en especial en el Partido Comunista y en el senador Salvador Allende, que veían en este viaje una intromisión demócratacristiana en terreno que consideraban propio y exclusivo. Por la inversa, en el Gobierno de Frei y en el Partido Demócrata Cristiano, la movida Valdés- Anikin-Pacheco (que estaba en el secreto), fue celebrada y aprovechada. En cambio *El Siglo*, órgano oficial del comunismo, arrojó sus ataques al ministro campeón del *parallelismo sindical* y de los *esfuerzos por dividir la clase obrera*, asimilaciones que el comunismo difundía con mucho éxito, para combatir la libertad sindical que yo defendía como viejo discípulo del padre Alberto Hurtado¹¹⁸.

Con todo, lo que otorgó particular trascendencia a este viaje del ministro fue la violenta y desmedida oposición de Salvador Allende. El senador socialista, derrotado por Frei en 1964, lo había

¹¹⁶ Ruego excusar que como protagonista o testigo deba hablar a veces en primera persona del singular.

¹¹⁷ Fui ministro del Trabajo entre 1964 y comienzos de 1968. Ministro de Justicia, los siguientes 4 meses.

¹¹⁸ Recuérdesse la obra de Thayer varias veces mencionada y recién en la nota 114.

acusado de hacer “campaña del terror” y de haber falseado con ello los resultados de la elección presidencial. Más aún, había desconocido formalmente la legitimidad del triunfo de Frei, no obstante la antigua amistad personal que los ligaba, y esta invitación a un ministro freísta, lo “descolocaba” ostensiblemente. Al menos así lo entendió el senador y, con tal convicción, que decidió viajar él a Moscú y llegar antes que yo a ese destino. Pero la verdad es que sus estrategias calcularon mal. En efecto; Yugoslavia me había invitado a pasar por Belgrado antes de ir a Moscú y, al saber que Allende también viajaría, le cursó igual invitación. Pero Allende, junto con aceptar, inició gestiones para que tanto la URSS como su satélite cancelaran la invitación al ministro freísta. Obtuvo una victoria pírrica: Yugoslavia no confirmó la invitación, pero Moscú la mantuvo ¿gracias a la secreta gestión Valdés? Resultado: yo viajé directamente a la URSS; llegué primero y, entre tanto Pacheco organizó lo increíble: una entrevista del ministro de Frei con el Presidente de la URSS, Podgorni —*una hora antes de que éste recibiera a Charles de Gaulle*, Presidente de Francia entonces—, que se hallaba en visita oficial, lo que paralizó todas las audiencias, menos la mía. Estuve tres cuartos de hora con él y me retiré cuando los solemnes clarines anunciaban que De Gaulle estaba llegando al Kremlin. Total: Allende perdió su carrera y canceló su viaje. El Partido Comunista chileno hizo gestiones con los sindicatos de la URSS atribuyéndome torpes declaraciones, que nunca formulé. No le dieron resultado: pocos días después de mi regreso visitó Chile un altísimo funcionario del Gobierno de la URSS —vicepresidente del Congreso de las Nacionalidades— el cual, en la recepción que le brindó el embajador Anikin, me expresó delante de Anikin y del propio Luis Corvalán Lepe, Secretario General del Partido Comunista, que el Presidente Podgorni me enviaba sus saludos especiales, recordando mi estada en la URSS y que el Gobierno de su país no compartía los ataques que se me habían dirigido de parte de algunos dirigentes sindicales soviéticos. Anikin rebosaba de alegría. Don Lucho Corvalán, que por curiosa coincidencia había llegado casi junto conmigo al besamanos, fue testigo obligado de la referida

declaración. Veamos ahora, cómo le pagué a Corvalán su involuntario testimonio.

6.11. Cuando el canciller Gabriel Valdés me consultó directamente si estaba dispuesto a aceptar la embajada en Moscú, entendí mejor las invitaciones, el ajedrez, los partidos de fútbol, el astronauta Leonov, Podgorni y tantas atenciones. Pero aparte de mi personal alergia a la sola idea de ser embajador, se levantaba un obstáculo absolutamente insuperable: mi esposa. Le dije a Valdés: “¿Te imaginas a Alicia Morel de embajadora en Moscú? Sería algo parecido a la Tercera Guerra Mundial. Y no por ser en Moscú. En cualquier país. Pienso que quizá “lo pensaría” en Dinamarca, por ser la tierra de La Sirenita y Hans Christian Anderssen.” De todos modos, le hice presente mis dificultades al Presidente, y ¡seguían las sorpresas! Frei no tenía idea de esta “gestión Valdés” y me manifestó que tenía un verdadero compromiso a favor de Oscar Pinochet de la Barra, a la sazón Subsecretario de Relaciones Exteriores, para ir a Moscú. El que pagó los platos rotos fue Anikin, pues su misión terminó casi abruptamente y no tuvo destino en la URSS. No mucho después falleció. Al parecer había enviado informaciones muy alentadoras sobre mi nombramiento y, en definitiva —según él mismo me dijo— el Gobierno de la URSS estaba interesado en mí por cuanto prefería un personero representativo de la imagen de Frei a un *funcionario de carrera*. Naturalmente, a tantos miles de kilómetros de distancia y en el intríngulis de los objetivos de la URSS, poco pesaban las excepcionales condiciones personales de Oscar, más tarde biógrafo del Presidente Frei Montalva; escritor, historiador, Académico del Instituto de Chile y, finalmente, brillante embajador. Menos conocía el gobierno soviético —uno de cuyos legítimos orgullos era su ballet— que Pinochet de la Barra, en sus innumerables aficiones había incursionado como bailarín en el ballet nacional.

6.12. Puesto que mencioné a Corvalán, parece pertinente referir un episodio poco conocido, pero revelador, en el que me correspondió algún protagonismo. En efecto, cuando desempeñaba el

cargo de miembro del Consejo Ejecutivo de UNESCO, para el que fui elegido por los restantes miembros del mismo —con excepción de los votos de la URSS y sus satélites—, para ocupar el asiento que vacó por el doloroso fallecimiento de Pablo Neruda, se me ocurrió preguntarle a mi buen amigo y representante brasileño en el referido Consejo Paulo de Berredo Carneiro qué se podría hacer en la UNESCO para bajar la tensión internacional entre la URSS y el Gobierno de Chile. Berredo Carneiro era todo un personaje: ex presidente del Consejo Ejecutivo y de la Conferencia General de UNESCO, respetado y querido por tirios y troyanos y, dentro de los *troyanos*, con buen acceso al impenetrable mundo soviético. Mi tesis era que no veía ninguna razón para que nuestras relaciones *como Estado* con la URSS fueran muy diferentes a las que se mantenían con China Popular, cuyo comunismo era tan temible como el soviético, o más si pudiera decirse. Ni qué decir que no tenía encargo ni autorización para hacer nada en representación del Gobierno chileno ante UNESCO y Juan José Fernández, el Embajador, no podía ni remotamente dar pasos en tal sentido sin autorización. Resultado: Berredo hizo los sondeos y me respondió: “*Los rusos quieren que les suelten a Corvalán*”. Me puse en campaña y, contra todos los pronósticos, llegamos a un acuerdo sobre las siguientes bases: 1) El respaldo de los respectivos gobierno a esta increíble gestión se demostraría en el plenario próximo de la Conferencia de UNESCO, que estaba en desarrollo. Nosotros —los chilenos de UNESCO— pedimos que el orador soviético —inscrito antes que el chileno— no atacara a Chile en su intervención. Prometíamos, en retribución, que tampoco lo haría el delegado chileno (en ese momento era el almirante Troncoso, ministro de Educación); 2) Si ese requisito se cumplía, se evidenciaría que los gobiernos aceptaban dar el primer paso en esta tentativa de atenuar el rigor de las relaciones y se daría el paso siguiente: la liberación simultánea *en Brasil* de Corvalán Lepe, y Vladimir Bukovski, un conocido intelectual soviético que llevaba largo tiempo preso en la URSS.

Aún recuerdo cómo, durante una recepción en la embajada de

Filipinas, me abordó precipitadamente el representante de Panamá, que estaba ya en el secreto, para comunicarme que acababa de terminar su discurso el representante soviético y espectacularmente no había mencionado a Chile, ni a Pinochet ni nada que pudiera molestarnos. Ahora le tocaba el turno a Arturo Troncoso. El almirante y ministro habló de muchas cosas, menos de la URSS. Resumen, cuando nos preparábamos para la liberación simultánea de ambos presos en Brasilia, bajo los auspicios del embajador Berredo Carneiro, llegó un sorpresivo telegrama de la Cancillería. Su texto nos causó más risa que frustración a Carneiro, Juan José Fernández, Mario Calderón y los otros amigos que finalmente participamos en la increíble aventura: “*Suspendan de inmediato gestiones liberación Corvalán y Bukovski. Desde este momento las asumirá el señor Henri Kissinger. Sírvanse informar urgentemente quién es el señor Bukovski*”.

Lo demás es historia conocida. La liberación conjunta se operó como estaba planeado, pero bajo los auspicios de Estados Unidos. Ni Brasil, ni Berredo Carneiro ni nosotros —los chilenos de UNESCO— tuvimos parte alguna. Incluso, cuando Bukovski visitó Chile y nos reunimos con él en el CIDOC de la Universidad Finis Terrae, nos comentó que nunca supo cómo había sido liberado. Don Luis Corvalán, en sus memorias, tampoco proporciona muchas luces. En cambio, los hechos hablan por sí solos. Chile, como Estado, no pretendía erigirse como campeón de ninguna campaña contra la URSS. Lo que le interesaba era que respetaran su soberanía e independencia como lo hacían China y otros países, sin atender a su sistema de gobierno. Más todavía, recordamos que en 1980, cuando fuimos a la Antártida invitados por el mismo almirante Troncoso, nos llamó la atención que en el desembarco de mercaderías nos auxilió una balsa motorizada de la URSS, y que las relaciones entre rusos y chilenos eran bastante *cálidas* en el Continente *helado...*, aunque subrepticias y extraoficiales. En suma: los gobiernos gobiernan y pasan; los pueblos presienten y quedan. Notable es destacar que entre los mismos años 1988 y 1991 se operaron los cruciales cambios políticos en la URSS y en Chile: dramáticamente allá —la URSS se extinguió— y constitucionalmente, en las fechas prefijadas, aquí.

Capítulo VII

Capitalismo; anticapitalismo; reforma al capitalismo. Participación, alianza, coincidencia.

7.1. Este problema es en alguna medida comparable al mencionado anteriormente en relación con el comunismo y el anticomunismo. Sin embargo, cabe decir algo sobre sus similitudes y diferencias: a) el comunismo, como la expresión más originaria del marxismo (no olvidemos que el “*Manifiesto Comunista*” de Marx y Engels data de 1848) envuelve sin duda una tesis netamente económica, como la teoría de la *plusvalía* de Marx, desarrollada en su obra que por algo llama “*El Capital*”. Ella conduce a la conclusión de que la propiedad privada de los medios de producción genera inevitablemente la *explotación del hombre por el hombre* por lo que debe ser combatida sin tregua. El comunismo es por esencia anticapitalista; b) pero el comunismo *no es sólo eso, porque se enlaza a una cosmovisión inspirada en el materialismo dialéctico*, la negación del espíritu y la reducción de la persona humana a un individuo sometido a la *clase proletaria*, verdadero protagonista de la historia, que producirá, mediante la revolución social, la destrucción del Estado burgués y el reinado de la sociedad sin clases. Como se sabe, Lenin y la revolución bolchevique buscaron aplicaciones a este pensamiento del “*Manifiesto*” en lo que se llamó *marxismo-leninismo*. Conforme a él, para llegar a la sociedad sin clases, la revolución comunista ha de pasar por la etapa de la *dictadura del proletariado*, en cuyo nombre ejerce el poder el Partido Comunista. Su estructura sustancialmente antidemocrática entrega todo el poder a la cúpula directiva, que a veces se reduce a la tiranía de un jefe como Lenin, que vivió muy poco, o como Stalin que vivió mucho más.

7.2. El humanismo cristiano chileno, especialmente en sus orígenes, cuando era un grupo pequeño, sin expresión política, busca-

ba abrirse camino preferentemente en los movimientos juveniles, en la acción social, en la ANEC, en la Acción Católica —universitaria o parroquial—; en grupos como *Germen, Renovación o Liga Social*; en pequeños partidos sindicalistas, o meramente testimoniales, como el *Corporativo Popular*, o bien, como “tendencia” dentro del *inmenso Partido Conservador* y, más tarde, como organización siempre testimonial, pero con una inmensa ambición de “ser grande”: la *Falange Nacional*, cuyo grito de guerra —no lo olvidemos— era “¡*Juventud Chilena, adelante!*”. No había posibilidad alguna, por entonces, de serlo y pensamos que nadie soñaba en la década de los cuarenta, con una opción presidencial. La presencia de Cruz Coke y de Leighton como ministros de Alessandri Palma era un logro alentador, y un lustro más tarde el ingreso de Frei Montalva como ministro de Obras Públicas de Juan Antonio Ríos. Quizá esta distancia entre los emblemáticos ideales y las pesadas, complejas y desalentadoras tareas de gobierno, hacían del sector humano chileno en el que se encarnaban los principios del humanismo cristiano un grupo social demasiado absolutista en las exigencias. Muy lentamente se fue aceptando la convivencia con otros sectores para una *acción de gobierno* concertada. Más fácil era unirse *defensivamente*: contra el comunismo, el socialismo, el capitalismo liberal e individualista. Pero ¿con quiénes juntarse sin correr el riesgo —que algunos, quizá la mayoría, juzgaba mortal— de un vuelco hacia la superada etapa de una insignificante tendencia dentro del Partido Conservador? De hecho, la Falange Conservadora, o sea, antes de la escisión, era una fuerza poderosa en el viejo Partido. Separada de él, ganó las opciones que la historia le asignó, pero que por esas décadas ni siquiera se imaginaban.

7.3. Esa “*lucha por definirse*”, de que hablara un autor¹¹⁹, la aferraba, más de lo conveniente, a confundir los principios de la Doctrina Social de la Iglesia —que se fueron precisando por los sucesivos Pontífices— con un programa específico o una *tercera posición política*, diferente del capitalismo liberal individualista y del socialismo marxista o comunismo, términos que por el mo-

¹¹⁹ González Errázuriz, Francisco Javier: “*El P.D.C.: la lucha por definirse*”; UC Valpo. 1989.

mento vamos a considerar equivalentes¹²⁰. Pero a medida que el humanismo cristiano fue ganando en experiencia, número de afiliados y opción de gobierno y que las sucesivas encíclicas, en especial el paso de *Rerum Novarum* a *Quadragesimo Anno*, *Divini Redemptoris* y las siguientes fueron marcando la diferencia entre los principios permanentes y su aplicación a las contingencias históricas, fue haciéndose necesario distinguir entre bases doctrinarias y sentimientos comunes, y organismos o instrumentos adecuados al cumplimiento de objetivos concretos de bien común. Más que opciones o alternativas concebidas como un llamado universal, se fueron precisando vocaciones diversas más o menos coincidentes en un ideal humanista cristiano común. Este momento histórico no tuvo una fecha precisa o un acontecimiento concreto que lo marcara. Fue como la maduración de un proceso histórico, que aún no termina de manifestarse y que sólo Dios sabe cuándo alcanzará su plenitud..., si es que no se detiene, atenúa, opaca, eclipsa o transforma, como tantos movimientos o tendencias en la historia.

7.4. Si tenemos presente que sólo hacia mediados de 1960, con el Concilio Vaticano II, se determinaron con mayor claridad los conceptos de pluralismo y ecumenismo por el que pugnaban, con diversos grados de resistencia, personalidades visionarias como Jacques Maritain y sus discípulos en Europa, o el padre Hurtado y lo suyos en Chile —(el primero, reflexionando principalmente desde la filosofía política; y el segundo, inflamado por el celo apostólico a que lo impulsaban su vocación apostólica y el conocimiento de la realidad chilena)— tenemos configurado el escenario en que el humanismo cristiano chileno debió enfrentar al *capitalismo liberal individualista*. Éste era un *sistema económico en aplicación*, pero no una cosmovisión necesariamente materialista, ni obligadamente individualista, aunque, nos parece *esencialmente liberal, en cuanto opuesta a la concepción socialista que negaba por principio la propiedad privada de los medios productivos y la subsidiariedad del Estado*. Ahondaremos algo más en este punto, que no se entendería si olvidáramos la tremenda vigencia,

¹²⁰ Vid. carta del “joven” Raúl Troncoso al señor Eduardo Frei el 18/6/1957 (CIDOC, doc. 060624).

en aquellos años, de su antítesis, el “comunismo ateo”. Éste sí era una cosmovisión filosófica materialista y esencialmente errada, por lo que Pío XI, en *Divini Redemptoris* (1937) lo calificó de *intrínsecamente perverso*.

7.5. La cuestión de las relaciones entre el *liberalismo* y el *individualismo* —como ideales de filosofía política— es un subtema, a nuestro entender poco trabajado en Chile. Digamos algo sobre él.

El capitalismo aceptaba la propiedad privada de los medios productivos y, como tal —ya lo hemos dicho— se oponía al socialismo químicamente puro, fuera o no marxista, que la rechazaba. Pero los grandes sistemas económicos no son una disciplina universitaria, llamada a enseñarse como ramo específico, separado de otros por razones metodológicas. Son realidades, pensamientos y criterios sociales, encarnados en una sociedad compleja, plural, en marcha y en alguna medida siempre insuficientemente integrada.

“Liberal”, en estricto sentido, significa defensor de la libertad, lo que obviamente no tiene nada de vituperable. Pero liberal “individualista” implica ser opuesto a la *función social de la propiedad y al derecho de los hombres a constituir sociedades intermedias entre el individuo y el Estado*. Se advierte, por aquí, la huella de Rousseau, según el cual la **voluntad general** sería siempre correcta si los hombres votaran en la asamblea *sin haberse puesto de acuerdo entre ellos, o sea, sin haber formado grupos menores*. Este asunto, a nuestro juicio, confundió tanto el debate, que se asentó en las filas del humanismo cristiano el pudor de llamarse *liberal*—esto es defensor de la libertad— y hasta hoy se advierte la preferencia a llamarse *libertario, y no liberal*, aunque aquel concepto significa *ácrata o contrario a cualquiera norma o disciplina en la sociedad*.

7.6. En la realidad chilena, el proceso histórico y político de la segunda mitad del siglo XIX, vio primar *el sentido laico y*

anticlerical del liberalismo heredado de la Revolución Francesa, y no el respetuoso de los valores cristianos defendido por los autores de la Constitución Norteamericana. De suyo, no debería mover a escándalo que los viejos pelucones —comprometidos con la independencia nacional— y más tarde, los conservadores, asediados por un laicismo estatizante —en especial bajo la forma del Estado docente— se autoconsideraran liberales en cuanto recelosos de la abusiva injerencia del Estado en la economía y en la educación. Nada de esto era malo. En cambio, lo vituperable radicaba en erigirse como partido único, exclusivo e indivisible de los católicos, con el agravante de ocurrir esto cuando todavía el catolicismo era constitucionalmente la religión del Estado, con exclusión del ejercicio público de cualquier otra¹²¹. Se incubaba de este modo un problema eclesiástico-constitucional que tarde o temprano debería estallar, cuando faltaban cuarenta años para el Concilio Vaticano II. Vino así la separación de la Iglesia y el Estado, impuesta por Alessandri Palma en 1925¹²², a poco de su regreso de Europa, después del autoexilio, que se impuso como consecuencia de la rebelión militar de 1924 y la contra-rebelión militar de 1925.

7.7. Esta profunda transformación institucional, que acarrea un cambio radical en los hábitos religiosos y litúrgicos no fue, sin embargo traumática, aunque sí difícilísima de manejar, casi medio siglo antes del citado Concilio. Pensamos que contribuyó a evitar un choque más violento la aparición de una pléyade de humanistas cristianos, que suele identificarse como la “*generación de los años 30*”, sólidamente formados —los más de ellos— en la Universidad Católica y la Acción Católica, aunque preferentemente orientados por el sentido renovador del catolicismo social que reinaba en la ANEC. A ella la inspiraba, como un presentimiento, la inquietud apostólica, ecuménica y abierta, que más tarde florecería en el Concilio Vaticano II, y que como precursora llenó “*Ese cuarto de siglo*”: aproximadamente entre 1915 y 1945, de que habla Jorge Gómez en su crónica de la ANEC. Esta brillante juventud se vio forzada a jugar un papel en la vida pública y políti-

¹²¹ Constitución de 1833, art. 5º.

¹²² Constitución de 1925, art. 10, nº 2 y disposición primera transitoria, inc. 2º.

ca, a mediados de ese período. Las brillantes individualidades de la generación de Cruz Coke y Emilio Tizzoni, que aparecen fundando la ANEC, con la asesoría de don Julio Restat, van dando paso insensiblemente a líderes de diferentes caracteres y destino, que colmaron de inquietudes académicas, filosóficas, políticas y sociales a ese mundo centrado en los años treinta: Carlos Vergara, Pedro Lira, Julio Chaná, Alfredo Bowen, Jaime Eyzaguirre, Leighton, Frei, Palma, Arturo Droguett, etc., que hemos ido conociendo en los capítulos precedentes. Creo que la gravedad, espectacularidad y trascendencia de los acontecimientos que se sucedieron en el mundo entre las dos guerras mundiales, y en Chile desde la Carta de 1925, con la separación de la Iglesia del Estado y el Vaticano II, entre 1962 y 1965, forzaron a que se pasara de los pequeños grupos de discípulos que seguían a los grandes maestros universitarios, a los movimientos y agrupaciones mayores, que seguían a líderes frente a los grandes conflictos nacionales e internacionales. A veces fueron los mismos académicos, que devinieron líderes políticos, como Cruz Coke o Jorge Mardones (Presidente del Partido Conservador Social Cristiano). En otras oportunidades, sobresalientes universitarios postergaron o abandonaron destinos profesionales o académicos, urgidos por la inquietud político-social, como Leighton, Frei o Jorge Rogers. También hubo quienes, en mayor o menor grado, buscaron compatibilizar ambas exigencias, acentuando, según sus vocaciones, algún destino, como Alfredo Bowen, Víctor Delpiano, Alejandro Silva Bascuñán, Jaime Eyzaguirre, Julio Philippi o Tomás Reyes. Inspirando el sentido profundamente religioso de su conducta estaban los asesores o capellanes de excepcional jerarquía, como Restat, Larson, Fernando Vives, Jorge Fernández Pradel, Manuel Larraín, Francisco Vives y, en el sitio especial que le otorgó más tarde el reconocimiento de su santidad, el R. P. Alberto Hurtado.

7.8. Vemos, pues, que esta generación de los años treinta no se unifica tanto en razón de una fecha de nacimiento (cuando Cruz Coke y Restat entraban en escena, recién nacían Mario Góngora, Radomiro Tomic o Javier Lagarrigue), sino más bien por una ta-

rea histórica, pues fue alrededor de los años treinta cuando el interés de Chile y de la Iglesia los llamó a la acción. Eran momentos disímiles de su evolución personal, familiar, vocacional y profesional. Debieron debutar en política dentro del confuso, tenso y difícil período histórico que enreda los ecos en Chile de la crisis económica, que estallara a fines de los años veinte en los Estados Unidos; y que empujó la caída de Ibáñez, mientras aparecía *Quadragesimo Anno* y el mismo Presidente caído acababa de promulgar el primer Código del Trabajo. Tras el colapso de Ibáñez se sucedieron acontecimientos tan dispares y trascendentes como la sublevación de la Armada en manos de la marinería (que aprisionó a sus comandos y almirantes), bajo el gobierno de Trucco el triunfo y el derrocamiento del Presidente Montero; la efímera revolución socialista de Grove y Matte; los *cien días de Dávila*; los gobiernos de transición de Blanche y Oyanedel; la *tercera asunción y segundo gobierno* Alessandri Palma —respaldado por la *Milicia Republicana*—, que había de culminar en el insensato complot de los nazistas, la horrible masacre del Seguro Obrero, el triunfo del Frente Popular chileno, con Aguirre Cerda y la resurrección política de Ibáñez. Mientras tanto, en el plano internacional, se gestaban los totalitarismos fascista, en Italia; y nazi en Alemania; el Comunismo soviético cambiaba su estrategia hacia los Frentes Populares; caía Primo de Rivera en España, país que iniciaba el ciclo dramático de República Socialista, Frente Popular español, rebelión militar, revolución sangrienta y triunfo de Franco, proyectado en un autoritarismo católico facitizante, que optó por entenderse con las potencias del Eje Berlín-Roma.

7.9. Conocí¹²³ como niño, adolescente y joven las angustias y contradicciones de esos años, en Viña y Valparaíso, hasta 1938, y desde 1939 en Santiago. Era sólo un espectador cuando la generación de los treinta, sus amigos y adversarios eran protagonistas de una difícil historia. Eugenio Matte alojaba en nuestra casa, mientras “en el jardín del lado”, observaba pasearse a Salvador Allende, quien preparaba sus exámenes de medicina, mientras yo me incorporaba a un “subcentro de Acción Católica” en el Liceo de

¹²³ Por la participación personal que cupo al autor en algunas etapas del proceso, debe hablar en singular.

Hombres de Viña del Mar. Por esos años se levantaba el Casino Municipal, enfrentando el discutido Palacio Presidencial, mientras en breves siete años (1925-1932) ocupaban y abandonaban la Moneda Alessandri Palma, Emiliano Figueroa, Ibáñez, Trucco, Montero, Grove y Matte, Dávila, Blanche, Oyanedel y Alessandri. A comienzos de 1938, me incorporaba como aspirante al primero de dos cursos de servicio militar en el Regimiento Maipo, donde el teniente instructor se llamaba Augusto Pinochet Ugarte. En 1939 —con el terremoto político del Frente Popular y desastroso terremoto de Chillán— mi familia se trasladó a Santiago y me correspondió incorporarme como alumno de la Universidad Católica, en el curso de Derecho Laboral que el joven profesor Eduardo Frei Montalva profesaba por primera o segunda vez. En la Acción Católica y la ANEC, trabé o profundicé amistad con el padre Alberto Hurtado, monseñor Manuel Larraín, don Jorge Gómez, Alberto Rencoret, Alfredo Ruiz Tagle y Juan Collenghi; con el rector y el prorector de la Universidad Católica, monseñores Carlos Casanueva y Francisco Vives. Entre los académicos fueron maestros y amigos —guardadas las distancias— Cruz Coke, Pedro Lira, Lorenzo de la Maza, Bernardo Leighton, Jorge Mardones Restat, Julio Philippi, Alfredo Bowen, Jaime Eyzaguirre, Víctor Delpiano, Julio Santa María, y tantos otros. Como líderes estudiantiles o recién graduados ya destacaban hacia 1940 Mario Góngora, Armando Roa, José y Bernardino Piñera Carvallo, Jorge Prat Echaurren, Francisco Bulnes Sanfuentes, Javier Lagarrigue Arlegui, Santiago Bruron y otros, que habían nacido entre los años 1915 a 1920 y lideraban la que consideramos *nuestra* generación universitaria: Patricio Aylwin, Juan de Dios Carmona, Hugo Rosende, Raúl Oliva, los *otros* Santa María (Carlos, Pedro, Domingo), Sergio Ossa, Fernando Castillo Infante, Francisco Mardones, Juan Orrego Salas, Hernán Larraín Ríos, Carlos Thonet, Sergio Lecannelier, Gabriel Valdés, Sebastián Vial, Washington Cañas y muchos más. Como dirigentes de Acción Católica destacaban Martín García y Javier Lagarrigue, cabeza del amplio grupo del *Duc in altum*, que asesoraba don Jorge Gómez en la ANEC¹²⁴. En Valparaíso, brillaban con luces propias ese ejemplo

¹²⁴ Vid. Gómez Ugarte, Jorge, “*Ese cuarto de siglo*”.

de solidez y equilibrio llamado Santiago Brunon; con ribetes de genio, Enrique Pascal; Raúl Cereceda, Jorge Barudy, etc. En el profesorado joven no podría olvidarse a personalidades como Eduardo Dagnino, Fernando Durán, Raúl Le Roy, Eduardo León, Eugenio Guzmán. Familias enteras rondaban el mundo porteño y cubrían varias generaciones: los Elton, los Urenda, los Winter Elizalde; los Pinedo, los Santa María, los Reed.

7.10. ¿Y las mujeres? Como lo dijimos, empezaron antes que los varones en la Asociación de la Juventud Católica Femenina (AJCF) pero, lo que hoy nos parece imposible, eran pocas, poquísimas en la Universidad Católica y en la ANEC. Mientras en la AJCF pesaban como un gran movimiento, con miles de afiliadas con sus boinas blancas, en Santiago, Valparaíso y regiones, eran sólo una encantadora minoría en la Universidad Católica y en la ANEC, al menos yo no las recuerdo sino como *pololas*, novias y pronto esposas de los líderes. Pero fueron ganando presencia e influencia. No podría nombrar una sola en las “academias” de la ANEC, sin embargo, en los años 1939 y 1940 aparecían casi como pioneras Sara Navas, Juanita Unwin, Chelita León, Ester Barrios y otras, que anunciaban lo que sería una incontenible vorágine posterior, que venció la semi-disimulada prevención del todopoderoso rector, don Carlos Casanueva —inimaginable como machista o feminista— pero tuvo que repensar su imagen tradicional de la Universidad Católica para concebirla mixta. Ningún problema con la Escuela Elvira Matte de Cruchaga —puras mujeres— pero funcionando en calidad de instituto separado, en la calle Vicuña Mackenna. Don Pancho Vives, el prorector, con su irresistible simpatía, descubrió un *argumento mixto* —entre irónico, disparatado y tranquilizador: “*Don Carlos* —le dijo—, *no se preocupe. Las niñas de la Universidad incitan a la castidad...*”.

7.11. Curiosamente hubo carreras universitarias que nacieron *femeninas*, como las “*visitadoras sociales*”. Por largos años no hubo hombres ni en la escuela de la Universidad de Chile, dirigida por una mujer extraordinaria, doña Luz Tocornal de Ro-

mero, ni en la Universidad Católica, donde la citada Escuela Elvira Matte de Cruchaga —más tarde incorporada a la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, de gran prestigio— la dirigían apostólica, matriarcal, autoritaria e inteligentemente, Rebeca y Adriana Izquierdo Phillips, “las Quecas”, como las llamábamos cuando ellas no podían oírnos. Su profesorado, encabezado por Eduardo Frei y Alfredo Bowen, revelaba la importancia que se daba a “las visitadoras”, que después se llamaron “asistentes sociales” y finalmente “trabajadores sociales”, cuando hombres y mujeres seguían por parejo la carrera, como en las pedagogías, donde nunca faltaron *ellas*.

7.12. Pero, sin adentrarnos en el espeso tema de los *sexos* y los *géneros*, el mundo de entonces —con razones más que fundadas— veía muy clara una *función* diferente para los hombres y las mujeres, sólo que no *siempre* apuntó bien al crear las *instituciones* en que debían formarse. Por décadas nos acostumbramos a las cuatro ramas de la Acción Católica: hombres, mujeres, los jóvenes y las jóvenes. Las mirábamos como natural, tal como los conventos de religiosos y de religiosas, colegios y liceos de hombres y mujeres y hasta los “baños” que debían usarse. Sin embargo, la Universidad no justificaba tales diferencias, ni tampoco la política. La Universidad se redimió pronto de su pecado. La política se ha demorado más. Se abrió al sufragio femenino —y no hace mucho tiempo—, pero no plenamente a las “opciones mayores”... tema que dejaremos hasta aquí.

7.13. En fin, en este crisol se fraguaron las angustias, esperanzas, logros y fracasos de la que, con necesaria imprecisión, se ha llamado *generación de los años treinta*. Una de las características de su quehacer fue *la tensión y confusión entre fuertes y fundados anhelos de difusión doctrinaria y escasa experiencia sobre las complejidades del ejercicio del poder público*. Por lo mismo, predominaba una tendencia a calificar como exigencias doctrinarias —ámbito en que pisaban terreno firme— las opciones que la propia Iglesia entregaba a los laicos, para desenvolverse en mate-

rias contingentes. No sin razón reclamaban muchas veces por el desconocimiento o la violación de las enseñanzas pontificias. Pero tampoco faltaban las oportunidades en que arremetían, sin muchos distinguos, contra quienes hacían lo que juzgaban su deber, en una sociedad que era ya pluralista, aunque culturalmente se movía en una inaplicable —aunque filosóficamente fundada— exigencia de que *el error no tiene derechos*. Todo esto llevaba a tropezar con la *más suave* condenación al capitalismo por parte de la Iglesia, porque doctrinariamente era posible concebir un régimen capitalista que no fuera individualista, sino que correspondiera simplemente a una economía de mercado o social de mercado. Pero eso sólo vino a quedar “oficializado” por Juan Pablo II en *Centesimus Annus*¹²⁵ (1991). Entretanto, con el comunismo no había por dónde imaginar un régimen que realmente correspondiera a esa denominación y que fuera compatible con la doctrina social de la Iglesia.

7.14. La consecuencia práctica de este especial dilema es que el capitalismo —*doctrina menos mala que el comunismo*— en la vida concreta chilena era una *realidad peor porque se hallaba en plena aplicación*. En cambio el comunismo —*doctrina sin duda más mala e inaceptable doctrinariamente*— no estaba en aplicación en Chile, pero servía de “*cuco*” para estimular una actitud más comprensiva y social de los liberales individualistas, temerosos, con toda razón, de la revolución social y que el *cuco* creciera, hasta transformarse en mayoritario poder electoral y acceder —como Hitler— democráticamente al poder en 1970.

7.15. Es oportuno recordar al respecto lo que planteaba Radomiro Tomić ante la Junta Nacional de la DC en 1969, cuando se preparaba su campaña presidencial: “*Es obvio que el orden social y el régimen económico que la DC procura instaurar en Chile no puede ser ni capitalista ni comunista. Pero si no queremos esquivar la naturaleza concreta de las opciones a que nos fuerza la realidad, es un hecho que en Chile no es el Comunismo, sino el*

¹²⁵ Párrafo 42.

*Capitalismo el que da vertebración institucional, social y económica al país. Que el subdesarrollo chileno no es obra del Comunismo, sino del Capitalismo. Que los anacronismos institucionales no son herencia comunista, sino liberal individualista. Que la alienación del pueblo no es fenómeno derivado del ejercicio comunista del Poder; sino de la estructura minoritaria de base capitalista*¹²⁶. Es claro que esa opción facilitó en quién sabe cuántos miles de votos el triunfo de Allende un año después.

7.16. En este juego entrecruzado de opciones se dieron las batallas por aplicar con mayor o menor *literalidad*, con mayor o menor *adecuación* las enseñanzas de León XIII entre 1891 y 1931, y de Pío XI desde 1931 hacia delante. A contar de 1934 fue posible aprovechar los esclarecimientos de la Carta al Cardenal Pacelli. Desde 1937 se contó con las fuertes y oportunas enseñanzas de *Mit Brennender Sorge*, sobre el nazismo y el racismo alemanes —muy poco conocida en Chile— y con *Divini Redemptoris*, sobre comunismo ateo, que tuvo enorme difusión. Algo similar aconteció con *Non Abbiamo Bisogno* contra el fascismo, publicada un mes y catorce días después de *Quadragesimo Anno*. Así la crítica al comunismo tenía un documento fiero y ampliamente conocido de condenación; en cambio, los documentos críticos del fascismo, al nazismo y al racismo fueron sólo manejados por elites muy especializadas.

¹²⁶ Tomic: *Revolución chilena y Unidad Popular*. Folleto; El Escudo, Impresores, Mayo, 1969.

Capítulo VIII

Socialismo, antisocialismo, reformas al socialismo. Participación, alianza y coincidencia.

8.1. El concepto *socialismo* ha admitido muchas acepciones en la doctrina y en la historia. Dentro de los fines de este estudio, sólo nos interesan en sus relaciones con el humanismo cristiano chileno en el período 1931-2001.

8.2. Desde mi personal percepción, las pugnas y coincidencias entre socialistas y humanistas cristianos están marcadas por el gran acontecimiento que ocurrió a mitad de ese período: el Concilio Vaticano II (1963-1965), que tuvo larga gestación, cuyos efectos perduran hoy y se harán sentir quién sabe por cuantos años, décadas o siglos.

Para los humanistas cristianos fueron tal vez textos claves inspiradores las tres primeras encíclicas aniversarias: *Rerum Novarum*, 1891; *Quadragesimo Anno*, 1931 y *Mater et Magistra*, 1961, ésta inmediatamente anterior al Concilio. De *Rerum Novarum* nos aprendimos de memoria y repetíamos en foros y discursos, el siguiente texto de León XIII, en que describe la situación de los obreros: “Un número sumamente reducido de opulentos y adinerados ha impuesto poco menos que el yugo de la esclavitud a una muchedumbre infinita de proletarios”¹²⁷. Después encabeza el párrafo 2 de la siguiente manera: “Para solucionar este mal, los socialistas, atizando el odio de los indigentes contra los ricos, tratan de acabar con la propiedad privada de los bienes, estimando mejor que, en su lugar, todos los bienes sean comunes y administrados por las personas que rigen el municipio o gobiernan la nación. Creen que con este traslado de los bienes de los particulares a la comunidad, distribuyendo por igual las riquezas y el bienestar entre todos, se podría curar el mal

¹²⁷ R. Nov. 1, *in fine*; *Ocho Grandes Mensajes*; B.A.C., Madrid, MCMLXXXI, 12ª edición; pág. 20.

*presente. Pero esta medida es tan inadecuada para resolver la contienda, que incluso llega a perjudicar a las propias clases obreras; y es además sumamente injusta, pues ejerce violencia contra los legítimos poseedores, altera la misión de la república y agita fundamentalmente a las naciones*¹²⁸. De *Quadragesimo Anno*, que leímos, releímos y discutimos sin pausa, teníamos muy presentes los textos en que, después de referirse a la transformación de la economía desde los tiempos de León XIII, destacaba el Papa cómo había cambiado el socialismo, “*con el cual hubo principalmente de luchar nuestro predecesor*”¹²⁹, estableciendo una distinción entre dos bloques: *el violento, o comunismo*¹³⁰, y el bloque moderado *que ha conservado el nombre de socialismo*. Sobre éste específicamente expresa: “*Más moderado es, indudablemente, el otro bloque, que ha conservado el nombre de ‘socialismo’. No sólo profesa éste la abstención de toda violencia, sino que, aun no rechazando la lucha de clases ni la extinción de la propiedad privada, en cierto modo la mitiga y la modera. Diríase que, aterrado de sus principios y de las consecuencias de los mismos a partir del comunismo, el socialismo parece inclinarse y hasta acercarse a las verdades que la tradición cristiana ha mantenido siempre inviolables: no se puede negar, en efecto, que sus postulados se aproximan a veces mucho a aquellos que los reformadores cristianos de la sociedad con mucha razón reclaman*”¹³¹. Respecto de *Mater et Magistra*, tuvieron importante repercusión los párrafos que tratan de la socialización (n^{os} 59 a 67), de los que reproduciré solamente el primero y el inicio del siguiente: “*Una de las notas más características de nuestra época es el incremento de las relaciones sociales, o sea, la progresiva multiplicación de las relaciones de convivencia, con la formación de muchas formas de vida y de actividad asociada, que han sido recogidas, la mayoría de las veces, por el derecho público o por el derecho privado. Entre los numerosos factores que han contribuido actualmente a la existencia de este hecho, deben enumerarse el progreso científico y técnico, el aumento de la*

¹²⁸ Id., pág. 21.

¹²⁹ Id., n^o 111, pág. 102.

¹³⁰ Id., n^o 112, pág. 103.

¹³¹ Id., n^o 113, págs. 103-104.

productividad económica y el auge del nivel de vida del ciudadano”. “Este progreso de la vida social es indicio y causa, al mismo tiempo, de la creciente intervención de los servicios públicos aun en materias que, por pertenecer a la esfera más íntima de la persona humana, son de indudable importancia y no carecen de peligros. Tales son, por ejemplo, el cuidado de la salud, la instrucción y la educación de las nuevas generaciones de profesionales, los métodos para la reeducación y readaptación de los sujetos inhabilitados física o mentalmente...”¹³².

8.3. Es fácil imaginar que, entendido así el socialismo, fuera pensado por muchos humanistas cristianos como un aliado natural en un mundo en que se destaca, hacia los años treinta, el poder creciente e impredecible del comunismo, especialmente en el plano sindical y de las relaciones laborales, y la defensa cerrada del *statu quo*, por el mundo capitalista y conservador que temía, para ser objetivo, tanto “el afán de novedades” de las entusiastas e inexpertas juventudes católicas, como el aprovechamiento por los *marxistas* de sus críticas al mundo “burgués”, ya manifestado al asumir en poco tiempo el control de entidades de inspiración cristiana, creadas con tan sano espíritu apostólico y social, como aconteció con la Federación Obrera de Chile (FOCH). Además, la vida universitaria creaba amistades y relaciones de simpatía que alcanzaban connotaciones diferentes en ambas universidades, rivales —la Católica y la de Chile—, pero no enemigas y, además, fuertemente enlazadas por el estudiantado en la ANEC y el profesorado que compartía sus enseñanzas en las dos. Sólo en Derecho, ámbito que más conozco, profesaban así figuras de la talla e influencia de Pedro Lira, Lorenzo de la Maza, Jaime Eyzaguirre, Carlos Hamilton y muchos más. En Medicina, los alumnos que se iniciaban en la Universidad Católica, debían completar sus estudios en la universidad estatal. Había seminarios y actividades conjuntas, como las *famosas Jornadas Nacionales del Estudiante*, celebradas en 1940, en las que confraternizamos y discutimos católicos, marxistas, radicales, agnósticos o de otras creencias. Por la Facultad de Teología de la Universidad Católica, concu-

¹³² Id. N^{os} 59 y comienzo del 60; pág. 146.

rían —con sotana como se usaba entonces— cuatro delegados, encabezados por Vicente Ahumada, Jaime Santa María, Rafael Romero y creo que Fernando Cifuentes. En las demás áreas, poco interesaban las escuelas, facultades o partidos, sino las personalidades y sus ideologías o maneras de pensar. Inolvidable fue, al menos para mí, la presencia y la palabra de Armando Roa, Jorge Millas, Luis Oyarzún, Javier Lagarrigue, Alvaro Bunster, Mario Góngora (marxista entonces), Gabriel Cuevas, Margarita Gallo, Raúl Oliva, Domingo Santa María, Aquiles Savagnac, Sergio Lecannelier, etc.

8.4. La cuestión del marxismo y, más específicamente, del marxismo-leninismo, fue el principal factor de confusión en las relaciones cristiano-socialistas. El grado de conciencia y lealtad a esa ideología acercaba el socialismo chileno a los comunistas, y los alejaba de los partidos o movimientos de inspiración cristiana. Sin embargo, para la sociedad de esos días el marxismo, en su faz crítica, o sea, en cuanto a protesta contra el mundo liberal capitalista chileno, provocaba una fuerte cercanía hacia la avanzada de los humanistas cristianos. Personalmente recuerdo, como alumno de Derecho del Trabajo del joven profesor Eduardo Frei Montalva, sus explicaciones acerca de que el *“98% de la crítica marxista a la sociedad capitalista podía ser suscrita por los católicos. En cambio, la gran diferencia surgía cuando se trataba de plantear las soluciones que había de crear la sociedad de reemplazo”*. Es claro, tal afirmación no debería acogerse literalmente, pero era una herramienta de orientación y batalla en los encuentros de universitarios de ambas tendencias, generándose, en consecuencia, gran cercanía en la acción cotidiana, de política opositora y reclamos sindicales. Por esa época, era la crítica el pan de cada día, para quienes se hallaban muy lejos de asumir responsabilidades de mando. En cambio, los debates se hacían interminables y a veces encendidos discutiendo en los torneos académicos sobre epistemología, metafísica, eternidad de la materia, creacionismo, tomismo, hegelianismo, etc.

8.5. En esta perspectiva se entiende más claramente la posición de los dirigentes del gran Partido Conservador, luchando día a día por influir en la marcha del Estado, frente a su juventud socialcristiana que, mientras militaba en sus filas, provocaba gran impacto, atraía aguas a su molino y le otorgaba una cara rejuvenecida al viejo Partido. Poco les inquietaba que hablaran de cosas avanzadas, si lo hacían desde la propia casa conservadora. Los centenares de centros que organizó el Movimiento de la Juventud Conservadora; su ideal social, inspirado en gran medida en las soluciones corporativas preconizadas por el Código Social de Malinas (1922), que avanzaba con éxito en Italia —aún no mostraba su cara sucia el fascismo— y era capaz de juntar decenas de miles de jóvenes entusiastas en las diferentes concentraciones. Esta actividad la aceptaba y hasta estimulaba el viejo Partido, acostumbrado, por lo demás, al *dualismo* entre la palabra ajustada a un innovador anhelo de justicia, y la pícara realidad que mostraba las cosas de muy diferente manera. Todo eso desde las bulas de Alejandro VI, que marcaron la división del mundo entre España y Portugal y, pronto, la prolija legislación protectora de los aborígenes de las Indias Occidentales, hasta *Rerum Novarum* y el mensaje duro, pero esperanzador de las encíclicas.

8.6. Así, cuando las palabras e ideales avanzados asumían las proyecciones de una acción independiente del Partido, o peor aún, en alianza o cercanía con sus adversarios políticos, la reacción era cortante, abrumadora y severa. Se contaba con dos herramientas poderosas de presión y control: la acusación ante la Iglesia, por dividir las fuerzas, y la clausura del apoyo logístico y pecuniario, sin los cuales la poderosa juventud del Partido quedaría reducida a una mínima expresión. Fue lo que en mi parecer aconteció después de 1939. Costó décadas a la Falange alcanzar un poderío político que le permitiera moverse con relativa independencia dentro de un sistema político-electoral que castigaba a los grupos pequeños y favorecía las grandes agrupaciones.

8.7. Por lo dicho, la cercanía del mundo socialista servía a los

humanistas cristianos y, especialmente, a la naciente Falange: 1) Para operar dentro de alguna alianza que le permitiera aprovechar su fuerza real, distribuida en el país y no quedar sin representación parlamentaria, 2) Distanciarse de la temida imagen de ser el “nuevo rostro” de la Derecha, pues, aunque la Falange alardeara de su resistencia a Ross, había terminado apoyándolo, no obstante ser “*el peor cuchillo contra los anhelos populares*”, y c) Satisfacía el aliento “revolucionario” que palpitaba en la juventud fundadora de la DC, ignoro si bastante ilustrada sobre cuál era la raíz “revolucionaria” del socialismo chileno. Bien la resume Carlos Altamirano¹³³: “*Por eso, las prácticas y métodos tradicionales del reformismo son intrínsecamente negativos. Primero, porque en verdad no tienen como meta fundamental la construcción de una sociedad socialista; y además, porque los métodos propuestos por el reformismo, ambiguo y confuso, tienden, en definitiva, más a preservar el orden existente que a su destrucción. Y segundo, porque la metodología reformista parte del falso y contradictorio supuesto de que las clases conservadoras consentirán pacíficamente en su derrocamiento. La verdad, a este respecto, es muy otra. Las clases detentoras del Poder se han resistido siempre — y no existen razones para suponer que en adelante no seguirán igual conducta— a hacer abandono sin lucha del Poder en manos de la clase obrera, su enemigo irreconciliable. Parece indudable que el empleo por parte de las “fuerzas” de tácticas y formas de lucha consentidas por el régimen jurídico burgués, con excepción de formas de lucha ilegales, conduce inevitablemente a desvirtuar los objetivos propuestos. Un objetivo revolucionario jamás podrá ser logrado por formas de lucha reaccionarias. En otras palabras, no es posible educar a una vanguardia revolucionaria en la mentalidad y los procedimientos impuestos por el sistema democrático-parlamentarista sin que, producidas posibles situaciones prerrevolucionarias, tal vanguardia deje de actuar conforme a los hábitos y prácticas tradicionales en los cuales se educó. No es raro, por esto, que en más de una ocasión los fines propuestos por los revolucionarios se hayan desvirtuado a causa de los métodos reformistas empleados. Un objetivo revoluciona-*

¹³³ Citado por Jobet, ob. cit. págs. 363-364.

rio, exige un estilo revolucionario... Por eso, resulta fundamental que las fuerzas que luchan 'teóricamente' por el socialismo no aparezcan confundidas 'prácticamente' con aquellas que luchan por la conservación del orden actual. Dentro de las democracias burguesas, incluso la nuestra, los partidos de izquierda a menudo aparecen buscando situaciones de poder parlamentario, mediante la satisfacción de clientelas electorales y en el orden de las reivindicaciones sindicales, éstas adoptan un carácter economicista, despreciando el aprovechamiento político que la confrontación de clases les ofrece... ”.

8.8. Habría que examinar más a fondo la problemática de las relaciones entre humanismo cristiano y socialismo en Chile. Pero la historia pareciera indicar que esta “*necesidad de compañía*”¹³⁴ de la Falange y, en menor grado, de la DC, orientada hacia el mundo socialista, fue unida a un cierto afán de limar asperezas entre un humanismo cristiano abierto y pluralista y un socialismo tolerante, no dogmático, con un sentido más bien factual que doctrinario de la lucha de clases, que podrían unir fuerzas para avanzar hacia una sociedad más justa y popular, quizá un sueño anticipado del “socialismo renovado” que emergió después de la crisis Allende-Pinochet. Además, no todos los falangistas tenían una sólida formación de Acción Católica, ni tampoco la Doctrina Social de la Iglesia se les presentaba con la claridad y los aportes del Concilio Vaticano II y la gigantesca personalidad, penetración y sabiduría de Juan Pablo II. Fue un hecho que en el largo período comprendido desde los años 30 al fin del siglo muchos —quizá demasiados— falangistas y más tarde demócratacristianos, encontraron cómoda cabida en las filas socialistas. En cambio, no fueron muchos los que ingresaron a la tienda radical, o los que se entusiasmaron con el comunismo. Pero al socialismo, de una u otra manera, se fueron no pocos hijos de demócrata cristianos prominentes y muchos más de tan variados orígenes, que recuerdo haberle oído, mientras me desempeñaba como senador, al distinguido líder socialista José Miguel Insulza —alto funcionario, ministro y Vicepresidente de la República en el gobierno de La-

¹³⁴ Título de una conocida obra de José Santos González Vera.

gos— la siguiente hipérbole, dicha con gracia e ironía: “*Casi no hay persona destacada en Chile que no haya sido, sea o llegue a ser demócrata cristiano*”¹³⁵ y empezó a recordar en voz alta algunos nombres, que pronto varios corearon: Sergio Bitar, Enrique Correa Ríos, Alberto Jerez, Julio Silva Solar, Rafael Agustín Gumucio, Jacques Chonchol, Jaime Gazmuri, Rodrigo Ambrosio¹³⁶, Luis Maira, Manuel Antonio Garretón Merino, Juan Gabriel Valdés Soublette, Patricio Hurtado, Vicente Sota Barros... Fue en esos momentos cuando quien esto escribe pasó cerca del grupo. Entonces el ministro dijo: “*Ahí tiene otro ejemplo: el senador Thayer también fue demócratacristiano*”.

Pero, más allá de los nombres, están los movimientos prosocialistas desprendidos de la Democracia Cristiana, como el MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria) y la Izquierda Cristiana, que sólo hicieron patente lo que latía en el fondo de muchas inquietudes de la juventud DC: querían estar seguros de ser revolucionarios, de avanzada y no burgueses. Desde ese punto de vista, todo lo que aproximara al “centro” —ese “centro” causaba verdadero escozor a Rafael Agustín Gumucio— era detestable. El Mapu o la Izquierda Cristiana eran soluciones aceptables, cuando no se podía ser socialista de frentón: una especie de “*sucedáneo de pasión violenta*”, para usar el lenguaje de Huxley en “*El mundo feliz*”.

8.9. Al margen de los movimientos políticos, el socialismo siempre rondó como una opción en las mentes de los católicos sociales o humanistas cristianos, laicos o eclesiásticos. Ya vimos cómo el Grupo Germen, bajo el liderato de Clotario Blest, apoyó como emblema *la Cruz, el Martillo y la Hoz*. También recordamos la espectacular adhesión de don Clotario a la revolución socialista de Grove y Matte, que produjo una crisis en la Liga Social a la cual pertenecía. Citamos poco antes un párrafo significativo, tomado de la obra de Luis Vitale, sobre *Los discursos de Blest y la*

¹³⁵ La frase parece ser original de Luis Maira, ex falangista y más tarde destacado político socialista.

¹³⁶ Se sostuvo que tenía carnet del P. Comunista francés. Murió joven en un accidente automovilístico.

*revolución chilena*¹³⁷, donde se evidencia cómo el líder sindical mantenía frescos, treinta y dos años más tarde, sus ímpetus revolucionarios. Después vinieron *los Cristianos por el Socialismo* —empezaron los “ochenta” sacerdotes; luego fueron los “doscientos”, a los que aludiremos más adelante¹³⁸— imbricados de una u otra manera con el enredado sistema de ideas de la llamada *Teología de la Liberación*. Esta consistió en un esfuerzo de teólogos de varios países que buscaban, de alguna manera, la unión de católicos y marxistas, o más aún, la acción revolucionaria unida del catolicismo y el marxismo: gran opción para la liberación del pueblo. Uno de los teólogos liberacionistas más renombrados era el sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez, a quien tuve la oportunidad de conocer y apreciar en la década de los cincuenta, como asesor nacional de los universitarios católicos peruanos. Nada hacía presagiar, por esos años, esa notable aventura filosófica y teológica, de la que, tengo entendido, vendría de vuelta al momento de escribir estas líneas.

8.10. Pero la cuestión era más profunda. “*Dos puntas tiene el camino*” y el traspaso de socialistas democráticos (socialdemocracia) a las filas del marxismo revolucionario, no era singular, sino masivo. Líderes connotados de esa tendencia se redefinían como marxistas ortodoxos, con la sola limitación —los más— de no aceptar la tutela soviética, de la que fue signo, símbolo y paradigma de lealtad, el Partido Comunista de Chile. Más adelante¹³⁹ me referiré al caso de Eugenio Matte Hurtado, fundador primero de la NAP y luego del Partido Socialista¹⁴⁰ (años 1932-1933).

8.11. Cuando, desde fines de los años cincuenta, Allende se transformó en un serio aspirante presidencial —en 1958 fue estrechamente derrotado por Jorge Alessandri; en 1964 forzó el retiro de la candidatura de la Derecha (Julio Durán) después del “Naranjazo”, y en 1970, triunfó sobre Alessandri y Tomic—, no

¹³⁷ V. *supra*, 6.4.

¹³⁸ N° 8.10.

¹³⁹ N° 8.15.

¹⁴⁰ Jobet, Julio César. “*Historia del Partido Socialista de Chile*”; Documentas/Estudio; 2ª ed. 1987, págs. 370-386.

pocos católicos, incluyendo eclesiásticos, creyeron que la Iglesia debía prepararse para vivir en un régimen socialista, que se impondría en Chile y el mundo. Entre ellos incluyo expresamente al padre Rafael Maroto, con quien tuve algunos años de cooperación en la Escuela Sindical Alberto Hurtado, en obras sociales de la Caja de Compensación de Asimet y como amigo y confesor. Sin embargo, un día, probablemente avanzado el gobierno de Frei Montalva, me confidenció su creencia de que debíamos prepararnos para vivir en un mundo socialista. Infiero la fecha aproximada, porque todavía el 11 de agosto de 1968, cuando ocurrió la “toma” de la Catedral de Santiago por un grupo de sacerdotes —incluso varios párrocos y el asesor de la Asociación de Universitarios Católicos, Diego Palma—, algunos obreros y, el más connotado de los protagonistas, Clotario Blest; varios vicarios del Arzobispado de Santiago publicaron una protesta, señalando, en parte, que: “*Acontecimientos como los ocurridos en el día de hoy, que dañan a la Iglesia, ni en su fondo ni en su forma pueden ser justificados*”. Firman, entre otros, Fernando Ariztía, Obispo auxiliar de Santiago; Jorge Gómez Ugarte, Vicario General de Santiago; Ignacio Ortúzar, Vicario Episcopal, Zona Sur; **Rafael Maroto**, Vicario Episcopal, Zona Norte, etc.¹⁴¹. En ese lamentable y simbólico episodio, Angel e Isabel Parra, cantaron el “*Oratorio del Pueblo*” bajo el púlpito, del cual pendían posters del Che Guevara y de Camilo Torres¹⁴². Sin embargo, más tarde, Rafael, sin abandonar jamás su fe católica, pidió ser eximido de sus funciones sacerdotales y se comprometió activamente en la lucha política izquierdista, como delegado del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria).

8.12. La Iglesia *jerárquica* chilena, incluyendo sus obispos más avanzados, no cayó en la fascinación de la teología de la liberación. El propio Cardenal Silva Henríquez le dio dura batalla y las intrincadas elucubraciones de los teólogos liberacionistas, no causaron —en mi parecer— impacto principal en el PDC y el grueso del humanismo cristiano chileno laico. No así el socialismo

¹⁴¹ *Ibidem*.

¹⁴² Donoso Loero, Teresa “*Los cristianos por el socialismo en Chile*”, Editorial Vaita. 3ª ed., 1976, págs.76-77.

liderado por Allende, y fortalecido lateralmente por el sentido de la campaña de Tomic, que asumió la tesis de la *Vía no capitalista de desarrollo*. Por ahí, entre palabras de buena crianza y la necesidad de mantener buenas relaciones entre la Iglesia y un gobierno socialista elegido en comicios inobjetables, el Cardenal tuvo algunas expresiones a las que la Izquierda sacó buen provecho. Según despacho de *France Press*, publicado en varios diarios, el Cardenal expresó que “*el socialismo tiene enormes valores cristianos que bajo muchos puntos de vista es muy superior al capitalismo...*”,¹⁴³. Tal vez nadie podría negar ese aserto... ni tampoco su contrario. Pero la democracia cristiana chilena, siempre muy proclive al entendimiento socialista-cristiano, había sido particularmente sensibilizada por la campaña presidencial de Tomic, que con la *Vía no capitalista de desarrollo* obviamente sólo abría espacios para “*encabezar la Izquierda*”, aunque emergiera de la derrota electoral, como el menor de los tres tercios: 36% Allende; 34% Alessandri; 28% Tomic. No era el caso de Frei Montalva y los suyos, que miraban con enorme aprensión el triunfo de Allende. Las bases freístas habían dado disciplinadamente la batalla con Tomic, sin meditar mayormente en lo que significaría el triunfo de Allende, típica irresponsabilidad de nuestra DC en lides electorales. Pero, cuando triunfó el semi-aliado socialista, se produjo en muchos ese *susto* que ironizan las primeras líneas del *Manifiesto Comunista*: “*Un fantasma ronda por Europa: el fantasma del Comunismo. Todas las potencias de la vieja Europa se han confabulado en santa cacería contra este fantasma: el Papa y el Zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes germanos*”¹⁴⁴. El Presidente Frei se hallaba angustiado. Veía con claridad lo que venía y hacía tiempo que se había amarrado las manos, cuando concurrió sanamente al consenso de apoyar a Tomic en 1970, luego que éste resignó su opción para apoyarlo a él en 1964. Pero la campaña de Tomic estuvo destinada a evidenciar que el “adversario común” de él y Allende era Jorge Alessandri. Así, quien había triunfado era el *socio* moral y doctrinario de Tomic, Salvador Allende.

¹⁴³ Donoso Loero, pág. 115.

¹⁴⁴ *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels; Cormorán; Editorial Universitaria; 1971; con prólogos; pág. 3.

8.13. Volviendo al Cardenal Silva Henríquez, mi impresión es que él seguía muy de cerca las opiniones de Frei —su amigo, católico intachable, aún Presidente de la República y siempre bien informado—, salvo en cuanto a la institucionalmente diferente posición de la Iglesia Católica y el Partido Demócrata Cristiano respecto del Gobierno de Allende: la primera, de una necesaria *prescindencia benévola*, mientras la sangre no llegara al río; la segunda de un *vigilante resguardo del Estatuto de Garantías*, arrancado a la hora undécima, cuando el freísmo y su gente despertaron a la conciencia del riesgo mortal en que Chile se encontraba. Mientras tanto, el derrotado tomicismo jugaba las cartas del leal perdedor, invariablemente confiado en que el gobierno de Allende derivaría hacia una proyección estilo Aguirre Cerda y no procurando el cumplimiento a ultranza del programa que el mismo Fidel Castro resumió en una trágica dedicatoria: “*A Salvador Allende, que por otros medios, persigue lo mismo que yo*”¹⁴⁵.

8.14. Es preciso ahondar algo más en las razones de esta irrefrenable atracción hacia el socialismo de fuertes sectores del humanismo cristiano chileno, en especial, la juventud y en los sectores política y eclesiásticamente “avanzados”. No era así en las bases obreras y sindicales. Aunque fuertemente “antiderechistas y anticapitalistas”, miraban al socialismo como un claro adversario.

Ya vimos que, desde el punto de vista político-electoral, el sistema castigaba a los partidos chicos y favorecía a las grandes agrupaciones. La Falange Nacional (1939 a 1957) sufrió las angustias del partido chico, hasta que el triunfo de la candidatura de Frei a senador por Santiago rompió el cinturón de hierro que la limitaba. Frei ganó con la más alta mayoría nacional. Además, el 28 de julio, poco después de esa elección, nació el Partido Demócrata Cristiano, fruto de la fusión de la Falange, Partido Conservador Socialcristiano y otros grupos. Entre 1941 y 1953 fluctuó de un 2.6% a un 3.9% de la votación, con sólo 3 diputados. En 1957 eligió 14 diputados, con el 9.4% de los votos. En 1961, bajo

¹⁴⁵ Castro obsequió al infortunado Presidente la metralleta con que puso fin a sus días el 11 de septiembre de 1973 y una fotografía con el mencionado autógrafo, ignoro si conjuntamente.

el nombre y la estructura de Partido Demócrata Cristiano, eligió 59 diputados, con el 16% de los votos; en 1965, el 41,7%, con 82 diputados y en 1969, el 29,8% con 55 diputados. Por su lado, Frei, como candidato presidencial, obtuvo el 20,69% en 1958 (fue tercero); y ganó con el 56,08% en 1964. De esta manera, el argumento electoral perdió fuerza como motivación para alianzas socialistas-democristianas. Por lo demás, parece que a través del tiempo, a despecho de amistades personales, ha habido más bien rivalidad que alianza entre las directivas de los partidos Demócrata Cristiano y Socialista. Por su lado, en el plano puramente ideológico, ha existido una simpatía, a mi juicio, un tanto unilateral: había más interés en las bases de los humanistas cristianos en presentarse tanto o más avanzados que los socialistas —para huir de su pasado conservador—, que de parte de los socialistas una simpatía hacia la Falange o la Democracia Cristiana. Sin duda, en la década de los treinta y en los años siguientes, muchos jóvenes imbuidos en los anhelos de reforma social vacilaban entre una fidelidad hacia su formación familiar y escolar cristiana, y la solidaridad de clase con los trabajadores, que les fascinaba en el socialismo. Fue también el dilema que, desde la otra orilla, condujo al joven simpatizante socialista Patricio Aylwin a jurar como miembro de la Falange Nacional. Seguramente hubo algunos pocos en su caso. Por la inversa, en la Falange o la DC eran muchos los que juzgaban débil la *solidaridad de clase de su partido*, frente a la clara posición clasista de los partidos Socialista o Comunista. Con todo, este último aparecía claramente como asunto tabú para un cristiano, lo que no ocurría con aquél.

8.15. Debe tenerse en cuenta, además, que en el Chile de los años treinta o cuarenta el sistema productivo se hallaba estructurado a molde sobre el peor escenario del capitalismo salvaje. Por lo mismo, como ya expresé, la “*crítica de Marx*” y sus socialismos resultaba muy comprobada en la realidad. En cambio, *sus soluciones*, no estaban a “la orden del día” por el aplastante poderío político de conservadores, radicales y liberales. La revolución no estaba, entonces, como “*Aníbal a las puertas de Roma*”, sino que

se veía como un lejano ideal que estimulaba un comportamiento más progresista y solidario de la Derecha, visión muy diferente a la que inquietaba a Pío XI, primero, y Pío XII, después, en Italia, el Vaticano y Europa. En Chile, además, socialistas y comunistas se mostraban sumamente democráticos lejos del poder, de manera que había ocasiones de sobra para concordar con ellos en asuntos de tipo social. Ejemplo típico, lo entregaba el sindicalismo, donde los líderes humanistas cristianos daban sus batallas como socios menores de socialistas y comunistas. Curiosamente, éstos recibían con los brazos abiertos la asesoría de abogados y técnicos humanistas cristianos, porque confiaban en ellos —más que en abogados socialistas o comunistas— pues sabían que su acción profesional redundaría en el bien del colectivo laboral, sin tomar opción en la pugna secreta, pero constante entre ambos partidos marxistas. Así, quien esto escribe, especialmente en las décadas de los cuarenta, cincuenta y mediados del sesenta (en que asumió como ministro del Trabajo), era asesor de gran número de sindicatos y federaciones, controladas casi en un 100% por directivas marxistas. También influía el hecho de que un abogado falangista, demócratacristiano o de la Acción Católica pudiere tener mayor *entrada* en la etapa decisiva de las conversaciones con la empresa.

8.16. He vuelto sobre estas referencias al mundo sindical, porque era el campo *menos ideologizado durante los procesos de negociación colectiva*. Ahí, cada trabajador se jugaba su empleo, su remuneración, su futuro económico en el resultado del proceso. Por lo mismo, la disciplina partidista no tenía sino una influencia muy secundaria: quizá como un consejo. En cambio, en la instancia de *elecciones sindicales, renacían los intereses partidistas*, pero el “buen dirigente” tenía, por lo regular, ventajas sobre el “disciplinado militante”.

8.17. Por último, anotemos que el socialismo chileno, a contar de su fundación, el 19 de abril de 1933¹⁴⁶, tuvo una clara definición marxista. Provino de la fusión del Partido Socialista Marxista, la Nueva Acción Pública (que no era marxista, pero sí corpora-

¹⁴⁶ Urzúa, Germán: “*Diccionario Político Institucional de Chile*”, Editorial Jurídica de Chile, 1984., pág. 174.

tiva y socialista¹⁴⁷, lo que obligó a Eugenio Matte¹⁴⁸, a plantear reservas en el acto de fundación¹⁴⁹); la Alianza Revolucionaria socialista, el Partido Socialista Unificado y la Orden Socialista. Aceptaba como método de interpretación de la realidad, el marxismo rectificado y enriquecido por todos los aportes científicos del constante devenir social, a lo cual agrega las clásicas afirmaciones del socialismo marxista: lucha de clases, abolición de la propiedad privada de los medios de producción, conquista del poder político por los trabajadores¹⁵⁰. Especifica Jobet que al fundarse el P.S. en 1933, dejó establecido en su declaración de principios su adhesión al marxismo, rectificado y enriquecido en la forma que se acaba de recordar, pero que en el programa de 1947 “ratificó su posición marxista a la luz de las nuevas realidades mundiales”, añadiendo: “En cada etapa el movimiento socialista requiere un nuevo programa y exige una nueva estrategia, pero siempre sobre la base del reconocimiento de la revolución como medio de triunfo”¹⁵¹. Más adelante, el autor intercala una larga cita del comentarista Camilo Jordán, que en su parte final manifiesta: “En cuanto a la posición de justicia social de la Iglesia Católica, en defensa de la clase obrera, y de la cual alardea en nutrida literatura, responde exclusivamente a su actitud secular de despertar ante los clamores del pueblo y tratar de narcotizarlo con pastorales evangélicas y ofrecimientos para la otra vida, pero en el fondo, ante todo, vigila sus cuentas bancarias, sus tierras, su prestigio, su influencia política, sus dogmas idolátricamente venerados, sus ritos y sus tradiciones”¹⁵².

8.18. De las muchas consideraciones que interesa tener presentes en la obra de Jobet, que cuenta con prólogo de Ricardo

¹⁴⁷ *Declaración de Principios*; n^{os} 5 y 6. Folleto; Imp. y Litogr. Universo; 1932. Arch. Thayer.

¹⁴⁸ *Un ciudadano*: Eugenio Matte Hurtado. C. Arteaga, L. Thayer O., C. Olivios; W. Vila; 55 págs. 1930-(?).

¹⁴⁹ Jobet, J. César: “*Historia del Partido Socialista de Chile*”; Ediciones Documentas; 2^a ed. 1987.

¹⁵⁰ Urzúa, *ibidem*.

¹⁵¹ Jobet, pág. 402-403.

¹⁵² Jordán, cit. Por Jobet págs. 403-404.

Núñez¹⁵³, son ilustrativas las siguientes: “*El PS debe encabezar la lucha para desenmascarar y reprimir los planes sediciosos de la burguesía contrarrevolucionaria. El Partido Nacional es abiertamente reaccionario, enemigo declarado del gobierno popular, y no trepida en los medios a emplearse para derrocar al régimen surgido del proceso electoral de septiembre de 1970. La Democracia Cristiana en un principio tendió a llegar a una transacción con el gobierno de la UP que garantizara un **statu (sic)** moderado, sin afectar sensiblemente al régimen capitalista, y le permitiera aspirar a recuperar el poder en 1976. Pero día a día, en vista de la firmeza de la UP en la aplicación de sus medidas programáticas, se ha entregado a una oposición violenta, exhibiendo su entraña reaccionaria. Es franca su defensa de los privilegios del capitalismo nacional y del imperialismo norteamericano...*”. “*El Partido Nacional y la Democracia Cristiana expresan los variados intereses de las clases poseedoras, apegadas a sus privilegios seculares, y se oponen a cualquier reforma estructural y al avance de las masas desposeídas*”¹⁵⁴. Poco más adelante agrega: “*La demagogia y esterilidad del gobierno de la Democracia Cristiana, en Chile, demostró el fracaso absoluto del sistema capitalista **populista** en la solución de los problemas económicos y sociales y, a la vez, exhibió la farsa y la incapacidad del régimen democrático burgués parlamentarista en la conducción del país*”¹⁵⁵.

8.19. Con lo expuesto, estimo haber señalado algo de la nutrida, contradictoria y difícil relación entre el humanismo cristiano y el socialismo chilenos en las décadas treinta a sesenta y comienzos de los setenta. Su revisión a la luz de lo acontecido después, es algo que puede ilustrar los problemas que ahora se viven, en un contexto histórico muy diferente, pero que no puede olvidar sus raíces para atinar con una razonable solución. Con todo, me parece un deber —para terminar este capítulo— acotar algunos antecedentes sobre el liderazgo de Eugenio Matte Hurtado y su paso de los ideales de la NAP, que calificaría de “gremialista social-

¹⁵³ Senador y actual (enero 2001) presidente del Partido Socialista.

¹⁵⁴ Jobet, pág. 362.

¹⁵⁵ Id. pág. 365.

demócrata”, al Partido Socialista, que asumió claramente la inspiración doctrinaria del marxismo.

8.19.1. Eugenio Matte era entrañable amigo de mis primos hermanos, los Arteaga Infante —Claudio, Domingo, Patricio, Mario y Lucía— a los que nuestra familia estaba particularmente unida. Ellos, como Matte, pertenecían a una generación 15 a 20 años mayor que yo, intermedia entre la de mi padre —Luis Thayer Ojeda— y la mía (cuando yo nacía, mi padre había cumplido 44 años). Algunos años veraneábamos en su hacienda “La Palmilla”, situada entre Teno y Curicó y, entre los invitados solía contarse Eugenio Matte. Todos eran aristócratas de tradición, pero imbuidos de gran inquietud social. Claudio, el mayor y mi padrino, era el más amigo de Eugenio y ambos alojaban en nuestra casa de Viña del Mar. No sé bien por qué rutas, Claudio llegó a ser firme adepto a la teosofía y la cultura oriental. Admiraba a Gandhi —como el mundo entero— pero su fe en las reencarnaciones lo llevó a una práctica verdaderamente religiosa de la alimentación vegetariana, que impuso en “La Palmilla”, bajo su administración, contra la que se rebelaba mi familia, liderada en esto por mi madre y firmemente apoyada por Eugenio Matte, que tal vez desde entonces la llamaba, amistosamente, “mi patrona y correligionaria”. Mi padre era considerado por los Arteaga Infante una especie de segundo padre, desde el temprano fallecimiento de don Claudio Arteaga Ureta, hermano muy mayor de mi madre.

8.19.2. En este ambiente, con mucha participación de Claudio, Eugenio y mi padre nació la NAP. Para todos, don Luis era una especie de consultor por su ponderación y su prestigio de sabio e historiador, carente en absoluto de ambiciones políticas, ni derechista ni izquierdista; reticente a los partidos políticos, firme defensor del gremialismo como de la armonía de las clases, y por lo mismo, abiertamente opuesto al marxismo y la lucha de clases.

Los mencionados y muchos otros parientes y amigos consideraban a Eugenio líder político con hechuras presidenciales, cu-

yos méritos destacaron en un folleto titulado “*Un ciudadano*”, que firman Claudio Arteaga, Luis Thayer Ojeda, César Olivos Prado (“el Guatón Olivos”) y Waldo Vila Silva y que vio la luz a comienzo de los treinta, cuando Matte fue elegido Gran Maestro de la Masonería. Era un cargo de relevancia e influencia, aunque en una institución a la que ninguno de los firmantes pertenecía. Los 10 principios de la NAP no los podemos reproducir aquí, pero sí recordaremos su encabezamiento y los números 1, 5 y 6 que decían: “*La Nueva Acción Pública, agrupación de trabajadores intelectuales y manuales, organizados como fuerza ejecutiva de renovación integral, sometida a constante evolución, declara: 1.- Que el hombre tiene derecho a vivir y trabajar para alcanzar su completo desarrollo físico, intelectual y moral y el deber de contribuir solidaria y proporcionalmente, a la satisfacción de sus necesidades y a las de la sociedad, sin ser esclavo de la producción. ... 5.- Que propicia la abolición de las clases antagónicas en el orden económico y auspicia la libre agrupación de los trabajadores intelectuales y manuales para que genere a base funcional, el Poder Público como fuerza inteligente que guíe, regule, armonice y proteja las actividades del pueblo. 6.- Que tiende a reemplazar progresivamente el desorden y el desequilibrio existentes por un orden y equilibrio que, partiendo de la redistribución de la tierra, culminen en la socialización de los medios de producción. En consecuencia, los bienes materiales indispensables a la producción y necesarios a la sociedad, no deben ser de propiedad privada*”. (Énfasis mío).

Como puede observarse, la NAP gravitaba en torno a un gremialismo socialdemócrata, con fuerza especial en agrupaciones laborales independientes del control marxista. Por lo que recuerdo haberles oído una y mil veces a mi padre y sus amigos napistas, los “gremios del rodado” como se llamaba entonces a los que hoy se denominan el gremio del transporte (carga y pasajeros), eran la principal base de la nueva organización.

8.19.3. Mi recuerdo es que la NAP respaldó sin vacilaciones la intervención de Matte en el derrocamiento de Montero, episodio

que el líder napista parece haber apoyado como opción de poder, en un Chile muy inestable, pero no sin serias aprensiones sobre el destino de la aventura y las inquietudes un tanto desbocadas de Grove y algunos otros, incluso napistas. Dávila la veía de otros lados; era una ficha puesta a la distancia por Ibáñez, que no pensaba quedar fuera del intento si resultaba, pero no estaba convencido de su éxito, ni mucho menos.

Desterrados Grove y Matte a la Isla de Pascua, al asumir Dávila, el resto de los napistas le dieron la batalla que les era posible. Como la revista *Topaze* había popularizado una caricatura del nuevo gobernante —“Presidente Provisional de Chile”— con una sonrisa chaplinesca, que mostraba una desmesurada dentadura, los napistas acuñaron un críptico saludo de guerra: “*Calavera simulador*”. Un napista debía saludar diciendo: “¡*Calavera!*” Y el otro contestaba: “*Simulador*”. Con esas letras se formaba la frase, que no podía ser pronunciada en pleno estado de sitio: “¡*Muera Carlos Dávila!*”. Sin antecedentes concretos, pienso que esos juegos de palabras eran muy propios de don Luis Thayer Ojeda.

8.19.4. Cuando regresaban del destierro en Pascua, Grove y Matte, con el doctor Charlín y Carlos Millán, mi madre, mis hermanas y quien esto escribe —entonces un niño curioso de trece años— fuimos a saludar al amigo Eugenio a su paso por la Estación de Viña. Poco pudimos verlo, aunque todos comentaron que venía muy flaco. Sin embargo, los hechos demostraron que el destierro les hizo *políticamente* bien, opacando el fiasco del 4 de junio. Grove fue segundo de cinco candidatos en la elección presidencial y Matte fue elegido senador por Santiago con una impresionante mayoría. *Topaze* dibujó a Grove como un canguro con fuerte cola (60.000 votos) y un comentario que decía: “¡*Cuidado! Estos animales se apoyan en la cola para dar el salto*”.

8.19.5. Matte se embarcó en la aventura de fundir la NAP en el crisol en que se unificaron las fuerzas socialistas. Pero el nuevo Partido Socialista asumió a dos manos el marxismo como su fuen-

te de interpretación de la historia, todo lo cual puso fin institucional e ideológicamente a la NAP. En mi casa asistí a los indignados comentarios de Claudio Arteaga, ante quien mi madre —ignorante de los intrínquilis políticos— defendió a Matte (a ambos los conocía desde niños), recriminando a su querido sobrino: *¡Cómo puedes llamar traidor a Eugenio, nuestro amigo de toda la vida!* Mi padre cerró el debate, con una frase tremenda, que nunca olvidaré: “*¡Para la NAP —enfaticizó— Eugenio fue un traidor!*”.

Capítulo IX

Partido cristiano, partido popular. Cercanía conservadora, cercanía izquierdista.

9.1. Esta cuestión puede ser mirada sólo como la opción por un nombre que resulte atractivo para ciudadanos de ciertas características o preferencias —lo cual no parece muy honesto, ni transparente—, o bien, la preferencia por un nombre que identifique algo *esencial* a la colectividad. Cuando en 1957 se prefirió la denominación de Partido Demócrata Cristiano para aquel que reuniría todas las fuerzas fusionadas falangistas, conservadoras socialcristianas y otras afines, probablemente hubo el propósito de hacer referencia a la *doctrina común a todas ellas*. Sin embargo, se desechó una designación más modesta y exacta, pero menos atractiva, como, por ejemplo *Unión de Fuerzas Populares de Centro; Partido Popular Nacional u otro que no incluyera la denominación de cristiana*. En cambio, se asumió un nombre algo monopólico, pienso que espontáneamente presionado por la situación europea, donde la democracia cristiana en Alemania e Italia habían alcanzado éxito y gran arraigo popular. En Chile, hacia 1957 no había, como en el viejo continente ni partidos monárquicos, ni corporativos —la NAP se había fundido en el Partido Socialista—, ni defensores de un sistema militar. La inmensa mayoría de los chilenos eran y siguen siendo demócratas y cristianos, por lo que el nombre resultaba demasiado abarcador y poco distintivo. ¿Falta grave, error compartido con países tan cultos y experimentados como Francia, Italia o Bélgica, o algo intrascendente? Recuerdo que en 1957 estuve entre los que estimamos inconveniente —sin mucha alharaca— el nombre de Partido Demócrata Cristiano, porque nos podía transformar, con colores algo cambiados, de nuevo en el Partido de la Iglesia, el Partido de los Católicos, como fue en su tiempo el Conservador. Es claro que tanto la Falange Nacional, como la Organización Demócrata Cris-

tiana de América (ODCA) y el PDC definieron, en mi concepto, acertadamente lo que en sustancia pretendían ser: partidos o movimientos políticos *inspirados en los valores y principios del humanismo cristiano, pero sin exigir profesión de fe religiosa a sus afiliados, sino lealtad a sus principios y cumplimiento de sus estatutos*. Pero la cuestión no termina ahí.

9.2. Pareciera que el uso de un nombre casi tan amplio y comprensivo como el de *Partido Humanista Cristiano*, implicaba alguna *connotación moral* que el PDC asumió públicamente. Hay un mínimo de lealtad al apellido que se lleva, a la universidad en que se estudia, al club deportivo o social al que se pertenece, a la religión que se profesa, al país del que se es nacional o al partido en que se milita. El *cristianismo no es una ciencia que se aprende, sino una forma de vida que se practica*. Por lo mismo, no es igual un escándalo moral en que incurra la directiva de un partido demócratacristiano, que la de un partido regionalista, republicano, liberal, socialista o monárquico. El nombre cristiano sin duda compromete: *da, pero exige*. Hay muchos que votan por un demócratacristiano, porque lo consideran demócrata y cristiano, o, al menos, respetuoso de los valores cristianos. Y eso, desde mi punto de vista, genera problemas delicados en la elección de directivas, candidatos, opción a puestos públicos, etc. No es algo tan sagrado como la condición del sacerdote, pero algo tiene que ver con un respeto o un anhelo de construir una sociedad “vitalmente” cristiana, como decía Maritain; no sólo decorativamente tal.

9.3. Cada país vivió su propia circunstancia histórica. Creo que la democracia cristiana en Alemania, Italia y Europa continental fue una fuerza que defendió la democracia y los valores cristianos contra las herejías del racismo nazi y —más limitadamente— del fascismo. Además, en Italia está constitucionalmente prohibida la presencia en suelo patrio a la familia real, por temor histórico a la reapertura de tentativas monarquistas. Pienso que para Chile el nombre Partido Demócrata Cristiano no fue una buena opción

“teórica”, aunque explicable y de buen rendimiento práctico. Juzgo también que implica compromisos propios del Reino del César, algo confundidos con otros del Reino de Dios y que, al menos, importan un deber particular de conducta. Ellos deben responder a las dos raíces de ese nombre compuesto: lealtad a la democracia y lealtad a los valores morales del cristianismo. Diría que en lo primero han sido intachables. En lo segundo, ciertamente no, ni creo que ninguna institución —incluso la Santa Iglesia Católica, como organización de fieles— puede autocalificarse de cristianamente intachable. Pero la responsabilidad del nombre que la define genera exigencias mayores. El apelativo de ser “demócrata cristiano” da y dio mucho al Partido, pero los requerimientos morales le plantearon desafíos que, digámoslo delicadamente, pudieron ser mejor abordados y resueltos, lo cual amerita un breve comentario.

9.4. No cabe discutir que el partido *sintió* su nombre como una ineludible responsabilidad y debió soportar fuertes tensiones internas vinculadas a la lealtad que debía guardar hacia la Doctrina Social de la Iglesia (DSI). Eso era y sigue siendo saludable. En cambio, más de una vez apareció y hasta se impusieron actitudes y conductas que consciente o inconscientemente pretendían hacer del PDC el emblema de la ortodoxia y asimilaban el apartamiento de él a una especie de herejía. Se manifestaron posiciones y mandos autoritarios con un antipático sabor a censura moral por el desobedecimiento a la línea fijada por el Partido, manifestaciones que tenían su correlato en el afán de condenar como sospechoso de herejía al Partido que —con aciertos y yerros— marchaba algo a tientas tras una forma de entender las relaciones políticas en una sociedad pluralista, a la manera como la definió el Concilio Vaticano II. El pensamiento de Maritain, que inspiró tan poderosamente a Frei y otros líderes, era fuertemente resistido por sectores importantes de la Iglesia en Chile y en el extranjero. Diría que el debate lo cerró la presencia del filósofo francés como laico especialmente invitado al referido Concilio, presencia que se coronó, cuando el propio Papa Paulo VI lo invitó a usar de la

palabra en la solemne Asamblea de Clausura. La orientación maritainiana era muy fuerte dentro del PDC, pero no la única. Subyacía en él la vieja simpatía socialista, que se concretó en una forma especial de entender el comunitarismo y, algo después, en la Vía no Capitalista de Desarrollo.

Capítulo X

Propiedad comunitaria y propiedad privada. Empresa comunitaria; empresa capitalista.

10.1. Este asunto conmovió al PDC durante el gobierno Frei Montalva. Tengo en mi poder un folleto de Julio Silva Solar, editado por el Departamento de Capacitación Doctrinaria del PDC titulado: “*El régimen comunitario y la propiedad*”¹⁵⁶, con las indicaciones formuladas, según indica el prólogo, por “los camaradas Jaime Castillo y Carlos Naudón” y expresa, como primera justificación: “*El artículo primero de los actuales Estatutos del PDC señala que éste lucha por implantar una sociedad comunitaria*”. El autor recuerda que la *Declaración de Principios del Partido*, vigente desde 1957, señala en su punto 5, respecto al régimen económico que el Partido propone: “*La economía humana tiende a agrupar a los hombres en comunidades de trabajo, dueñas del capital y de los medios de producción, concordantes en sus objetivos, y a convertir al Estado en rector del bien común, en expresión superior de esa vida comunitaria, sin que sea posible que aquél actúe sometido al interés de grupos opresores*”. El punto 6 agrega: “*El derecho natural de propiedad es común a todos los hombres, sin excepciones, por lo que un orden social que valiéndose de tal derecho excluya del acceso a ella a la gran mayoría y permita a unos pocos representar y dominar a los demás, es un orden injusto y contrario a la naturaleza, que vulnera el principio de propiedad*”. Más adelante agrega: “*La Democracia Cristiana impulsa el sistema de comunidad o el cooperativo respecto de los medios de producción que requieren el trabajo de muchos hombres*”.

10.2. Silva Solar, después de formular extensas críticas al sistema de producción capitalista, caracterizado por hallarse el capital y el trabajo en manos distintas, explica: “*Esta estructura comuni-*

¹⁵⁶ Thomas, Rodríguez Peña, Ltda., 1964. 48 págs.

taria de la sociedad se funda en el principio de que la tierra y los bienes de producción, o sea, el capital industrial, el capital financiero, el capital comercial, pertenecen a los trabajadores, o sea, a las personas que trabajan directamente con estos elementos. Esta estructura significa que se supera el conflicto básico de la sociedad capitalista, que es un conflicto de clases, que es un conflicto entre el capital y el trabajo. Este conflicto de la sociedad capitalista, del cual nacen muchos otros conflictos y muchas otras injusticias... se supera en cuanto esta estructura comunitaria, el capital y el trabajo, ya no están separados, ya no constituyen dos clases opuestas, sino que están unidos en las mismas manos... Entonces el instrumento de trabajo ya no está separado del trabajador, sino que está unido al trabajador.” “Como el instrumento del trabajo, en la sociedad actual, por el desarrollo técnico, el desarrollo de la industria, es de carácter colectivo, o sea, que se necesita para hacer funcionar una fábrica no de una persona, sino de muchas y las concentraciones de producción son concentraciones obreras, entonces evidentemente que la forma en que el instrumento de trabajo ya no esté separado del trabajador, no es como en la edad media, por ejemplo, en que el instrumento de trabajo era un instrumento artesanal, esa ya no es la forma predominante en la sociedad actual; en la sociedad actual el instrumento de trabajo es colectivo. Por lo tanto, para que no esté separada la propiedad de este instrumento de trabajo tiene que ser de la comunidad; de una sociedad formada por los trabajadores”. “Podríamos hablar mucho del problema de la separación del hombre de su instrumento de trabajo y cómo esta separación del hombre del instrumento de su trabajo y de los bienes que produce con su trabajo (porque resulta que todos los bienes que vemos están producidos por el trabajador; pero una vez producidos quedan separados del trabajador), se deriva una alienación: el hombre está separado de lo que produce como comunidad de trabajadores, de cuyo esfuerzo colectivo provienen todos los bienes, los edificios, las casas, la producción industrial, la producción minera, etc., pero una vez que los produce queda separada de ellos. Los bienes van a otra parte. ¿A dónde van?: al propietario del capital, van a engrosar el capital;

al obrero le dan un salario que le permite vivir; pero el provecho va a otra parte. Entonces está separado de sus instrumentos de trabajo y separado de su producto”. “Decir separado de su producto significa decir también separado del poder, de la cultura y de su propia humanidad, o sea, del conjunto de los hombres. El hombre se vuelve enemigo del hombre cuando su producto va a parar a otras manos, cuando otros se apropian y explotan el trabajo social, cuando la masa humana debe trabajar para una minoría, cuando los hombres viven para servir el reinado del grupo que controla la propiedad y el poder. De ahí nace la lucha de clases, de ahí nace el principio de que el hombre es el lobo del hombre. La comunidad, la hermandad, los ideales religiosos y morales no pueden realizarse en tales condiciones. Sólo una sociedad sin explotadores y explotados, una sociedad sin clases, puede en el mundo actual servir de base cabal a una comunidad humana verdadera, una comunidad material y espiritual de hombres libres e iguales”¹⁵⁷. En sus conclusiones expresa Julio Silva: “La estructura comunitaria recae sobre los bienes de capital. Envuelve la abolición de la propiedad capitalista, pero no la abolición de la propiedad personal (por ejemplo: casa, ropas, alimentos, bienes domésticos, libros, automóvil, equipo de trabajo, etc.), así como de los bienes productivos de carácter personal (instrumentos artesanales) y las empresas situadas en el ámbito personal (pequeña explotación agrícola, industrial, comercial) son objeto de apropiación privada”. “Más, la tierra y los bienes productivos que, por su naturaleza misma, no pueden ser usados sino colectivamente, a los que se aplica el trabajo asociado de conjuntos de hombres, tal como ocurre en la economía moderna, pasan a ser del dominio de toda la comunidad o de las comunidades de trabajo, las cuales representan también, en su trama global, los intereses de la comunidad entera”¹⁵⁸.

10.3. Julio Silva y Jacques Chonchol expusieron su pensamiento en diferentes publicaciones¹⁵⁹, foros y medios de comunicación.

¹⁵⁷ Silva Solar, ob. cit., págs. 26-28.

¹⁵⁸ Id. Págs. 44-45.

¹⁵⁹ Silva Solar, Julio y Chonchol, Jacques: “Desarrollo sin capitalismo. Hacia un mundo comunitario”. Nuevo Orden, Caracas, 1964; Chonchol, Jacques: *La Vía no capitalista de desarrollo y nuestra realidad nacional*, PDC, folleto, Depto. de Capacitación Doctrinaria, 32 págs. 1968.

Personalmente, siendo ministro del Trabajo del Presidente Frei Montalva publiqué un ensayo titulado: “*Trabajo, empresa y revolución*”¹⁶⁰. Ahí me hago cargo de las ideas que he resumido, que ciertamente no compartía. Naturalmente se suscitó una polémica, que no es objeto de estas líneas.

10.4. En cambio, considero pertinente advertir que el capitalismo *puro, salvaje*, en cuanto entrega los medios de producción y sus frutos *exclusivamente* a los dueños del capital y retribuye a los trabajadores según sus necesidades vitales, genera una separación y un odio de clases quizá imposible de contener. No ocurre lo mismo cuando se tiene en cuenta que la *producción no es sólo fruto del esfuerzo humano, sino de este esfuerzo auxiliado o multiplicado por los instrumentos técnicos o financieros de producción (capitales) y la diferente capacidad productiva de cada trabajador, según su calificación, creatividad y esfuerzo (ahorro y capacitación.)* Por lo mismo, en la medida en que la productividad del trabajador le permite ganar más de lo que consume ahorra, capitaliza y, de alguna manera, es posible que adquiera acciones en su propia empresa o en otras, y que sus ingresos totales correspondan a la suma de su esfuerzo actual —que será de productividad diferente según su calificación— y de sus ahorros. De alguna manera, los gigantescos fondos de ahorro previsional de las AFP son sencillamente trabajo ahorrado y propiedad jurídica y real de miles o millones de trabajadores. Según sea su preparación, pueden formar ellos mismos sociedades administradoras de sus fondos de ahorro. En fin: pareciera que al iniciarse el siglo XXI está muy despejado el error marxista de que la producción es necesariamente resultado del esfuerzo “actual” sólo parcialmente retribuido (plusvalía) de un trabajador analfabeto, no calificado y aislado y no de su esfuerzo actual, más el esfuerzo capitalizado por cualquier vía que incremente su productividad.

10.5. A mi entender, la doctrina comunitarista, entendida como un sistema global sustitutivo del capitalismo, no como experiencias que pueden ser muy recomendables en cierto tipo de empre-

¹⁶⁰ Zig-Zag, 1968, 184 págs.